

A romantic couple in 19th-century attire are shown in a close embrace on a balcony. The man, wearing a dark suit with a white shirt and cravat, holds the woman. The woman is dressed in a voluminous, deep red gown with a high collar and long sleeves. In the background, a stone bridge with large arches spans a body of water, and the dome of St. Peter's Basilica is visible against a warm, golden sky. The balcony has a white balustrade.

AUDREY ROSE

UNA BODA
DE
ESCÁNDALO

Una boda de escándalo-Audrey Rose

©2023 todos los derechos reservados.

Novela romántica de época.

Ambientada en Inglaterra a fines del reinado de Victoria.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

©2023 octubre.

TABLA DE CONTENIDOS

[Una boda de escándalo-Audrey Rose](#)

[Una boda de escándalo](#)

[Audrey Rose](#)

[Primera parte](#)

[Todo un solterón](#)

[Amber](#)

Una boda de escándalo

Audrey Rose

Primera parte

Todo un solterón

En una triste, triste noche de otoño, un grupo de caballeros; en su mayoría respetables solterones de moral intachable se reunían para conversar todos esos temas filosóficos que normalmente apasionan a los hombres, cuando alguien mencionó a la señorita Amber Willmond.

El líder del grupo de solterones, sir Kendall parpadeó inquieto. Era un hombre alto, bien plantado y tenía un dejo español en su semblante que resultaba irresistible a las niñas casaderas de Norfolk que durante mucho tiempo lo asediaron como moscas a la miel sin ningún resultado pues seguía siendo el solterón más codiciado y honorable de todo el condado. No solo por poseer un encanto exótico en un lugar donde abundaba la palidez y los cabellos rubios y los ojos azules muy desvaídos, sino porque era todo un caballero, gentil, hábil conversador y con un porte magnífico heredado de otro solterón igualmente ilustre en su familia: el tío Albert, que más que español parecía abiertamente extranjero pues ese hombre había sido el fruto de un excéntrico casamiento tardío de su padre que también estaba condenado a ser otro solterón, con una dama nacida en la India, mitad inglesa, mitad hindú, de innegable encanto. Fue un matrimonio muy escandaloso para la familia, pero lo aceptaron pues peor era que los solterones aumentaran en los libros de heráldica familiar...

A raíz de esa boda peculiar el actual joven era así, cetrino, de ojos oscuros de mirada profunda y de cabello negro espeso, con el porte de los Rushton, pero la sangre exótica de los Bahri que le daba un encanto especial... Y era un hombre culto y versado en historia, filosofía, ciencias naturales, matemáticas y tenía un saber tan enciclopédico que era un placer escucharle hablar y disertar sobre distintos temas.

Esa noche el tema principal era la política a raíz de los últimos acontecimientos del país, pero la conversación rápidamente había mudado y ahora debatían sobre el arte como una forma de transmitir la memoria colectiva, el arte hablaba por los seres humanos y guardaba en sus páginas, en sus telas y esculturas un trozo de humanidad, de sentimiento, de forma de vida, el

arte era permanencia, expresión, testigo...

Todo esto elaborado de forma conjunta, contando ejemplo había sido un debate muy rico y apasionante hasta que uno de los tertulianos mencionó a la señorita Amber.

De inmediato la expresión del anfitrión cambió, se volvió perspicaz, brillante, como si una emoción inesperada lo embargara y él no supiera cómo controlarla.

—¿Ella está aquí, ha regresado? —repitió atontado.

La mención de lady Amber lo crispó, esa joven era como el color que representaba su nombre. De cabello con un reflejo intensamente rojizo y su rostro levemente pecoso y esos ojos verdes de espesas pestañas, de mirar intenso le recordaba a un gato, toda ella era ámbar y le resultaba horriblemente tentadora pero ahora debía decir que su recuerdo simplemente le dolía. Había regresado, esa sola frase alcanzaba para cambiar todo su mundo de repente.

Trató de disimular la turbación y rabia que su nombre le provocaba.

—Así es, sir Kendall. —respondió su amigo sir Oswald Clifford.

Hubo un rumor de fondo y de pronto se hizo un silencio. Y el anfitrión también calló mientras recordaba a la bella hija del conde de Salisbury lady Amber MacNeil.

La joven beldad se había casado hacía dos años y vivía en Londres y todos hablaban de sus veladas y de lo hermosa que era. Pero para él ese nombre y su recuerdo solo despertaba dolor, un dolor antiguo y latente.

—¿Qué sabes de ella, Oswald? —le preguntó luego el codiciado solterón cuando se quedaron a solas jugando una partida de ajedrez.

Algunos invitados se habían quedado y observaban el juego a la distancia, pero eran demasiado lerdos o sordos para oír su conversación, lo que era una ventaja para el conde que era muy discreto con sus asuntos privados.

Oswald era uno de los pocos que conocía la frustrada historia de amor entre la bella Amber y su viejo amigo, fue testigo de esas charlas y encuentros, vio florecer ese dulce amor

hasta que un día... y sin embargo su amigo todavía estaba loco por ella, podía verlo en su mirada, cómo había cambiado ante la mención de su nombre.

—Me ha dicho mi hermana que regresó hace unos días a la mansión de su familia. Dicen que su padre está muy enfermo.

—¿Y tú la has visto?

—No... mi hermana es quién tiene amistad, ¿lo olvidas? —vaciló—está algo extraña, eso es lo que dijo ella.

Sir Kendall se puso muy serio.

—¿Dices que lady Amber ha cambiado?

—Ya no tan feliz como cuando vino recién casada con su esposo, eso es lo que se dice, pero son rumores. Quizás solo esté afligida porque su padre está enfermo.

—¿Está enfermo sir Arthur? No lo sabía...

—Tuvo gripe y le quedaron secuelas, un resfrío dicen, pero ahora está mejor.

Su amigo sabía lo que había pasado, conocía demasiado de esa historia y ahora lo miraba casi con pena pues sabía que esa bella joven se había robado el corazón de su amigo solterón hacía tiempo y luego se había marchado. Y al tiempo todos supieron que se había casado con el hijo de un magnate norteamericano: Callum MacNeil. Un hombre guapo y muy alegre, con grandes planes de extender la vía del ferrocarril por toda Inglaterra y unir así todos los condados en un solo viaje. Era muy prometedor, aunque costoso y llevaría mucho tiempo, pero... rayos, ¿qué importaba la nueva vía? Era el marido de Amber, el único amor de sir Kendall y él solo quería saber de ella. el amor era así, era duradero, tenaz, persistente. A pesar del tiempo, a pesar del dolor, de las dudas...

—No tienes que preguntar, su esposo se quedó en Londres. Vino sola... eso es extraño, ¿no lo crees? Dicen que se ha separado o que está viuda... hay algo raro en esa historia.

La expresión del conde cambió. Parecía regocijarse al imaginarse a la bella Amber viuda.

—¿Algo raro? —repitió incrédulo.

—Sí, eso dicen. Al parecer no eran un matrimonio tan ideal.

No preguntó por qué.

—No me incumbe eso, los rumores a veces son tan desagradables.

—Pues algo pasó, la han visto extraña. Solo se ha reunido con sus amigas de infancia y no ha querido ver a sus vecinos ni parientes. Mi hermana todavía espera una invitación a Anne Mary House, una invitación que no ha llegado y sabes que Cordelia es demasiado tímida para ir a un lugar sin ser invitada.

—Por supuesto...

Ahora quería saber qué le pasaba a esa diabla roja como la bautizó cuando el romance terminó de forma triste y abrupta. ¿Problemas con su esposo guapo y millonario?

Todavía le dolía pensar que se había ido a Londres y había regresado del brazo de su flamante esposo. una boda precipitada nunca tiene buenos resultados, a menos que los recién casados fueran muy afortunados. Él siempre aconsejaba a sus amigos una amistad antes de pensar en bodas, el matrimonio era algo muy serio para que pudiera ser decidido con prisas.

El conde se crispó y cambió de tema enseguida. Ganó sin esfuerzo a la segunda partida de ajedrez y luego fue a despedir a sus amigos más ancianos no sin antes agradecerles su presencia esa tarde de tertulias en Rushton Manor.

Pero esa noche solo en su habitación, solo una vez más, el nombre Amber lo enloquecía en silencio, lentamente, de pronto pensó en la joven que le había robado el corazón hacía años y que luego lo abandonó para casarse con otro y tembló de rabia y tristeza, porque no quería sentir esas cosas, era una historia del pasado y sabía que en parte era su culpa. Ella era inocente... solo le reprochaba su falta de juicio al casarse tan pronto, pensó que esperaría, pensó que él le importaba y...

Pero tal vez lo hizo por imposición familiar, como hija única de un señorío tan importante

como Anne Mary house, se esperaba que encontrara un marido que la ayudara a preservar la finca y sabía que los últimos años no habían sido muy buenos para ellos.

No podía culparla, había hecho lo correcto.

Él era el único culpable y lo sabía.

Él y su cobardía.

¿Pero qué sentido tenía lamentarse? Era parte del pasado y no podía cambiar las cosas. mejor sería olvidar las palabras de su amigo Oswald sobre que lady Amber no se veía feliz y parecía evitar las visitas de sus parientes y amigos cercanos...

Oh, amor tirano, amor malvado, amor sublime, su nombre estaba allí para atormentarle con recuerdos, su nombre despertaba en él tantas cosas que se dijo debía olvidar y no podía, no podía hacerlo.

Amber

Amber despertó inquieta sin saber dónde estaba.

Había tenido un sueño inquietante y extraño con el conde de Rushton y suspiró. Era un sueño, no era real, y se encontraba en Anne Mary House, su hogar ancestral. A salvo...

—Señora, ha despertado. Buenos días.

Una criada entró para ayudarla con el aseo y ella intentó incorporarse algo mareada, inquieta. Desde que había llegado la seguía esa sensación de inquietud, cierta angustia que no podía evitar. Como si algo o alguien la siguiera a todas partes. Un fantasma.

Tonterías ella no creía en fantasmas y de haber visto uno, pues no le habría prestado atención. No, era otra cosa... Es que por primera vez se había animado a viajar sola, sin su marido y eso la tenía inquieta. Fue osada y lo sabía, pero ¿qué podía hacer? tenía que ver a sus padres, llevaba meses sin noticias suyas, las cartas tardaban mucho en llegar a la mansión de Ashton house, en Londres y a veces, directamente se perdían...

Se desnudó en la tina de agua caliente y se tendió lánguida. Era una mujer hermosa y seductora y lo sabía. Con un talle envidiable y caderas delgadas pero firmes, delgada pero fuerte, aunque no tan fuerte para tener que soportar ciertas cosas a veces...

No se sentía bella en esos momentos, solo desdichada, profundamente desdichada. Pues de qué le servía ser bella y despertar las miradas de deseo y admiración en los hombres, no se sentía feliz por ello. Al contrario. Su belleza había sido el señuelo para atrapar a un marido millonario y salvar a su familia de la ruina, pero no le había traído bienestar ni felicidad, ni siquiera tranquilidad. No. Nada había salido como le había dicho su tía casamentera.

Cerró los ojos y trató de olvidar que tenía un marido llamado Callum McNeil. Lo necesitaba. Ese era su momento de paz y de bienestar, allí en Anne Mary house y lo disfrutaría.

Sin embargo, pensó en el pasado, en esa jovencita alegre y ávida lectora de manuscritos que un día conoció a un conde muy guapo de aspecto español llamado Sir Kendall Rushton.

Suspiró. Tenía la sensación de que habían pasado mil años desde entonces y solo habían sido cuatro. Acababa de cumplir veintiún años y solo tardó tres meses en darse cuenta de que estaba perdidamente enamorada de ese hombre gentil y tan culto, tan caballero, el taciturno solterón. Quizás lo supo en el instante en que lo vio entrar en esa tertulia que organizó su padre, cuando ambos fueron presentados formalmente su corazón comenzó a latir acelerado. Era el hombre más guapo que había visto en su vida, de mirada oscura y tan intensamente viril, fuerza, determinación, valor... un caballero de intachable reputación y también un partido codiciado en el condado, lo supo después. Pero a ella le encantaron sus ojos, su voz, y luego cada centímetro de ese fascinante ser. Y sabía que él la correspondía... comenzaron una amistad, comenzaron a verse y de pronto comenzó a sentir que necesitaba tenerle cerca con cualquier excusa y que su alma atormentada solo encontraba sosiego cuando a la distancia oía su voz o sentía presencia en la mansión. Su sola presencia alcanzaba para que se sintiera feliz, que sintiera calma...

Ese hombre tenía que ser su marido, tenía que ser suyo.

Sufría horriblemente cuando lo veía conversando con otras damas, cuando se alejaba de ella o la ignoraba... sentirse ignorada por él era un verdadero tormento. Como cuando esa maliciosa bruja del condado la imponente lady Tessa comenzó a perseguir al conde para que le prestara atención a su desabrida sobrina, la señorita Aurelia Cabot, nada agraciada pero locamente enamorada del solterón del condado, como tantas otras...

Era frustrante y sufrió mucho por amor, demasiado, sufrió tantos tormentos, tantas dudas... porque a medida que su amistad se afianzaba con el caballero también crecían sus dudas. ¿Acaso eran solo amigos y nada más y sus sospechas eran infundadas por completo?

Por entonces sus padres habían aprobado que tuviera amistad con el conde, pero cuando notaron que esa amistad se convertía en algo cercano, no les gustó demasiado. Dijeron que ese solterón era mucho mayor que ella, eso argumentaron y le insistieron tanto que tuvo que dejar

esa amistad que significaba tanto para ella.

Entonces llegó la invitación para ir a Londres y conocer mejores partidos según su madre, entonces le dijo; “si te quedas aquí terminarás casándote con un caballero de escasa fortuna y ningún talento para mejorar su suerte porque es lo que abunda aquí, mi abuela siempre decía, si quieres mejorar cambia de ambiente, cambia de ciudad allí encontrarás gente divertida.

Su llegada a Londres había sido todo un éxito social. Londres la deslumbró con sus fiestas y las personas agradables y divertidas que conocía en cada velada. Londres era entonces un pequeño mundo diverso, lleno de diversión y de aventuras que deseaba vivir, una por una o todas de una vez.

Se convirtió en la debutante suceso, la joven que siempre tenía su carné de baile lleno y que todos, todos querían invitar. En ocasiones tenía tres invitaciones para un baile para el mismo día. Eso no había pasado antes, por supuesto, y ciertamente fue lo más lindo de su viaje a Londres: las fiestas, de disfraces, de máscaras, de juegos de cacería a media mañana, algo que ella no había conocido antes.

Y, sin embargo, cada caballero que se le acercó para cortejarla o simplemente conversar Amber lo rechazó con mucho tacto, lo alejó, haciéndole comprender que no estaba interesada pues su tía se lo había advertido: jamás debes alentar en ningún aspecto a un caballero si no es adecuado para ti, y eso solo podré decidirlo yo, no tú mi querida niña. Sería un escándalo que tú alentaras de alguna forma a un caballero y os vieran en su compañía si luego no se convierte en tu esposo.

—¿Por qué tía? —preguntó ella con inocencia.

La tía casamentera la había mirado escandalizada de que ella no supiera algo tan básico para seguir siendo la debutante sensación de la temporada.

—Pues por tu reputación, no debe tener nada, ni una mancha para que luego puedas encontrar un marido adecuado.

Sí, lo sabía por supuesto, se sintió como una estúpida entonces por haber hecho esa pregunta, pero lo tuvo muy en cuenta en el futuro. Simplemente miraba a su tía y esperaba su aprobación.

Se le acercaron muchos caballeros ansiando entablar amistad.

Entonces apareció el hombre que se convertiría en su marido.

Amber regresó al presente y su gesto se crispó mientras su doncella la ayudaba a salir de la tina y la secaba con suavidad.

Ella nunca se bañaba desnuda si había una sirvienta cerca, así la habían educado y las cosas no habían cambiado a pesar de ser una dama casada, mucho menos ahora.

Cuando estuvo lista fue a ver a su madre.

La deprimió saber que ambos habían pescado una gripe y habían quedado débiles y delicados. El clima de ese condado no ayudaba, la humedad siempre aumentaba la tos.

Entró en la habitación y miró a su madre en un rincón.

Al verla entrar, sonrió débilmente. Con su camisón de muselina y el cabello blancos recogido en un moño se veía tan pequeña y frágil.

—Entra mi niña, qué guapa te has puesto —dijo.

Amber obedeció y se sintió como en el pasado cuando la llamaba así, no había dejado de llamarla mi niña a pesar de ya era una mujer casada.

—Querida, pasa... ¡qué bonito vestido!

Amber sonrió, pero al mirarse en el espejo tembló, tenía una máscara no era ella quien sonreía sino la joven que llevaba demasiado tiempo complaciendo a los demás.

—¿Cómo has estado? ¿Por qué no vino tu esposo, Amber? —le preguntó su madre a quemarropa.

Ella suspiró sin poder evitarlo y luego esquivó su mirada y asintió resignada.

—Tuvo que viajar, madre. Os lo expliqué cuando llegué.

Parecía incómoda y su madre, aunque se olvidaba de casi todo no dejó de notarlo y mirándola con fijeza mientras la ayudaba a acomodar sus cojines le dijo sin rodeos:

—¿Qué sucede, mi niña? ¿Qué pasa con tu esposo?

La pregunta la pilló por sorpresa y al comienzo no habló. Rara vez lo hacía en realidad, nunca hablaba de sus asuntos privados.

—No sucede nada, madre. Tuvo que viajar y se disculpó por no poder acompañarme. Es que tenía que venir a verlos.

Su madre la miró con desconfianza, pero aceptó la respuesta.

—Te ves triste... ¿Todavía no has podido quedar encinta? Eso cambiaría tantas cosas. Los hijos son una bendición, hija mía.

Amber la miró espantada, asustada. Ella no creía que los hijos fueran una bendición y no quería saber de nada con el asunto. Ni su marido era uno de esos caballeros ansiosos de buscar al heredero. Por fortuna para ella pues sabía que un hijo cambiaría muchas cosas.

—Deberías ver a un doctor, llevas más de un año casada y no has quedado encinta una vez—su madre volvió al ataque.

Amber tragó saliva.

—Madre, por favor... sabes que nunca iría a un doctor por eso. Es voluntad de Dios—replicó evitando su mirada.

—Pues deberías estar preocupada, tal vez has heredado el mal de la tía Camila...

—Eso no es verdad, madre.

—Pero un matrimonio sin hijos es una tristeza.

Amber no dijo nada y como su madre la puso al corriente de los problemas del condado y la familia dejó de perseguirla con lo del embarazo.

—Estoy tan feliz por tu boda, querida... Callum MacNeil es un joven maravilloso y te adora, todos lo dicen.

De nuevo su boda, su esposo, alcanzaba con mencionar su nombre para que se crispara.

¿Cómo decirle a su madre que no era feliz? No lo era, pero debía fingir que sí lo era y por momentos eso le resultaba difícil.

Sus nuevas amigas, las antiguas, sus primas, todas estaban envidiosas de su suerte pues había vivido una historia de amor increíble: se conocieron, conversaron, bailaron y en seis meses se casaron en una fiesta digna del hijo de un millonario, de un Rothschild. Aunque no era un Rothschild, sino McNeil, los Rothschild estuvieron en su fiesta y fue un honor que estuvieran allí. Su boda parecía un cuento de hadas. Callum McNeil era un hombre guapísimo, inteligente, de modales encantadores, se miraron conversaron y algo pasó... fue todo tan romántico, tan especial, pensó que podría olvidar a su antiguo amor, amar y ser amada por primera vez, ser feliz. Como en los cuentos que le leían de niña con final rosa.

Solo que su idilio duró lo que un suspiro, pero a nadie le hablaría de ello, una verdadera dama sabía guardar secretos y ocultar sus desdichas y fracasos.

Al menos había podido salvar a su familia de la ruina y ahora era la esposa de un millonario. Había salvado Anne Mary House, su hogar ancestral y eso solo debía resultarle suficiente... Sin embargo, no era más que una fachada y lo sabía.

Solo a su amiga íntima Philippa se lo pudo contar al día siguiente cuando se reunieron en el parque de la mansión, alejados de criados y curiosos. Allí podrían estar horas conversando mientras contemplaban ese hermoso paisaje otoñal.

—¿Entonces nada ha cambiado?

Amber lo negó.

El rostro de su amiga rubia se crispó y ella se sintió mal por tener que contarle sus

problemas, es que no tenía a nadie más a quién contarle, con quién desahogarse.

—Es triste. Pero tú no puedes abandonar a tu marido, Amber—le dijo.

Ella parpadeó inquieta.

—Quise hacerlo la última vez, pero no tuve coraje.

—No puedes... no existe el divorcio y él es tu marido.

Ambas guardaron silencio y Amber se tensó, en sus ojos apareció tanto dolor. Todo el dolor acumulado casi desde su misma noche de bodas en la cual conoció a su marido de una forma que no habría querido conocer jamás.

Fue como dormir con el diablo, así se sintió esa noche. Aterrada, nerviosa, no pudo ni siquiera probar la copa de vino que se suponía la calmaría.

Él le quitó la copa y le dijo con una sonrisa pérfida.

—Deja eso, no quiero una esposa ebria en mi noche de bodas—le dijo como si ella fuera una de esas mujeres que se emborrachaba y daba un penoso espectáculo.

Lo miró sorprendida y asustada.

—Tranquila, yo te diré qué hacer y no tendrás que hacer nada esta noche porque tú lo ignoras todo de estos asuntos ¿verdad?

Ella asintió angustiada pues algo en su mirada le resultaba horriblemente cruel y extraño. Como si no fuera él...

—A pesar de haber tenido una amistad con cierto caballero—dijo Callum entonces.

Amber vio que él tenía en sus manos una carta y quiso tomarla, pero él la rompió antes de que lo intentara.

—Solo dime la verdad. ¿Amabas a sir Kendall?

Ella tragó saliva y lo negó.

—Sir Kendall era solo un amigo para mí—mintió ella, pero lo hizo impulsada por la

desesperación.

Él la miró muy furioso.

—Qué triste enterarme de esto el día de mi boda, por la odiosa comadre lady Wilton que al parecer estaba herida porque no le dediqué atención a su horrible hija y planeó su venganza. Ella habló de tu amistad con ese distinguido lord y luego apareció esta carta en mi gabinete...

—Lo siento mucho Callum... solo déjame explicarte.

Ardía de celos, iracundo y ella trató de aplacar su ira repentina. Nunca lo había visto tan enojado, jamás, él siempre había sido tan gentil y ahora parecía un extraño. No le creyó una palabra, dijo que había algo en sus ojos cuando le hablaba de ese hombre y se enfadó mucho más.

—Amber.

La voz de su amiga la regresó al presente.

—Hay algo que no os he contado todavía.

—¿Qué?

—Mi esposo tiene una amante, una joven de sociedad. Los he visto juntos. Fingían tener una simple amistad, pero los vi susurrando y besándose. Eso es más de lo que puedo soportar. He sido una buena esposa, paciente y amorosa, lo he soportado todo, pero no puedo soportar que tenga una amante y ser el hazmerreír.

Su amiga la miró apenada, pero qué podía hacer ella.

—Pensé que te amaba, que tú eras todo para él.

—Desearía pensar que me ama, pero ya no puedo engañarme. Se casó conmigo porque no podría tenerme de otra forma. Para él era un objeto fino y bonito y al ser la hija de un conde importante de apellido ilustre... eso le abriría la puerta de nuevas amistades. Soy su esposa de nombre. Por prestigio y por que su padre le dijo que tenía que conseguirse una esposa.

—OH qué esposo tan ruin, ¿por qué hace eso? ¿Quién es ella ¿acaso...? —no pudo terminar la frase, se llevó la mano a los labios

Amber asintió. Era ella, la antigua amante de su marido: Mary Stewart. Dijo su nombre en voz muy baja.

—Es ella... yo no lo podía creer, pero se ha ido con ella de viaje y tuve que inventar algo para que mis padres dejaran de hacer preguntas. Mi madre solo piensa en que un bebé lo cambiaría todo. Insiste en eso, quiere que vaya a un médico—dijo Amber angustiada.

—Vuestra madre no lo sabe, ¿verdad?

—Claro que no. No podría decirle que en realidad mi matrimonio pende de un hilo. Y que mi esposo me humilla y desprecia porque cree que me casé con él por dinero y que me compró. Soy su esposa comprada.

—Amber...

—Sí, lo sé..., no puedes hacer nada, no puedes decir nada más que palabras consoladoras. Debo resistir con la esperanza de que tal vez las cosas cambien con el tiempo.

—Pues no lo sé, todo parece ir de mal en peor. Amiga, disculpa mi franqueza, pero creo que debes darle una lección.

—¿Una lección?

—Tu marido se comporta con excesiva confianza y arrogancia. Te desprecia y ahora se va de viaje con su amante. Eso es demasiado. Debes pedir el divorcio. ¿Qué más le vas a aguantar?

—Todo supongo. No tengo alternativa. Estoy atrapada en ese matrimonio. Atrapada hasta el fin. A menos que quiera divorciarse y casarse con su amante, pero eso nunca lo hará.

—Su conducta deja mucho que desear.

—Pero es hombre y en Londres a nadie le importa eso. Hay mucha gente en la gran

ciudad y ocurren cosas peores y la gente mira hacia otro lado. no es como aquí y por eso...

—¿Y no crees que tu marido se enfadará cuando sepa que estás aquí?

—Pues no lo sé, no iba a quedarme encerrada en la casa esperando su regreso como una estúpida. Estoy harta de sus abusos, de que me encierre y haga lo que quiera conmigo siempre. Tenía que escapar y sabes fue irme y regresar y me sentí viva de nuevo.

—Es tan difícil para ti, no sé cómo soportas esa vida.

—Lo hice mucho tiempo, lo obedecí, hice todo lo que él esperaba de mí jamás me quejé ni dije nada. Pero que se mostrara tan atrevido con su amante eso fue el colmo.

—¿Estás celosa?

—No es eso. Es un insulto, es una humillación para mí. Como si no fuera su esposa más que de nombre, como una ficha de ajedrez. Una pieza que mueve y usa a su antojo. Y yo no he sido una mala esposa, siempre he atendido sus recepciones, a sus parientes tan ingratos, viajé con él a los lugares más lejanos y peligrosos, pero ahora tenía que venir a ver a mis padres llevaba meses sin verlos. Él no quería acompañarme y dijo que se iba de viaje con su amiga.

—Pero se enfadará cuando sepa que no estarás en casa como siempre.

—Tal vez. Pero solo porque le he desobedecido, no porque me quiera o le importe algo de mí.

—Pero ¿tú lo quieres verdad? Es tu marido.

Amber no supo qué decir.

—No me casé enamorada y lo sabes... Sabes por qué me casé con él. Mis padres me obligaron prácticamente. Me empujaron a sus brazos y yo... fui débil.

—Pero ahora todo ha cambiado y él no se comporta como un buen esposo debe hacerlo.

Amber asintió.

Todo era distinto ahora.

Él era su hombre, su marido. Su primer amante, su esposo y ella se había entregado a él sin reservas y siempre estaba lista bonita y arreglada y aunque a veces se negaba a sus brazos... algo muy entendible porque él siempre quería intimidad, casi todos los días y ella no podía seguirle el tren, ninguna esposa habría podido seguirle el tren a un hombre como es, bueno, se esforzaba por complacerle.

Tuvo que aprenderlo todo en la intimidad, y no fue fácil, estaba aterrada y se sintió horrible en la noche de bodas. Pensó que nunca la dejaría en paz.

Y pensó que lo hacía por celos, inseguridad. Su rabia se evaporó cuando la hizo suya y notó que sangraba y gemía de dolor entonces supo que no había mentido, que había llegado pura, intacta a sus brazos. Virgen.

Pero eso no lo satisfizo.

Se detuvo y la miró.

—Me alegro por esto, preciosa. De haberte tocado habría tenido que matar a ese maldito conde de provincia—le dijo.

Era escocés, un orgulloso escocés que pensaba que una esposa que no fuera virgen era la peor tragedia de este mundo. Celoso, temperamental y ardiente no se detuvo entonces.

Ni se sintió satisfecho con hacerla suya una vez.

Fueron muchas veces. Tantas que tuvo la sensación de que su noche de bodas se lo pasó allí atrapada sintiendo esa inmensidad dolorosa en su vientre bombeando sin parar su semilla una y otra vez.

No imaginó que tendrían intimidad sin parar tantas veces los primeros tiempos.

Hasta que comenzaron las peleas y ella lloraba pues era muy sensible a todo y él se burlaba diciéndole que era una niña de papá, una remilgada dama inglesa.

Era un insensible, un hombre bruto cuyo padre se había hecho millonario en América y cuando regresaron a Inglaterra le buscaron de inmediato una esposa noble que lo ayudara con un

ambicioso emprendimiento. Ella. Él la eligió porque era guapa y de carácter afable y tranquilo. No esperaba que su esposa se mostrara rebelde ni obcecada.

Nunca estuvo enamorado como le hizo creer desde el principio, la forma en que la buscaba y la miraba. El amor fue el cebo, fue el anzuelo que ella mordió como una tonta porque entonces se sentía horriblemente desdichada y con el corazón roto y además a punto de perderlo todo por las deudas en Anne Mary House.

Pero a ella le dolió enterarse que había sido engañada para arrastrarla a esa boda y a la cama de ese hombre frío y de mal carácter.

Pudo escoger a cualquier otra, en ese entonces muchas niñas casaderas morían de amor por el escocés alto y con mirada azul y profunda. Pero él no quería una niña tonta inglesa sino una que fuera lista y también que tuviera encantos y ella cumplía todos los requisitos.

Ahora dos años después no tenía derecho a quejarse ni a reproches, por alguna razón extraña el destino la arrojó a los brazos de ese hombre y la obligó a caer como tonta en sus galanteos, creyó en sus palabras, en sus miradas y ahora era tarde para lamentaciones. Demasiado tarde.

—Amber, lo siento, de veras. Quisiera que todo fuer distinto que fueras feliz...

—También lo deseo, pero no creo poder vivir toda mi vida así, sin amor. Él no me ama, Tess y eso es lo que más me hiere, si me amara todo sería distinto.

—No renuncies a conquistar su corazón, lucha por conquistarle a lo mejor todo será distinto en el futuro. No pierdas las esperanzas. Lucha y por favor no pienses en abandonar a tu esposo ahora.

—No lo haré, pero no es fácil mi vida a su lado. No soy feliz.

Y el dinero no lo era todo. En verdad que nunca le había importado, pero lo hizo para salvar a su familia porque su boda lo cambió todo.

Pero ¿qué podía hacer? Nada en absoluto, solo sufrir en silencio y desahogarse con su

amiga que siempre le daba buenos consejos, pero sabía no podía solucionar sus problemas.

No era feliz y cada día era peor, había cosas que ni siquiera le había contado a nadie, ni siquiera a su mejor amiga Tess.

Amber regresó a su casa triste y desanimada.

La afectaba hablar de su matrimonio y saber que no tenía solución, pues no existía el divorcio, solo la separación de cuerpos y sabía además que su marido jamás aceptaría eso.

Días después, mientras participaba de un té en casa de su amiga Cornelia trató de mantenerse apartada pues estaba esa dama desagradable y parlanchina, lady Catherine hablando de personas que ella no conocía.

Esa dama era un incordio, con su rostro redondo y mofletudo, los ojos muy saltones y los labios gruesos, le recordaba la cara de un pescado a punto de dar la última bocada, y ese cabello siempre rizado gris y escaso no mejoraba nada su poco agraciado semblante. Pero eso no era lo peor, lo peor de su cara y de su persona era su lengua ácida y afilada. Adicta al brandy como pocas y al chismorreó como muchas en Norfolk. Así era la dama temida por muchos, pues caer en su lengua era lo peor que podía pasarle a una joven casadera, bien lo sabía ella.

Era una pena que estuviera allí, realmente agriaba una reunión de jóvenes amigas como era esa. Un té en casa de Cordelia para celebrar su cumpleaños y Amber asistió por afecto a su vieja amiga, no porque deseara ver gente tan desagradable como lady Catherine, pero...

Cordelia le habló en un momento, le preguntó por Londres y ella procuró escoger palabras apropiadas y mostrarse feliz, aunque no lo estuviera en absoluto.

La mención de sir Rushton entonces la crispó y afectó bastante.

—Está soltero. No se ha casado y dice que no se casará jamás—dijo una comadre.

—Claro es que su corazón se rompió.

—¿De veras? —dijo otra.

Lady Catherine comenzó a abanicarse acalorada, recordaba bien a esa señora siempre sudaba, se sonrojaba y era en suma una mujer parlanchina y desagradable.

—Sí... hubo una amistad hace tiempo.

Cuando Amber miró a ambas damas ellas callaron de repente.

Porque ella había sido esa amistad nefasta que terminó rompiendo el corazón del pobre sir Kendall Rushton, claro... Ella era la mala de la historia. La que se fue y se casó con un millonario dejando desolado al pobre conde.

No era así, pero a la gente le gustaba hablar y era una realidad.

En el pasado esas damas la trataban con fría cortesía porque al ser bonita llamaba mucho la atención de los pretendientes y eso molestaba mucho a las comadres, cuyo principal desvelo en esta vida era que los caballeros adinerados se casaran de forma adecuada y razonable, con alguna de sus protegidas.

Ella nunca persiguió a ninguno de los nombrados pretendientes, pero estos sí le prestaron bastante atención. Tenía su orgullo y, además, esas comadres que ahora la saludaba tan risueñas y encantadoras antes le habían dejado de invitar a sus fiestas para que no pudiera pescar un marido rico.

Pero como ya lo tenía, y era mucho más rico que cualquiera de esos codiciados provincianos, entonces ahora era la gran dama. Era toda una lady y se peleaban por contar con su presencia.

Las jovencitas la miraban con respeto y veneración y ella estaba allí solo para que no dijeran que se había vuelto soberbia pues en realidad solo había ido por insistencia de su madre. Era su obligación y nada más.

Y se preparó para pasar una tarde aburrida de charlas intrascendentes.

Pero las comadres estaban inquietas, tenían algo más en mente.

Luego del té, algunas se retiraron y la señorita Cordelia las invitó a pasar a la sala de costura donde alguna podría continuar su bordado o labor de ganchillo.

Amber suspiró al ver que la salita era mucho más amplia y podría estar más lejos de las comadres. Se sentó lo más alejada que pudo de las demás y compartió una taza de té mientras soportaba un breve interrogatorio sobre la salud de su madre y luego su marido. La vida en Londres.

Todo lo que ocurría en Londres era una aventura sin igual para esos pueblerinos y los ojos de su anfitriona se iluminaron cuando le habló del tren, de los cafés y las veladas de ópera.

Había salido mucho en compañía de su esposo y de cierta forma pensó que era un alivio no vivir allí con él pues se imaginó que en poco tiempo se habrían enterado de todo. de su vida y obra y sus infidelidades.

—Querida, te vez tan bonita. ¿Todavía no has tenido ningún bebé?

Solo la señora Tomlinson era capaz de hacer preguntas tan directas, pero la pobre además de chismosa estaba vieja y por eso a veces chocheaba.

—Todavía no—replicó Amber incómoda.

—Bueno, eres joven... quizás estés embarazada sin saberlo.

Amber se sonrojó. No quería ni pensar en eso. Nunca. No.

Aunque no habría podido evitarlo al menos el señor la había salvado de algo peor pues no podía ni pensar en tener intimidad con su marido con una panza y sabía que por eso él evitaba embarazarla. Se cuidaba con algo que colocaba en su miembro durante la cópula.

Quería que fuera siempre bella y esbelta.

Se preguntó si usaría eso con otras mujeres, sí lo hacía para no contagiarse enfermedades ni tampoco hacer bastardos. Era un hombre extraño. Al parecer tampoco quería embarazarla a ella porque no quería tener hijos.

Pero no siempre usaba esa goma, alguna vez lo habían hecho demasiado rápido.

Amber apartó esos pensamientos algo turbada.

Y abandonó el té de su amiga Cordelia apenas le fue posible. No deseaba quedarse más de lo necesario.

Por alguna extraña razón durante el camino de regreso comenzó a sentirse tensa. Estaba todo oscuro y cuando se apeó del carruaje tuvo la extraña sensación de que alguien seguía sus pasos.

Miró inquieta a su alrededor y pensó que no era buena idea salir sin sirvientes, se habla confiado porque quedaba cerca y porque la señora Thomson además debía cuidar a su madre. Las damas casadas no necesitaban tanta escolta no en ese condado... aunque en Londres era otro cantar. Había mucha gente desconocida y extraña merodeando por las calles, extranjeros, italianos bandidos, irlandeses forajidos y demás.

Pero nada de eso había en Norfolk, todo era tan tranquilo y sin embargo por un instante le pareció ver a un hombre siguiéndola desde la otra calle cuando abandonó la casa de su querida amiga Cordelia.

Nerviosa decidió regresar al carruaje y pedir que la alcanzaran hasta su casa. No quedaba lejos pero no se animó a seguir caminando sola.

En Londres un escocés había intentado algo horrible... quedó en shock pues fue a la salida de una reunión, en un momento su criado fue abatido y de no haber estado su esposo y sus dos criados cerca...

Era muy confiada y su esposo se lo dijo.

Ese escocés no solo quería robarle sus joyas, también se la habría llevado a un lugar apartado para violarla una y otra vez. era lo que hacían esos granujas y no les importaba que la dama fuera respetable ni casada. Había una banda criminal difícil de atrapar.

Amber se sintió aterrada al recordarlo y parte de ese terror regresó al sentir que un

hombre la seguía.

No había bandidos tan perversos en ese condado, pero ella no pudo dejar de mirar por la ventanilla y no estuvo tranquila hasta ver la mansión de sus padres a la distancia.

No volvería a andar sola. Al parecer todo había cambiado, el mundo se había convertido en un lugar extraño y violento donde pasaban cosas horribles y debía ser más precavida.

Cuando llegó a su casa no abandonó el carruaje hasta que estuvo frente al portón de hierro. Estaba asustada pues no era la primera vez que tenía esa sensación de que la seguían, aunque no había visto a ese hombre como lo vio ese día. ¿Quién era y por qué la seguía?

¿Acaso su esposo?

Sabía que su marido sentía unos celos terribles del hombre que fue un amigo muy especial para ella antes de casarse, por eso siempre la acompañaba cada vez que visitaba a sus padres como si pensara que ella sería capaz de...

Y se preguntó si tal vez ese misterioso sujeto no sería alguien enviado por su marido para vigilarla. 'Faltaba más! Era el colmo. ¿Cómo podía hacerle eso?

Sin embargo, el misterio hombre que la seguía había desaparecido. Estaba sola.

Cuando regresó su padre la esperaba en la sala.

—Querida, ¿cómo estuvo la reunión? —quiso saber.

—Aburrida. Como siempre.

—Oh mi niña no digas eso.

Nunca había disfrutado esas reuniones de viejas tomando el té mientras las jovencitas debían quedarse apartadas y replegadas esperando alguna oportunidad de conversar. En esos té las matronas de la comarca lo dominaban todo, a quienes invitar y a quienes no invitar, qué amistades propiciar y cuales trincar.

Eran terribles. Y no dudaba que algo habían intervenido en su amistad con el conde pues

creían que él caballero debía casarse con una de sus protegidas, no con una joven pobre y sin dote como ella.

Estaba harta de esas intrigas, esas pequeñas intrigas de gallinas viejas y entrometidas. ¿Por qué un caballero no tenía el derecho y el placer de escoger esposa según sus deseos sin tener que pedirle permiso a alguien?

Y de pronto se preguntó por qué no se había casado con él conde, era un caballero y se entendían tan bien.

Pero al final los sentimientos del conde nunca fueron muy profundos.

La mención del conde la había dejado triste y nerviosa. No tenía contacto con él, nunca lo veía, pero sin embargo estaba en sus pensamientos.

No lo había olvidado, diantres.

Fue a visitar a su madre que la esperaba con ansiedad y nada más quitarse el abrigo y entrar la vio muy animada.

—Cariño, has regresado algo tarde. Ya está oscuro ahora, estamos a comienzos de otoño.

Amber sonrió.

—Escapé en cuanto pude, madre—reconoció mientras se sentaba en una poltrona cerca de la cama.

La señora Thomson, su dama de compañía se alejó lentamente.

—¿Cómo estaba la señorita Cordelia Arlington? —quiso saber su madre.

—Bien, muy contenta. Pronto va a casarse.

Su madre sonrió con expresión soñadora, para ella el matrimonio era un lecho de rosas, una historia romántica, la más bella historia que una jovencita debía tener y contar en esta vida.

—Conversamos muy poco en realidad, además... estaba la entrometida lady Blanche y su prima...

Ante la mención de las comadres su madre se puso seria, disgustada.

—¿Y qué hicieron esas dos?

—Pues hablar del conde de Rushton y decir que cierta joven le rompió el corazón hace tiempo por eso todavía permanece soltero.

Su madre la miró con perspicacia, como si no le gustara que hablara de su antiguo pretendiente.

—¿Acaso esas chismosas dijeron que...? Ese hombre es un solterón, ¿lo olvidas? Ninguna joven era lo suficientemente digna porque él era muy exigente.

—Por supuesto, pero ellas insinuaron que era mi culpa—replicó Amber.

—Oh, qué injusticia. Esas damas son unas entrometidas y envidiosas. No dejan de sufrir por tu matrimonio porque ellas anhelan que los mejores candidatos caigan en las redes de sus protegidas, no soportan ver que las demás triunfan aún sin tener la fortuna de las demás. —su madre hizo una pausa—Aunque tal vez la rabia sea porque ninguna de las chicas en cuestión pudo llamar la atención del conde de Rushton. Y eso que lo han intentado, muchas veces. Ni te imaginas.

—Entonces ninguna...

—Claro que no, mi niña. Pero las comadres... no se rinden.

Amber se crispó.

—Me pregunto si tal vez... si me hubiera quedado él me habría pedido matrimonio—habló por un impulso, sabía que tenía que haber preguntado eso, pero no pudo evitarlo.

Su madre la miró con cierta pena. Era un asunto del pasado que mejor sería dejarlo atrás, pero... al parecer para su hija no era así.

—Querida, eso no pasó, él no era para ti, queríamos alguien más joven para ti. Y alegre. Aunque de haber pedido tu mano lo hubiéramos aceptado, pero eso no pasó. Creo que

simplemente el conde no es de lo que se casan. Le gusta la soledad y sus colecciones de manuscritos y pinturas, es todo un solterón y nada ha cambiado desde tu partida. Nada. Todo sigue igual.

—Sí, supongo que todo sigue igual aquí excepto yo, madre.

Se sentía muy inquieta al hablar del conde de Rushton. Era algo triste, una herida abierta algo que deseaba evitar. Demasiados problemas tenían ya con su matrimonio como para pensar en él ahora, pero cómo no recordarle si estaba allí, en todas partes, en su casa, en los jardines, en sus pensamientos, en su corazón...

—Amber, ese hombre estaba loco por ti, mi niña, todos lo sabían, pero él era muy orgulloso para decírtelo y además es un solterón. Allí está el problema. Se aferra a su vida de solterón, a sus mañan, a sus apasionantes estudios sobre la ciencia. Es un erudito, un coleccionista y el hombre más culto e inteligente de este condado y tal vez del país, pero los hombres así rara vez se casan y si lo hacen su vida es pasarse encerrado en la biblioteca sin ver nunca a su esposa ni a sus hijos. Su familia se convierte en una molestia para hombres así, en algo ruidoso que deben soportar obligados... Lo sé bien, lo he visto muchas veces y tú no habrías sido feliz. Ese hombre no era el indicado. Era muy educado, sí, de carácter noble y muy generoso, siempre preocupado por los más necesitados... en verdad que es todo un ejemplo para la comunidad, pero no como esposo.

Ella miró a su madre con rencor.

—Pues yo lo habría querido de esposo si él me hubiera dado alguna esperanza, si me hubiera hecho sentir que le importaba—se quejó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Porque no era feliz y sabía que en parte era por haberse casado de forma precipitada con un hombre que ella pensó la amaba ardientemente y que luego descubrió que solo necesitaba una esposa y ella apareció en su camino en el momento justo, en el momento equivocado en realidad y por eso con el tiempo ese amor que decía sentir se evaporó como la más ruin de las mentiras y los engaños. ¿No era condenable que un hombre fingiera un sentimiento tan puro y noble como el amor solo

para lograr sus fines?

La voz dulce de su madre la despertó de sus pensamientos, ella la miraba con fijeza.

—Querida, no fue tu culpa. No os culpéis, fue él, no tuvo coraje y los rumores te comprometían, no podías continuar esa amistad si no había boda porque él podrá ser un hombre solterón, pero no es un monje.

Amber miró a su madre ruborizada, el pensar en el conde con una amante en su mansión la hacía sentir especialmente enferma de rabia y celos. Y por una razón incomprensible se vio obligada a defenderle.

—Madre, él era todo un caballero.

—Lo es por supuesto, lo era entonces... pero ¿por qué sientes pena por eso? Es parte del pasado y ahora eres una mujer casada, Amber.

—Sí, lo sé, pero pienso en lo que pudo haber sido, pienso en eso.

Para su madre era fácil decir que lo olvidara, ella no estaba allí soportándolo todo, un marido egoísta y cruel, infiel, y el recuerdo de un amor que todavía le dolía y atormentaba. Aunque pensara que había pasado mucho tiempo de eso, aunque se dijera que era demasiado tarde para lágrimas y lamentaciones: ella no lo había olvidado, para Amber había sido ayer. Y a veces se había preguntado por qué, por qué lo hizo, por qué no esperó un poco a que él le hablara por qué...

Pero los rumores eran algo terrible en ese condado y muchas niñas casaderas estaban celosas de esa amistad.

Dejaron de verse y luego ella fue enviada a Londres a buscar un esposo rico lejos del condado.

—¿Todavía te afecta verdad? —le preguntó su madre.

Ella la miró y no necesitó decírselo.

—No es bueno que te aferres a una fantasía y te ruego que mientras dura tu visita no lo veas.

Amber supo que esa promesa sería falsa por completo.

—Madre, no he buscado verle, para nada.

Ella la miró con insistencia.

—Te lo advierto... Eres una dama casada ahora. Tienes un marido y una reputación que cuidar. No puedes... retomar esa amistad.

—No pensaba hacerlo.

—Pues ten cuidado. Porque las comadres hablan, murmuran, y esperarán cualquier tontería para hablar, ya lo hicieron en el pasado.

Los ojos verdes de Amber se ensombrecieron. Lo recordaba bien, malvadas mujeres.

—Madre, el conde es un caballero y dudo mucho que quiera entablar amistad. No hemos vuelto a vernos ni nada desde mi boda.

—Pero es hombre y los hombres cuando quieren una mujer no renuncian a ella.

Ella miró intrigada a su madre pues hablaba con mucha vehemencia.

—Tonterías... solo era un buen amigo.

Su madre no compartía esa opinión y la vio ponerse tensa de repente, disgustada y sabía la razón.

—Querida, no puedes mentirme. Yo lo sé.

Amber tragó saliva.

—Pero eso fue hace mucho tiempo madre, ya se me pasó, te lo aseguro. No tienes nada de qué preocuparte.

Su madre la miró pensativa.

—Desearía pensar que es así. Pero sois muy joven, mi niña y él es un hombre muy

agradable y ... a pesar de ser un solterón. El peligro existe.

—Él nunca me amó, madre, lo sé. No tienes de qué preocuparte. De haberle importado un poco yo... no me habría casado con Callum.

—Amber, por qué dices eso? Callum MacNeil era el indicado.

La joven esquivó su mirada.

—Lo digo porque es verdad... tal vez me equivoque, pero no creo que... el conde siempre tuvo asuntos más importantes en qué pensar. No se dejaría llevar por la pasión.

—Tu esposo te adora, Amber—insistió su madre.

—No me adora madre, exageras. Al principio sí, pero...

—Querida, eso sí me preocupa más. ¿Qué rayos sucede con vuestro esposo? ¿Por qué os dejó venir sola? ¿Acaso me estáis ocultando algo?

Amber se arrepintió en el acto de haber hablado.

—Por supuesto que no, madre... Lo siento, es que no sé por qué dije eso. Todo está bien, no te preocupes.

Su madre no parecía muy convencida.

—Creo que deberías darle un hijo a tu marido, Amber.

De nuevo con eso. No tenía tregua...

—No depende de mí. Es voluntad de dios...

—Pero tú podrías esforzarte un poco y orar, pedir.

—¿Esforzarme?

—Sabes a lo que me refiero. Un hombre se anima mucho cuando su esposa le pide un bebé, si tú se lo pidieras él se pondría muy feliz, estoy segura.

—Pero yo no quiero un bebé ahora. Quedaría confinada en esa casa y no lo deseo. Sabes cuánto me gusta viajar y ver a mis amigas.

Sonaba como una muñequita frívola, pero ¿cómo explicarle a su madre que las desavenencias constantes con su marido la obligaban a no querer saber de nada con los niños?

Solo quería escapar y sus viajes eran lo único que le daba un poco de respiro.

Pues de haber tenido que convivir con su esposo habría sido un completo infierno para ella.

—Deja de pensar como una joven mimada. Tienes que mejorar tu matrimonio. Para de fingir, sé que no eres feliz, Amy.

Su madre la llamaba Amy de forma cariñosa pero esa repentina reprimenda la hizo sentirse alarmada.

—Lo sé porque soy tu madre, ahora dime ¿por qué? ¿Qué es lo que pasa con tu marido, Amber? Dímelo por favor, yo puedo aconsejarte. ¿Olvidas que mi hermana escribió un manual sobre la esposa perfecta y yo fui quién le dio consejos para escribir ese libro?

—Sí, ya lo sé, el libro fue todo un éxito. Pero... no es sencillo, mi esposo tiene un genio muy vivo, madre, se enfada por todo.

Y eso no era nada, pero prefirió guardar silencio.

—Pero hija, estás recién casada. Solo llevas dos años y es normal que surja desavenencias. Es natural... Ambos son muy jóvenes y los irlandeses son hombres muy temperamentales, Amber. Tienen un genio muy vivió sí, pero tienen en cambio un gran corazón. Tú eres su esposa, su mujer. Y eso es muy importante para un hombre.

—Debería, pero él no es un caballero, madre. No es como los demás.

—No entiendo por qué dices eso. Él te ama, está loco por ti. Solo es orgulloso y no quiere que lo sepas.

—Tonterías... me hace sufrir su frialdad y desdén... pensé que me amaba y por eso me casé con él.

—Amber, no esperes que un hombre enamorado te lo diga con palabras a veces ni siquiera lo demuestran. No todos los hombres son atentos y románticos. Pero eso no significa que no tengan sentimientos, mi niña. Él te ama, la forma en que te mira y no sé por qué no os acompañó. ¿Acaso riñeron?

—Siempre reñimos, pero no fue por eso.

—¿Riñen siempre? Eso es normal durante los primeros tiempos, pero... aprende a callarte a la boca.

—¡Madre!

—Debes obedecer a tu marido y respetarle siempre. No lo contradigas y haz todo lo que te dice. Yo te hablé sobre ello, te dije que deberías moderar tu genio.

—Pero no es eso, madre, siempre hago lo que él me dice y soy una esposa respetuosa y educada. Lo soporto todo sin quejarme, pero no es eso. No es mi culpa.

—¿Entonces qué sucede? Si no me dices no podré ayudarte.

Amber pensó que había hablado demasiado y además ¿en qué podía ayudarla su madre?

Su madre se le acercó despacio.

—He vivido mucho más que tú y sé que los hombres jóvenes son difíciles. Son como los potrillos, rebeldes y obcecados y odian estar atados. El matrimonio es un yugo difícil de soportar. Por eso mejor escoger a un hombre que tenga más edad, pero eso y ano importa. Debes tener más paciencia con tu esposo. él no es como nosotros pero que no sienta que lo desprecias por sus humildes orígenes. No es justo que lo hagas.

—Nunca he despreciado a mi marido.

—Entonces dime por qué pelean o tendré que seguir adivinando.

—Por tonterías, ni siquiera lo recuerdo ahora, pero Callum tiene un temperamento vivo y se enfada por todo. A veces me ha dejado encerrada madre, por una discusión tonta o porque

desaprueba mi vestido de fiesta. No me ama y me dice niña presumida inglesa, niña mimada y otras cosas. Es un extraño, no es el hombre con el que me casé, no sé por qué cambió tanto. Hasta me ha dicho que se casó solo por capricho y porque necesitaba una esposa y decidió que debía ser yo.

—Te escogió a ti, Amber, ¿sabes cuántas le querían atrapar en ese entonces? Yo lo recuerdo bien y en verdad que no me hice ilusiones hasta que noté la forma en que te miraba. Estaba loco por ti, locamente enamorado. Y eso no puede fingirse. Pero luego del matrimonio... una mujer debe aprender a llevar a su esposo, a complacerle. No puedes negarte a sus brazos por nada del mundo, porque eso es lo primero que los enfurece y los pone de mal humor. Amber, el hombre es como un animal en ese sentido, no es caballero y yo tengo que decirlo... algunos no son así, pero los irlandeses...

Amber tragó saliva y su madre pensó que había dado en el clavo.

—Sé que no es sencillo eso, que una recién casada no está preparada ni puede soportar los abrazos apasionados de su esposo con frecuencia, pero eso es lo que más calma el genio de un esposo. Si tú te niegas se enfadará y peleará por cualquier cosa. Luego te acostumbrarás y verás cómo todo mejorará.

Su madre le había hablado poco antes de la boda al respecto, y ahora parecía creer que no había escuchado sus consejos. Cuando le dijo: debes dejar que él lo haga todo y obedecerle, jamás pensó que sería tan literal ni que debería enfrentarse a una intimidad que la asustaba por ser muy ruda y difícil para ella. su noche de bodas había sido un desastre en todo sentido. Y la intimidad seguía siendo algo a lo que se entregaba por obligación prácticamente, algo molesto que evitaba siempre que podía con cualquier excusa. Solo que ya no se negaba tanto como al principio. Tragó saliva al recordar que su esposo no solo se enfadaba si ella se negaba a la intimidad...

Pero para disimular, para que su madre no supiera que realmente la estaba pasando bastante mal por todo eso se apuró a decir:

—Lo haré, madre. Lo prometo. Yo no me niego a mi esposo—dijo al fin para dejarla tranquila y para que dejara de hacerle preguntas sobre su matrimonio.

—Pues así debe ser, hija. Algunos hombres buscan una querida si su esposa los evita y eso duele mucho a una esposa... aunque sé que algunas realmente les dan alivio—suspiró y bebió del jugo de limonada que le había dejado la señora Thompson en su mesita de luz, pegada a la cama.

Amber se acercó para acomodarle los cojines.

—Descansa madre, te ves algo fatigada hoy.

Ella sonrió débilmente, se veía tan vieja, pero en realidad sus padres habían sido mayores cuando la tuvieron y luego de ese parto tardío su madre había quedado débil. Y esa gripe había sido terrible, pasó semanas postrada con una horrible tos y ahora el doctor le había recomendado reposo.

—Estoy bien, Amber, en realidad estoy harta de estar aquí en la cama. quisiera dar paseos antes de que llegue el frío—se quejó su madre y miró hacia la ventana con cierta nostalgia.

—Pues aguarda a que el doctor te autorice hacerlo. Te dejaré descansar, madre.

La joven se alejó pensando que si no lo hacía terminaría contándole la verdad a su madre y no quería preocuparla ni causarla más angustia.

Ella además tenía un talento para adivinar los secretos de las personas que asustaba, intuía cosas, era como una bruja, aunque no quería llamarla así.

Por más que lo ocultara su madre había adivinado que tenía problemas con su esposo.

A poco escapó de que le contara que no podía más, no quería hacerlo, no quería preocuparla.

A solas en su habitación se miró en el espejo. Su vestido rosa de muselina resaltaba su cabellera enrulada y castaña cubierta prolijamente con cintas blancas y su bello rostro redondo de mejillas llenas se crispó levemente al pensar en su matrimonio. No, no era feliz, por más que

llevara lujosos vestidos y joyas, por más que viviera en una hermosa mansión de Londres.

Se apartó inquieta del espejo y se dijo que había creído que ese viaje le haría bien, que podría tomarse un tiempo para descansar y sanar sus heridas, pero no era así, desde su llegada no había dejado de pensar en su esposo. Y ahora volvía a pensar en él. A sufrir, y enfadarse y pensar en lo infeliz que era a su lado.

Asistió al té de su mejor amiga al día siguiente y durante días estuvo distraída con otros menesteres, pues su madre se empeñó en qué decidiera el destino de su pequeña biblioteca. Eran libros bonitos y tal vez deseara donarlos o llevárselos a su nuevo hogar en Londres.

Amber no quería hacer ni lo uno ni lo otro y pasó un buen rato esa mañana simplemente leyendo y ojeando sus antiguos libros. Le traían tantos recuerdos, tanta nostalgia, sus libros habían sido su compañía durante esos inviernos helados encerrada en casa o en el verano, a la hora de la siesta cuando hacía demasiado calor para hacer algo más. sentía mucho afecto por sus libros, desde que había comenzado la lectura eran su mejor compañía en momentos tristes y solo se había llevado un par a Londres a su nueva vida de casada. Ni tiempo había tenido de leer alguno, sus incontables compromisos sociales, viajes o su esposo le quitaban todo el tiempo. Era increíble como en su antiguo hogar todo volvía a estar en su sitio y se sentía en paz, dueña de su vida y de su tiempo y comprendió que su vida de casada la privaba de esos pequeños placeres de la vida. Todo giraba en torno a su marido y ahora en medio de la difícil elección de qué libro salvar y qué libro obsequiar volvía a pensar en él. Con rabia por supuesto. Y con el deseo de no volver a su lado. Aunque supiera que nunca tendría coraje para hacerlo, o quizás sí...

No era sencillo organizar qué libro se llevaría y cuál podía donar cuando de pronto encontró un manuscrito de historias de amor del medioevo, una selección de cuentos románticos y heroicos que le había prestado una vez su antiguo amigo: el conde Kendall Rushton.

Sintió tanta tristeza al ver ese libro, le traía tristes recuerdos pues una de esas historias era

la de Tristán e Iseo, la joven casada con el rey que se enamoró del caballero de este. La forma en que fue contada esa historia de amor resultaba algo hermosa, que siempre recordaría con pena y también emoción.

Cuando Kendall le prestó ese libro pensó que casi era una declaración de amor, pero se equivocó pues nunca llegó a hablarle, ni siquiera la más velada insinuación, o algo... lo suyo solo había sido amistad. Simple amistad. Afecto de amigo y así se lo hizo sentir al final. Como una tonta por haber esperado algo más, por haberse imaginado que había algo más y solo debía tener paciencia y esperar.

Pero eso era parte de su pasado, no debía ponerse triste ni pensar tonterías porque...

Solo había sido un capricho del corazón, un amor de muchacha que al no ser correspondido había muerto como una flor al llegar los primeros fríos. Eso había sido.

Así que no entendían por qué la acusaban de haberle roto el corazón al solterón del condado, cuando él jamás le habló ni le dio a entender que sintiera alguna inclinación especial hacia ella.

Las comadres hablaban por hablar, siempre lo hacían. Inventaban historias.

Cuando terminó de seleccionar qué libros querría llevarse a Londres y cuáles regalar, pensó que tenía que hacerle llegar ese manuscrito al conde. Para él podría ser valioso, era un coleccionista de libros raros y un erudito. Y sabía que ella no querría volver a leerlo. Kendall le había prestado otros libros para leer y así había nacido su amistad. Era un caballero muy inteligente y además sabía qué libro podría leer cada persona. Eso era extraordinario, solo un librero de Londres conocía sus gustos podía recomendarle algo, pero el conde ...

Pero cuando lo abrió la primera página vio la dedicatoria y tembló.

Se lo había obsequiado en su cumpleaños, no se lo había prestado como creía. Era un presente y no podía devolverlo, pero...

Se estremeció al ver su letra y luego su firma y fue como si le tuviera allí frente a ella.

Pero no quería conservarlo. Era un ejemplar antiguo y muy valioso y a ella solo le traía tristes recuerdos.

Le avisaría a un criado que llevara ese libro a la mansión Richmond...

Pensó en la dedicatoria y se dijo que no podía cometer la descortesía de devolver un presente que además había sido dedicado, pero ella recordaba que entonces...

De pronto recordó que había un libro que él le había prestado y había olvidado devolver.

Lo buscó sin poder recordar su título, pero sabía que también era medieval. Sabía cuánto veneraba ese caballero sus libros antiguos, eran muy valiosos y costosos, además.

Tenía que devolverlo y pensó en avisarle a uno de sus sirvientes, pero luego se dijo que no era muy cortés de su parte y...

Debía llevarlo ella y darle una disculpa.

Pero no pudo hacerlo.

Por una extraña razón le daba vergüenza hacerlo. Cierta pudor pues no habían vuelto a verse ni a conversar desde ese día.

Suspiró atormentada al pensar en el pasado, tal vez no había superado la tristeza de su corazón roto. Decían que el primer amor nunca se olvidaba y quizás fuera cierto, porque ella no lo había olvidado, aunque pensara que era un amor malogrado y no correspondido. Un triste amor contrariado como decían las comadres del condado.

Sentía un poco de rabia al pensar en el conde de Rouston y también dolor, esa sensación, esos sentimientos eran mucho más fuertes de lo que imaginaba o de lo que alguna vez sospechó, pues ahora a pesar del tiempo le costaba hacer como si nada y presentarse en su casa para devolverle los libros.

En realidad, no tenía que hacerlo, podía enviar a un criado.

Sí, tal vez fuera lo mejor.

Le enviaría sus preciosos manuscritos que tanto veneraba y cuidaba más que a una esposa... Si tuviera alguna por supuesto.

Su madre tenía razón, ese hombre era un solterón de antigua estirpe, de una familia de mucho solterones: tíos, primos, hermanos... Parecía un mal hereditario.

Molesta por todo eso detuvo a su criada.

—Aguarda Melissa, le escribiré una nota para que acepte mis disculpas por no haber enviado estos libros antes a Richmond.

Luego escribió una carta para el señor Rouston para que no la creyera descortés ni falta de modales. Le enviaba saludos.

Sin embargo, cuando entregó los libros dentro de una coqueta y costosa caja se sintió mal, despojada de su hermoso libro de historias de amor que sabía volvería a leer un día y mientras lo veía irse casi lloró, como si su corazón estuviera en esa caja, el corazón de joven enamorada que latía tan fuerte tres años atrás. No era tanto tiempo, pero tenía la sensación de que habían pasado mil años, sí y no, pues también lo recordaba como si fuera ayer.

Tal vez no había sido buena idea devolver los libros. No ese libro de cuentos medievales al menos...

Más tarde, mientras se reunía con su vieja amiga Meredith Ashley en su casa pensó que era una tontería pensar esas cosas y creer que había sido tan importante.

Tenía problemas más acuciantes que resolver ahora. Su futuro, su matrimonio, pero no quería pensar en eso. Solo disfrutar de esa reunión y olvidar...

Su amiga Meredith se quedó encantada con su visita, pero no se quedó tanto tiempo como esperaba.

De pronto se sintió inquieta. Nerviosa sin saber por qué y tuvo que regresar a su casa.

—¿Qué sucede, amiga? —le preguntó.

—Nada...

—Algo te sucede, te ves inquieta.

—Es que no lo sé...

No lo sabía. Pero últimamente se sentía nerviosa y alterada de repente sin saber el motivo se ponía así. Quizás por su esposo.

Cuando regresó a su casa supo que algo había pasado.

Samuel Byrne estaba allí, plantado con una pequeña maleta. Con su traje sencillo, algo gastado marrón, el sombrero ladeado y la cara cuadrada de facciones rústicas y poco agraciadas. El sabueso de MacNeil, acostumbrado a acompañar a su señor como su sirviente de confianza y de modales algo hoscos tuvo que aprender a lidiar con la sociedad londinense que era por supuesto mucho más refinada que su país del nuevo continente. Era el perro guardián de su marido y su presencia allí no le gustaba nada y se esforzó por disimular.

Él sin embargo sonreía con su cara pecosa de niño travieso.

—Señora MacNeil, ¿cómo está usted? —le dijo él.

Amber lo miró asustada, aunque fingió sorpresa, por dentro temblaba y luego de saludarlo supo la razón de su visita, aunque ya lo había adivinado.

—Su esposo me envía a persuadirla de que regrese de inmediato a Londres, lady Amber

—Samuel no era un hombre de dar rodeos, así de rudo era para todo.

No era la primera vez que su marido hacía eso y sintió que la rabia la consumía.

—No puedo regresar ahora Samuel, acabo de llegar y mi madre está muy enferma—dijo con rabia.

Él retrocedió algo espantado o quizás contrariado.

—Bueno es que... lo siento señora MacNeil, pero son órdenes de mi amo.

Su amo. Solo un perro leal, fiel y mal hablado como ese y además foráneo era capaz de

llamar amo a su patrón, a su señor. Amo. Amo y esclavo. Odiada que llamara amo a Callum MacNeil, la palabra amo le provocaba rabia y rechazo.

—No me iré ahora, me quedaré unas semanas. Puedes decirle a tu amo—replicó Amber con calor mientras se alejaba de él y entregaba su abrigo a su criada.

Al parecer su marido se había enterado de su repentino viaje y no tardaba en enviar a su perro guardián para que se la llevara de regreso.

Trató de conservar la calma, pero por dentro ardía, intensamente molesta y contrariada por esa inesperada “visita”.

Samuel la siguió como un sabueso, sin perderle pisada.

Amber se detuvo inquieta, molesta de que la siguiera y lo miró a los ojos y él tuvo la impertinencia de sostener su mirada.

—Lo sé señora, pero su marido me ha pedido que viniera por usted, lady Amber y es mi deber cuidarla y persuadirla de que regrese. —dijo y buscó algo en su bolsillo.

Amber miró inquieta su gesto de escudriñar en sus bolsillos.

Era un hombre joven y poco agraciado, rústico, con facciones cuadradas y marcadas, y su sola presencia imponía respeto y hasta temor por su elevada altura y por la mirada maligna de su semblante.

Era escocés como su marido y se decía que cuidaba sus espaldas y en el pasado lo había acompañado en algunas correrías.

Durante un tiempo él había sido como su escolta, cuando peleaban y su marido temía que lo abandonara, la acompañaba a todas partes y eso era muy molesto para ella pues sentía que en vez de un sirviente había un pillo del Est End cuidando sus espaldas y tal vez eso fuera.

Ese hombre siempre le había dado miedo, era fuerte, malvado y lo había visto golpear sin piedad a un pillete que quiso robarle el monedero una vez.

Y molesta y turbada tomó la misiva de su marido y la leyó.

“Hola preciosa, regresaré en una semana a Londres y espero encontrarte allí. Luego de hablaremos de tu escapada, pero ahora obedece a Byrne y regresa a casa o mi enfado será aún peor.”

Tembló de rabia y miedo al leer el mensaje, era como si su marido malvado estuviera atrapado en esas líneas y la mirara desde un rincón furioso en ese tosco y amenazante mensaje.

Pero no iba a permitir que le hiciera eso, debía comprender que era libre de viajar a Norfolk a ver a sus padres y él no podría impedirselo.

Seguramente su perro fiel le avisó que ella se había ido y por eso envió a ese hombre a buscarla.

—Señor Byrne, me quedaré unos días más no puedo irme ahora. Pero si gusta puede quedarse y esperar. luego regresaré con usted a Londres, pero no ahora.

Samuel Byrne la miró con una sonrisa fingida y extraña, pues a pesar de ser un grandísimo bruto capaz de derribar a un bandido o a quien fuera, tenía ciertos modales y si una dama le pedía tiempo debía aceptarlo.

—Señora McNeil, tengo órdenes de llevarla de inmediato a Londres, pero puedo esperar hasta mañana o quizás pasado.

Se lo dijo, así sin rodeos mirándola con sus ojos oscuros, casi negros. Su mirada era como él, oscura, insondable, sin piedad y por eso siempre la había asustado.

—No me iré tan pronto, he venido a visitar a mis padres y mi marido lo sabía bien. Le dejé un recado.

—Usted se marchó sin avisar lady Amber, y su marido no lo sabía y está furioso, señora. No le agrada que su esposa viaje sin su compañía.

—Pues él se lleva otra compañía ahora en sus viajes.

Byrne guardó silencio ante lo evidente: la nueva compañía de su amo, su querida... ¿Qué podía decir sobre eso? Su lealtad era total, pero luego de asimilar eso pensó que no se quedaría callado.

—Pero usted es su esposa y él está muy preocupado, señora. No debió viajar con tan pocos sirvientes, los caminos no son seguros.

—Pues aquí estoy y llegué sana y salva, como puede ver. Y me quedaré unos días, se lo advierto.

—Entonces deberé quedarme para velar por usted, pero le advierto lady Amber, que, si no regresa mañana o en unos días, mi amo vendrá por usted.

—Su amo se encuentra de viaje por Francia con su amiga y no regresará hasta el mes próximo—respondió ella.

El hombre se detuvo y dejó de retrucar. Y aunque no muy convencido dijo que se quedaría un día o dos.

Amber tuvo que pedirle al ama de llaves que le preparara una habitación. Lo que menos quería era tener a ese hombre en la mansión familiar, pero habría sido descortés enviarlo a una posada del camino, por supuesto que le hubiera encantado hacerlo, pero no podía. Su marido no se lo perdonaría.

Así que hizo lo que exigía el decoro y la etiqueta.

Sabía por qué lo había mandado su marido y se crispó, pensaba que se vería en secreto con el conde de Rushton. No confiaba en ella, aunque él sí se tomaba todas las libertades de irse de viaje con una joven que sospechaba: era su amante.

El ama de llaves apareció entonces y miró al recién llegado con una expresión de completa desaprobación como si le molestara tener que servir a un simple lacayo londinense pero no dijo nada por supuesto solo que le prepararía las habitaciones del ala este donde estaban los demás criados.

Nadie lo invitó a sentarse y Amber se disculpó pues debía ver a su madre.

Samuel Byrne la miró con fijeza y ella se preguntó si ahora tendría que soportar que siguiera sus pasos todos los días, todo el tiempo.

Entonces tembló al recordar que durante días tuvo la sensación de que alguien la vigilaba, pensó que estaba imaginando cosas, pero se preguntó si no sería ese hombre que se movía como una serpiente sin hacer ruido y con esos ojos que lo veían todo que había estado allí muchos días antes vigilando sus pasos por si acaso intentaba hacer algo indebido para luego contarle a su marido.

Apartó esos pensamientos y entró en su habitación para asearse y cambiarse el vestido para la cena, pues sabía que su padre recibiría invitados esa noche y se reunirían a conversar y beberían oporto hasta altas horas y quizás alguno de ellos tocara el piano o el violín, o jugaran a las cartas o los dados.

Su padre era muy sociable y sabía por su madre que ahora que se había recuperado de la gripe querría reunirse y retomar todas sus actividades sociales.

Luego de cambiarse fue a ver a su madre para explicarle la presencia del señor Byrne pues se pondría muy nerviosa al enterarse.

Su marido no había ido a buscarla como temía, pero había enviado a su perro guardián, lo que significaba que su estadía sería más corta de lo esperado y eso la enfurecía.

—Querida, ¿cómo estuvo el té de tu amiga Meredith? —le preguntó primero con interés.

La encontró súbitamente animada y con más colores, aunque seguía en cama por recomendación del doctor.

—Bien, estupendo en realidad, no había muchas personas—replicó Amber mientras se sentaba en la poltrona y buscaba las palabras para decirle a su madre que su marido había enviado a su criado más rudo a vigilarla y a persuadirla de regresar de inmediato a Londres.

—Oh...—dijo su madre y luego la miró con inquietud, —Amber, me avisaron que hay un

forastero de visita y tu padre quiere saber si podrá invitarlo esta noche a la tertulia. ¿Es pariente de tu marido?

Ella estuvo a punto de reír y lo hizo, levemente.

—Madre, el invitado no es lo es tal, puesto que él mismo se ha invitado y no es un hombre que sepa siquiera escribir más que su nombre, dudo mucho que pueda participar de una tertulia como las que organiza mi padre.

Su madre la miró espantada.

—Es un criado, el mismo que le dio una paliza a un pillete que quiso robarme en Londres hace años—explicó Amber disgustada.

—Oh qué horror... ¿Y qué hace ese sujeto aquí, por qué ha venido? Creí que era pariente lejano de tu marido, nadie me explicó que era un simple criado.

—Mi marido lo envió, madre. Para cuidarme y persuadirme de que regrese cuanto antes a Londres—dijo Amber y suspiró mientras se alisaba la falda nerviosa. Temía que su madre se pusiera del lado de su marido y le dijera que tenía que regresar cuanto antes.

—¿Pero acaso él no sabía que vendrías, Amber?

—Madre, mi esposo se va de viaje con frecuencia y me deja sola, encerrada en la mansión Brighton de Londres. No quise esperar a su regreso, quería verlos... Llevo meses intentando hacer este viaje—respondió la joven.

Su madre parecía francamente disgustada, no lo podía disimular.

—Debiste preguntarle, es tu marido, Amber—dijo con cautela.

Y una buena esposa debía ser sumisa y obediente, siempre pendiente del bienestar de su marido y, además, un ejemplo del que él pudiera presumir con sus amigos. Una esposa de la que sentirse feliz y orgulloso... Amber era todo eso y sin embargo ya se había hartado de que todo fuera de mal a peor para ella.

—Le dejé un mensaje, sabía que no regresaría en semanas, y por eso no creí que fuera importante.

—¿Y cómo se enteró tu marido si está de viaje en Francia? ¿No dijiste que había viajado a París por negocio? —dijo lady Emily perspicaz.

Amber dijo que no sabía.

—Alguien debió decirle, no lo sé...

—Amber, eso no es verdad y lo sabes, nadie puede ir a París y enterarse al mismo tiempo que su esposa se fugó a Norfolk...

—Tiene espías, madre.

—¿Espías? —lady Emily pensaba que eso era absurdo.

—Sí, quizás alguien viajó a Francia y le comunicó que yo no estaba en Brighton y por eso decidió enviar a su fiel sabueso aquí.

—Pero tú llegaste hace una semana, ¿cómo tuvo tiempo de hacer todo eso? Además, debió venir él al enterarse, no enviar a un criado.

—Pues él hace eso, envía a su criado de confianza a vigilarme.

—Y por qué querría vigilarte? No lo entiendo. Estás en Anne Mary house, la casa de tus padres.

Amber suspiró.

—Siente celos del conde de Rushton, madre.

Lady Emily se movió inquieta en la cama.

—¿Cómo lo supo?

—Alguien se lo dijo en Londres, alguna comadre envidiosa supongo averiguó que tuve una amistad con el conde de Rushton y tuve que explicarle a mi marido que solo fue una amistad, pero él estaba loco de celos. No me creyó.

Su madre la miró con pena, como si por primera vez entendiera que su matrimonio no era un lecho de rosas y que no era culpable de ello.

—Es muy triste... pensaba que todo se olvidaría con el tiempo y que en Londres nadie sabría que tú... Vamos, era solo un amor platónico, hija, una amistad que solo os perjudicó entonces porque él no pidió vuestra mano.

Su madre pensaba y trataba de entender todo.

—Pero pesqué a un codiciado partido madre, al más codiciado de la temporada y muchas se quedaron furiosas por eso. en Londres... Tal vez no lo sepas, pero muchas damas arruinadas han montado su negocio floreciente de casar chiquillas poco agraciadas pero adineradas con partidos distinguidos: lores pobres o viceversa: jóvenes bonitas, pero con una dote insignificante con acaudalados hombres de negocios. Y sé que Callum MacNeil estaba en la lista de los partidos más codiciados de la temporada. Una de las damas en cuestión estaba empeñada en casar a su protegida con el millonario escocés, pero no tuvo suerte, él me vio a mí y supo que me convertiría en su esposa.

—Oh mi niña, lo que me dices me ha dejado perpleja y hasta espantada. No puedo creer que haya mujeres que se dediquen a oficiar de casamenteras y sean tan vengativas. Hablarle a tu esposo así, eso fue una maldad. Porque tú solo tenías amistad con sir Rushton.

—Pues lo hizo, madre, alguien escribió esa carta contándole mi amor secreto por el conde y cuando él me preguntó le dije la verdad, pero no me creyó. Estaba loco de celos.

En su noche de bodas, todo había sido esa noche, la noche más importante que ella debía recordar con amor y que se suponía sería un cuento de hadas. Pero no lo había sido, nada había sido un cuento de hadas en ese matrimonio.

—Querida, lo siento mucho pero ahora... tienes que mirar para adelante, pensar en tu futuro y en tu esposo. Él está loco de celos y eso demuestra lo mucho que te ama—dijo lady Emily emocionada.

Pero su hija no pensaba lo mismo, los celos en su esposo eran infundados y algo enfermizo y no entendía por qué todos creían que unos celos desmedidos eran la muestra de amor más grande que existía.

—No lo hace por amor, madre, sabe cómo fastidiarme y el señor Byrne es una de las maneras que tiene para hacerlo—replicó la joven, mordaz.

Su marido no era un caballero y su madre lo sabía bien pero no dijo nada, ella seguía empeñada en ayudarla en su matrimonio por supuesto.

—Entonces debes volver con tu esposo, Amber. Si está molesto, no debes hacer que se enfade más, eso no sería bueno para ti.

—Mi esposo está de viaje con una amiga, madre. Con su nueva conquista.

Lo dijo, al final tuvo que hacerlo al tiempo que sentía sus ojos llenos de lágrimas. Porque odiaba que hiciera eso, odiaba que se fuera de viaje con su vieja amiga y la ignorara.

Luego de desahogarse se arrepintió, en el acto pues su madre quedó muy afectada.

—¿Tu esposo tiene otra mujer? ¿Estás segura?

Su madre parecía horrorizada y sorprendida, muy sorprendida pues era de la que creía firmemente que su marido la adoraba y que el suyo había sido una boda por amor y también muy conveniente, algo difícil de encontrar en esos tiempos...

—Sí, estoy segura. Se fue con ella de viaje y me dejó encerrada, quería que me quedara a esperarle y yo me escapé. No pude soportarlo más, así que hice mis maletas y me fui.

—Amber, eso está muy mal, no debiste hacerlo. Debiste esperar a su regreso y tener una conversación muy seria con tu esposo. Quizás sea un malentendido. Es muy raro que un hombre tan enamorado como tu marido haga eso. Y, además, casi son recién casados, dos años de matrimonio no son nada.

Amber secó sus lágrimas y se sintió terrible, jamás debió contarle a su madre, se había jurado no hacerlo, pero se sintió acorralada, desbordada por toda la situación o por el poder que

tenía su madre de arrancar secretos a las personas.

Si su madre supiera que su marido no era en realidad ese hombre agradable y encantador y enamorado que todos pensaban. Las cosas que le había hecho en esos dos años de casada. Él no la amaba, pero la necesitaba y temía que lo abandonara, por eso le había enviado al perro guardián de Byrne pues sabía que como era un marido perverso ella podía intentar irse con otro, lo pensaba, pero no podía decirle eso a su madre.

—Querida, debes tener paciencia. El matrimonio no es sencillo, no al comienzo, los hombres jóvenes son algo impulsivos y atolondrados, por eso queríamos que escogieras uno que fuera un poco más maduro. De más edad. Nunca pensamos en casarte con un hombre que te doblara la edad, por supuesto, pero sí un hombre que tuviera más calma y aplomo.

Como el conde de Rushton, un verdadero caballero de carácter afable y tranquilo. El marido que ella necesitaba, que ella soñó tener un día...

—Madre, sé que cometí un error al casarme tan pronto, apenas conocía a Callum MacNeil, pero estaba herida y triste y mi deber era hacer una boda conveniente.

No quería usar la palabra ventajosa, aunque sí había sido una boda muy ventajosa.

—¿Entonces te casaste con Callum enamorada del conde? ¿Todavía lo amas? —preguntó su madre. —Hija mía, a mí puedes contarme, dime toda la verdad. Solo quiero ayudarte.

Amber apretó los labios mortificada, ¿qué le pasaba ese día? ¿Por qué hablaba y decía cosas que sabía luego iba a lamentar?

Pero ya era tarde, su madre era muy lista y lo había adivinado.

—Sí—murmuró.

¿Qué sentido tenía negarlo? Su madre ya lo sabía. Hacía tiempo que lo sabía. Sabía todo de su vida además y en su momento supo aconsejarla al verla tan triste de repente.

“Amber, deja esa amistad, para ti es algo más, pero para el conde es solo una amistad” le había dicho.

Ella fue incapaz de hacerlo pues ¿cómo podía poner fin a lo único que tenía de su amor platónico, su amor imposible y atormentado: su amistad?

Solo ella conocía su dolor por haberse enamorado de un hombre que no la quería, que solo quería una amistad, aunque ella había imaginado que había algo más. Tal vez en su imaginación de joven enamorada veía cosas que no eran.

La voz de su madre la despertó de sus reflexiones.

—Fue lo mejor, había mucha diferencia de edad... en cuanto a lo demás era todo un caballero, pero el conde es un solterón, cariño. Pero ahora tú tienes un esposo en quién pensar. Eso es lo más preocupante. No el pasado, el pasado es pasado y no puede cambiarse. Amber, tú debes luchar por tu matrimonio, esforzarte, ser más comprensiva y dulce con tu marido. Quizás sufrió una tentación, los hombres sufren tentaciones y no es fácil que le sean fiel a una sola mujer mucho tiempo. Desean a otra, desean tener otra mujer, pero no porque sientan amor por ella y esto debes entenderlo. No hay nada de amor en esas aventuras llamados enredos amorosos. Es solo una forma elegante de decirlo. Son pecado y tentación.

Amber miró a su madre sorprendida.

—Pero madre, un verdadero caballero no debería tener aventuras ni amantes a escondidas de su esposa. Eso no está bien—dijo con calor.

—No, no está bien, es verdad. Pero sucede, tarde o temprano sucede... Algunos hombres son muy ardientes y necesitan más de una mujer porque una sola no puede satisfacerles y esto debo decírtelo, aunque sea poco delicado. De nada sirve que te engañe diciéndote que nuestras reglas morales lo prohíben y en verdad es condenable que un hombre casado con un joven dulce y hermosa como tú lo haga. Pero no se trata de belleza ni de nada, no es tu culpa. Algunos hombres sufren la debilidad de la carne, es el pecado que los domina. Mi padre siempre decía que un pecado domina a un ser humano a lo largo de toda su vida: codicia, ira, orgullo, pereza, gula, envidia y lujuria. Los siete pecados capitales, son los más fuertes y las personas siempre

son dominados por uno o más de uno en esta vida—hizo una pausa y suspiró—Y quienes sufren de la lujuria perseguirán faldas a lo largo de toda su vida porque ese pecado les consume y domina, y no hay nada que puedan hacer contra él, pero yo no creo que eso sea así. Hay matices.... Y a lo mejor tu marido es infiel por enfado o costumbre, tú debes hablar con él y exigirle que te respete. Hazle entender que su conducta te lastima, Amber pues tal vez lo haga para darte celos, para que tú demuestres interés por él.

Amber dijo que lo haría, pero sabía que en el fondo sería en vano, pues su marido volvería a hacerlo porque era un hombre autoritario que no se detenía ante nada y pensaba que un hombre que era un buen esposo y amaba y veneraba a su mujer era unos calzonazos y un completo imbécil, dicho por sus propias palabras. Él se burlaba de esos ingleses que eran tan gentiles y amorosos con sus esposas y de los manuales sobre el perfecto caballero y la buena esposa. Eso era puro cuento, nadie podía ser tan puro ni honorable, eso ya no se estilaba.

Al principio le había sido fiel, durante los primeros tiempos y hasta hace poco tiempo pensó que era la única, hasta que apareció esa joven rubia tan hermosa llamada Mary Stewart que se acercó con el cuento de que era parienta lejana de su marido. Una prima o algo así. Él la llenaba de atenciones y la llevaba a todas partes y hasta la llevó a su casa, eso fue lo más despreciable. Que hasta quiso granjearse su amistad y entonces un día, pescó a su marido muy abrazado a ella, de una forma que...

Aterrada y asqueada se alejó. No le dijo una palabra. Apenas podía respirar y comprender que esa joven no era ninguna prima lejana sino algo más.

No tuvo dudas de que era su amante.

Una esposa sabía esas cosas, y su esposo había cambiado en ese tiempo, dejó de buscarla y comenzaron a tener peleas. Irónicamente comenzó a sufrir ataques de celos y a encerrarla, a estar pendiente de sus amistades, aunque luego la ignorara para irse de paseo con su “prima”. Era extraño.

Su madre seguía pensando que todo dependía de la paciencia de una buena esposa y entonces le habló con dulzura:

—Piensa en lo que te he dicho, Amber. Debes ser paciente y entender que una mujer lista puede dominar a su marido y hacer que se vuelva fiel y respetuoso. Está en tus manos lograrlo... Puede que el hombre joven sea como un potrillo mal domado que patea y se comporta pésimamente... es verdad, algunos hombres jóvenes que además no fueron domesticados con modales aceptables se comporten como salvajes pero una dama dulce y paciente, su propia esposa además los podría domesticar y domar de forma conveniente con amor, suavidad y paciencia. Tú debes hacer ver que no te importa, que no te afecta o, al contrario, ser honesta y hablar con él y decirle con mucho tacto que su conducta te lastima profundamente.

Amber sonrió levemente diciendo que lo haría, pero por dentro pensaba: mi pobre madre ignora que mi esposo no es como otro marido y que ninguna mujer podría dominarlo jamás pues ese era su peor miedo. debía demostrar que era el hombre quien llevaba los pantalones y dominaba a su mujer y a todo lo que le rodeaba. Sospechaba que eso venía de su sangre escocesa y su vida en Estados Unidos y un padre mucho más bruto y rudo que él: el viejo Arthur MacNeil tenía unos modales mucho peores, lo recordaba bien y sospechaba que su padre le llenaba la cabeza de cómo ser siempre el macho líder de la manada y debía hablarle pestes de las mujeres porque ya le había pescado ciertas expresiones desagradables al respecto.

Su inocente madre pensaba que con paciencia ella podría domeñar a ese “potrillo mal domado” ... ¿Potrillo? Un corcel pura sangre, rústico y bruto como él solo, acostumbrado a correr libre, patear y hacer lo que él quisiera en todo momento. Eso era Callum MacNeil. Y dudaba que hubiera una mujer que lo volviera fiel, ella en todo caso no sería esa mujer, aunque fuera su esposa y él le hubiera un día que la amaba.

Pero su madre seguía pensando que era posible.

—Además, tu esposo envió a su criado de confianza a buscarte, se preocupa por ti—dijo ella como si eso fuera de por sí una prueba de amor.

Amber pensó que la presencia de ese hombre no era para nada agradable y debía advertirles a sus criados para que le tuvieran vigilado. Aunque no sería necesario, los criados de Anne Mary House eran muy fieles y harían bien su trabajo sin necesidad de pedirlo. Para ellos el señor Byrne era un intruso y una visita no deseada.

—Tu marido te adora querida, ten paciencia, luego se le pasará, cuando descubra lo que tú vales... cuando le des un hijo. Eso es muy importante para un hombre, si le das un varón entonces...

Amber no respondió, ¿qué podía decirle? Su madre era tan ingenua, pensaba que todo iba a solucionarse porque su marido la adoraba y un bebé lo cambiaría todo. En un mundo ideal tal vez. Ella justificaba todo porque los hombres eran así, sufrían de lujuria, se tentaban por la belleza de otra joven. No era algo que debiera tomarse en serio por supuesto. Las aventuras eran pasajeras, la esposa era lo más importante en la vida de un hombre... De un hombre sí, de su esposo no. Ya no... Se preguntó si alguna vez habría sido importante.

Amber no esperaba asistir a la tertulia organizada por su padre en la mansión familiar de esa noche, pero lo hizo, a pedido de su madre en realidad, pues habría otras damas y se sentirían algo abrumadas por ser la mayoría de la concurrencia masculina ilustrada y habladora de temas trascendentes y complejos para las pobres. O eso le aseguró su madre. Ella no asistió por consejo de su doctor, pero quería que su hija estuviera presente, como si fuera una tarjeta de presentación.

Esperaba que el señor Byrne no osara aparecer, pero lo hizo, vestido con un traje sobrio y elegante y el cabello cobrizo convenientemente peinado hacia atrás, la barba rasurada y un aire tan respetable que Amber no lo reconoció cuando lo vio entrar en el salón.

El sabueso sonrió al ver su desconcierto y saludó a los presentes con muy buenos modales, como si fuera todo un caballero.... Desconocía esa faceta del señor Byrne, pero

imaginó que al ser el escudero de su marido debió aprender a moverse y a comportarse.

Su padre lo recibió con mucha alegría como si fuera un viejo amigo, solo porque era el sirviente de confianza de su marido seguramente.

Amber vio cómo el rudo señor Byrne se sentaba entre dos eruditos y se quedaba callado tratando de pasar desapercibido. El pobre ni siquiera hablaba correctamente el inglés, tenía un marcado acento escocés que ella siempre había considerado irritante.

Esperó con cierta maligna ansiedad a que cometiera una torpeza. Lo haría en cualquier momento y eso sería lo más divertido, debería disimularlo por supuesto.

La llegada de nuevos invitados llamó su atención.

Nadie le avisó que iría el conde Rushton y cuando lo vio sintió de repente entrar en el vestíbulo principal su corazón latir acelerado como si de repente hubiera visto una visión algo sobrenatural y maravilloso. Era él... Su antiguo amor y estaba tan serio... Elegante, guapo y con ese porte marcial tan característico. No había cambiado demasiado y sin embargo cuando la miró vio algo en sus ojos que la estremeció.

La forma en que la miró era extraordinariamente triste. O tal vez lo imaginó.

Amber se acercó para saludarle y luego esquivó su mirada, turbada al sentir la suya y mortificada y temblorosa porque no entendía qué rayos estaba pasándole.

—Señora MacNeil, encantado de verla. ¿Como está usted? —le preguntó el caballero.

—Sir Rushton. Qué sorpresa, nadie me dijo que vendría—replicó ella con sinceridad.

—Bueno, espero que mi llegada sea grata para usted.

—Sí... lo siento, no me malinterprete.

Mas de tres años sin verle y estar allí a su lado la hacía sentir tantas cosas, como si hubiera sido ayer, como el primer día que fueron presentados por su padre. Jamás imaginó que la afectaría así, era tan joven entonces, tan ingenua y soñadora. Y ahora la presencia de su antiguo

amor todavía la hería. Aunque se esmeró en disimularlo, por dentro sentía algo triste y ardiente.

—Cómo le ha ido? Supe que se casó hace tiempo y vive ahora en Londres.

Era fríamente cortés, le preguntaba lo que cualquier otro caballero preguntaría a un viejo amigo.

—Sí, es verdad. Me casé hace dos años.

Él pareció sorprenderse y en sus ojos vio algo muy extraño. Su mirada de caballero español la hizo temblar. Esos ojos eran como el mar, a pesar de ser oscuros había ellos tanta inmensidad, tanta paz...

—Pero su esposo no vino con usted? —preguntó él como si señalara un error. Era una pregunta algo impertinente pero no había malicia en su semblante.

—No pudo, tenía que realizar un viaje a Francia—dijo ella sin faltar a la verdad.

Su padre, que había estado presenciando la conversación a distancia se acercó para saludar a su invitado y llevárselo lejos.

Amber lo vio irse con cierta pena y también alivio.

Una dama se acercó a conversar con ella, a preguntarle por su vida en Londres y ella se distrajo un poco. Lo necesitaba sí, pero ahora estaba temblando y no lo podía evitar.

Luego su padre le pidió que tocara y Amber aceptó.

La velada transcurrió agradable y fue todo menos serena.

Afortunadamente pocos debieron notarlo, la conversación giró en torno a política, ciencia, descubrimientos. Eran temas tan apasionantes que captaron la inmediata atención de todos.

Ella no emitió opinión alguna al respecto, prefería escuchar, aunque esa noche le costaba hacerlo. no dejada de pensar que su antiguo amor estaba allí disertando sobre esos temas tan apasionantes y ella en un rincón sin poder conservar la calma. El amor era un sentimiento

horriblemente inquietante y perturbador, el amor era como el fuego, no podía ocultarse...

Y ese fuego largo tiempo la había consumido por dentro, tanto que creyó que se había quemado y nunca más podría sentir algo igual.

Tal vez por eso no amaba a su marido y sufría tanto por ello...

Pero de ese sentimiento solo quedaban vestigios.

Amber se alejó y procuró disimular, pero cuando en un momento de la velada el conde se le acercó para conversar, no pudo evitarle.

—Lady Amber, aguarde. Quería invitarla a Richmond house. Creo que me debe una visita. No sabía que había llegado, lo siento mucho. ¿Podría venir el viernes en la tarde?

Ella lo miró inquieta y no pudo menos que aceptar. Le habría gustado decirle que no por supuesto, pero habría sido descortés negarse.

—Tal vez, no lo sé... es que debo regresar a Londres junto a mi esposo.

Él no se enfadó de que mencionara a su marido.

—¿Entonces se irá antes del viernes? —replicó.

—Tal vez.

Solo un hombre insensible se comportaba así. La invitaba a visitarle como si nada y tenía la poca delicadeza de hablarle de su marido.

¿Cómo podía ser tan cruel e insensible? Como si solo hubieran sido amigos, como si no hubiera nada entre ambos luego de mirarla como lo había hecho.

—Bueno, le ruego que venga el martes. ¿Podría el martes?

—Sí, creo... tal vez.

—A las cuatro, habrá una pequeña disertación de historia del arte de un apreciado amigo Sir Cecy Clemens. Lo recordará usted.

El conde tenía muchos amigos vetustos.

—Espero que pueda venir a verme, señora. Tengo algo que creo que olvidó una vez.

Ella lo miró atenta a sus palabras, pero muy turbada por toda la conversación.

No, no podía hacer como si nada hubiera pasado, lo que él le hizo le había causado una herida que todavía no había sanado, se daba cuenta de ello. Y la enfurecía que se acercara a hablarle como si nada sin tener en cuenta sus sentimientos o...

Trató de alejarse, buscar una excusa, pero no pudo hacerlo, se quedó allí conversando con el conde hasta que la llegada de uno de los invitados le avisó que los caballeros beberían oporto y todos se alejaron al salón contiguo. Era la oportunidad de escapar pues las damas irían al salón de té a charlas, las pocas que había esa noche. Sabía que su labor era entretener a las damas presentes con su conversación en la otra sala. Hombres y mujeres siempre bebían y charlaban por separado.

Pero solo habló un momento, el resto lo acaparó la locuaz esposa del coronel Richardson: un vecino muy ilustrado que se había hecho muy amigo de su padre. La dama no tenía mucha clase, pero era una hábil conversadora y en esos momentos le vino de perlas pues no estaba de ánimo para conversar, su mente estaba como embotada y sus emociones completamente desatadas. Rabia, dolor, tristeza y una emoción intensa difícil de controlar.

Su padre debió advertirle, debió avisarle ¿y cómo decírselo? Él nada sabía de su enamoramiento por el conde. Aunque se conocieron en una de esas tertulias que su padre solía organizar y en la que ella formaba parte activa, nunca mencionaron el asunto, aunque cuando comenzaron los rumores de su affaire sus padres le advirtieron que debía terminar esa amistad.

Ella no quiso hacerlo. Es que no podía, simplemente y ahora... ahora se daba cuenta de que ese hombre tenía no sé qué poder sobre ella. Un poder nefasto que lo desafiaba todo.

Y aún ahora, a pesar del tiempo y de su boda lo sentía en todo su ser, quizás porque su matrimonio había sido una desilusión.

No dejó de pensar en ello el resto de la noche y luego cuando se fue a dormir aún

recordaba el momento en que lo vio entrar en el salón como si fuera un espejismo.

Al día siguiente durante el desayuno no se hablaba de otra cosa que de la tertulia y Amber quiso saber cómo se las había ingeniado el señor Byrne durante la tertulia.

—No habló mucho, pero hizo preguntas inteligentes—dijo su padre.

—¿Preguntas inteligentes? —Amber estaba sorprendida.

—Sí, es un hombre que tiene cierto intelecto. Parece inteligente, aunque el pobre no ha tenido chance de mejorar, sabe leer y escribir y eso es bastante para un hombre tan sencillo. Al parecer tu marido se preocupó porque recibiera instrucción cuando comenzó a trabajar para él.

La mención de su esposo la crispó y entonces su madre habló del conde de Rushton para terminar de crisparla.

Ella miró a su padre con expresión de reproche.

—Padre, debió avisarme que vendría sir Rushton. No lo hizo.

Su padre la miró desconcertado.

—Lo siento, hija, no sabía que su presencia te disgustaría.

Amber tragó saliva.

—No es eso, no me disgusta, solo que no lo esperaba—murmuró casi a regañadientes.

—¿Pero acaso estaban enemistados?

Lady Emily miró a su marido con expresión sombría y entonces su padre dijo que el conde era un viejo amigo y había quedado en ir a llevarle unos manuscritos y luego lo invitó.

—Ignoraba que eso te afectaba, hija, lo siento.

—Oh, no me afecta, pero... habría preferido saber que lo invitarías, padre.

Ese encuentro la dejó muy rara, feliz, eufórica y enojada. Le trajo muchos recuerdos que creyó olvidados, ese reencuentro la dejó bastante perturbada, más de lo que quería admitir, pero

no dijo nada al respecto y cuando su madre le preguntó cómo había estado la tertulia ella se limitó a decir que bien.

Afortunadamente su madre no insistió.

—¿Cuándo vendrá tu marido? —preguntó luego.

La cara de Amber cambió.

—No lo sé, en realidad dudo que venga aquí, espera que yo regrese cuanto antes pero ciertamente no tengo prisa por volver.

—Amber, mi niña, debes volver, tu marido te envió a ese hombre para que te llevara de regreso en dos días.

—Pues no me iré en dos días, no he hecho un viaje tan largo para irme tan pronto.

Su madre no respondió, pero fue su padre quién intervino.

—Amber, debes regresar y obedecer a tu esposo.

Maldita sea. Otra vez con eso. Qué sencillo era para él decirlo: era hombre y era quien mandaba, aunque su madre no era ni nunca fue una de esas esposas sumisas que nunca decía nada, al contrario, tenía la voz cantante en todo.

—Está bien—murmuró para que la dejaran en paz.

Su madre intervino.

—Amber, ven, ayúdame, quiero sentarme en el comedor, estoy harta de estar en esa habitación. La cama parece quitarme fuerzas y eso me molesta. Quiero empezar a hacer cosas antes de que llegue el frío y me obligue a permanecer confinada.

Tenía razón. llevaba demasiado tiempo en cama y eso la hacía sentirse débil por eso esa mañana decidió levantarse sin esperar la autorización del doctor Madison.

Ella sintió alivio de alejarse un poco de la tensión del comedor. Por momentos volvía a sentirse como una chiquilla reprendida por sus padres, esperaba que eso terminara luego de su

boda, pero ahora su padre le decía que debía regresar con su marido y eso no le gustaba, no quería hacerlo. No lo haría.

Los días pasaron y llegó el martes, el día que debía ir a visitar al conde y no tuvo ganas de hacerlo. Por su orgullo herido. Una antigua afrenta y un dolor que no había olvidado.

A pesar del tiempo estaba allí, latente, y aunque dijera a todos que lo había olvidado ante sí misma no había mentiras, no había palabras bonitas ni de consuelo: la herida estaba en su corazón y listo, no había más que decir. ¿Para qué fingir que todo estaba bien y ella era capaz de ir al señorío como si nada?

Porque fueron amigos un tiempo, buenos amigos. Por eso.

Y eso no era verdad, había algo más, o quizás lo imaginó y eso le dolía más.

Pero él le pidió que fuera encarecidamente, algo en su mirada le pedí que fuera y. no estaba bien no aceptar, no era cortés.

Ciertamente que se sentía mortificada al pensar que no aceptaría ir. Algo dentro de ella le decía que fuera, les decía a gritos: ¡ve! Algo necio, obcecado e impulsivo: su corazón. Allí estaba latiendo sin parar al recordar la visión del conde de Rushton entrando en la sala la otra noche, allí estaba su tonto corazón dando saltos al recordar la intensidad de su mirada. Y sola frente al espejo su mirada estaba triste pero rara, había un brillo extraño.

—Señora, ¿quiere que prepare el carruaje?

Su doncella le habló provocándole un susto. Ni siquiera la escuchó entrar. Pero estaba allí expectante y tenía algo en su mano.

—¿Qué sucede? —le preguntó algo inquieta.

Melly sonrió y le mostró el sobre.

—Llegó hoy para usted, lady Amber. Lo siento, quizás olvidaron entregarle esta

invitación.

Amber tomó el sobre lentamente y vio que era una invitación formal del conde de Rushton para ese mismo día a las tres...

Ver la tarjeta con el emblema de su familia la crispó. Fue como si tuviera en sus manos un trozo de ese guapo solterón y pudiera sentir su perfume invadir sus sentidos. Era demasiado, no podía... no podía ir, no podía aceptar. Se delataría y se sentiría como una tonta. Y lo peor sería que él se daría cuenta y la miraría con una fría condescendencia.

Y ella se sonrojaría y daría un triste espectáculo. Ella que ahora era la esposa de un millonario de Londres y todos hablaban de su boda brillante ... en el fondo seguía siendo la misma jovencita que un día había descubierto que estaba perdidamente enamorada del conde de Rushton, ese guapo, gentil, inteligente, culto solterón, coleccionista que casi le doblaba la edad y que por momentos la miraba de forma especial.

Pero cuando llegó el momento de hablar él no lo hizo.

Esperó paciente a que le hablara o le dijera algo, le diera alguna esperanza él simplemente se alejó y dejaron de visitarse. De verse.

Amber sospechaba que fue esa solterona entrometida que comenzó a correr la voz de que ambos mantenían un romance y que pronto habría anuncios de boda.

No había nada peor que anunciar algo que no sucedería.

Imaginó que él se sintió atrapado, sofocado, forzado, o simplemente envuelto en un rumor falso y hasta desagradable y entonces se alejó. Claro que esto lo supo mucho después, porque su amiga Cordelia se lo había dicho, ella era la hermana del mejor amigo del conde y en un momento pensó que quizás podría ser su Celestina... no era tan amiga para hacerlo ni tampoco se justificaba que interviniera si uno de los involucrados parecía no tener interés.

Rechazada, y horriblemente humillada. Así se sintió entonces. Pues el alejamiento del conde luego de que se dejara correr ese rumor solo significaba algo: que él no la quería para

nada, que no había en su amistad algo más profundo ni tampoco romántico como había imaginado. Así que ella se lo había inventado todo. Al parecer en su loca imaginación de enamorada había creído que él sentía lo mismo por ella, o cierta inclinación o algo...

Pero al parecer se había equivocado y eso fue lo más doloroso de aceptar.

Ese hombre fue su primer amor y luego de eso; herida y horriblemente humillada, tan triste para acallar esos rumores que la torturaban y comprendiendo que no habría declaración ni nada se fue a Londres a visitar a sus parientes adinerados por consejo de sus padres. Era mejor alejarse un tiempo. Allí estaba su madrina y una gran casamentera. Ella había encontrado esposo a todas sus sobrinas y parientas lejanas. Tenía un don para ello. Aunque en realidad ese marido se lo consiguió sola de la forma más inesperada, su madrina hizo todo para que la invitaran a las mejores fiestas y le obsequió tres vestidos: los más bellos que había tenido en su vida. Le dio su afecto y también le dio confianza al decirle que su juventud y belleza eran una dote más que suficiente en ese lugar donde había muchos caballeros adinerados buscando una esposa.

Amber no le creyó cuando se lo dijo, tenía muy poca confianza al saber que su dote era escasa y solo disponía de un apellido ilustre y un pasado noble que conoció tiempos mejores por supuesto, tiempos de opulencia y bodas brillantes. Pero a poco cambió de parecer cuando fue cortejada con mucha sutileza y pretendida por varios caballeros.

Su vida cambió de repente, en un instante al verse deseada y cortejada y ver su carné de baile siempre lleno.

Solo que nunca bailaba con todos, eso habría sido cursi o inapropiado.

Al principio los pretendientes eran muy mayores para ella, es verdad, y su madrina le dio algunos consejos para buscar uno más adecuado. Pues a pesar de ser tan casamentera creía que la mujer debía también escoger un marido que fuera de su agrado. Pues luego pasaría su vida junto a él. Así que debía escoger uno con el que tuviera armonía, conversación y que fuera todo un caballero. Lo físico era lo último, pero sin embargo era importante, ella se lo dijo. Debía ser de

su agrado a pesar de que las cualidades y virtudes debían ser lo primero que debía conocer de un caballero. Porque era a fin de cuentas lo que contaba cuando la belleza se iba, la belleza era efímera, engañosa...

Todo iba muy bien hasta que apareció el hombre que se convertiría en su marido. Ahora, años después dese ese día todavía le sorprendía cómo cayó como mosca. Cómo lo consideró desde el comienzo un hombre guapo, divertido, jovial y tan atento y caballero.

Rayos. Fue algo tan intenso que pensó que podría olvidar a su antiguo amor para siempre, que aprendería a quererle tanto y ambos serían felices. Creyó estar enamorada, pues se conocieron, se miraron y sintió como una chispa, un chispazo pues estaba frente a algo inesperado. Él dijo que fue amor a primera vista y lo más triste es que lo creyó sin dudarlo...

Fue un enamoramiento fugaz, algo inexplicable, irracional y salvaje y una tontería de juventud. ¿La razón de ese amor? Porque tenía unos ojos azules y era moreno, alto, apuesto...

Pero nada la preparó para lo que ocurriría luego, en su noche de bodas, porque nadie mencionaba detalles de la intimidad para preservar la inocencia de las muchachas. Todas debían llegar casi ignorantes de esos asuntos para que sus maridos no creyeran que sabían demasiado y eso no era correcto en una verdadera dama y lo que pasó después fue que todo el amor que creía sentir por su marido se convirtió en amarga decepción. Él no era ese caballero gentil y encantador del que se había enamorado y entonces comprendió que no había sido amor, sino que la había deslumbrado y engatusado casi por completo.

Como un vil seductor, no tardó en mostrarse como era. Y ahora pensaba que no podría soportar pasar la vida entera junto a ese hombre, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Apretó los labios furiosa frente al espejo, y tuvo ganas de llorar pues odiaba que siempre estuviera allí atormentándola hasta en sus pensamientos. Lejos de él, a miles de millas de distancia, todavía la hería pensar en su boda, esa boda que todos creían feliz y tan ventajosa para ella y su familia.

Y molesta miró a su doncella y le dijo que preparan su carruaje para las dos y media pues no iba a quedarse allí pensando en su marido, rumiando sus desdichas, al menos pasaría una tarde distinta en compañía de un hombre culto y educado. Aunque ese mismo caballero le rompiera el corazón con su indiferencia, al menos podría distraerse un poco...

Además, su triste historia de amor era parte del pasado, o eso creía ella, o eso quería creer Amber.

Ir al señorío de los condes de Rushton: Richmond Manor fue como un viaje al pasado. Se sintió como de diecisiete otra vez; tan joven e ilusionada, cada vez que iba a visitar a su amigo el conde temblaba como una hoja, especialmente en los últimos tiempos.

Cuánto más se entusiasmaba con Kendall, más se aceleraba su corazón al verle. Y los nervios la consumían. En vano intentaba disimular, en vano se esmeraba por no mirarle ni delatar sus sentimientos amorosos. Estaba enamorada, por primera vez en su vida, lo amaba locamente y como ese amor no pudo salir a la superficie pues no fue correspondida tuvo que sofocarlo, esconderlo y pensó que con el tiempo moriría triste y olvidado.

La sorprendió comprender que no era así pues nada más entrar en la mansión y reunirse con su viejo “amigo” en la sala de música se estremeció como una chiquilla tierna y enamorada, no pudo evitarlo. Así fue exactamente...

Él en cambio parecía tan serio y controlado, aunque sus ojos cafés la miraron con cierta admiración controlada.

—Señora McNeil, qué agradable sorpresa. Gracias por aceptar mi invitación, imagino que su presencia debe ser muy solicitada.

Él estaba allí, elegante y apuesto, el hombre más guapo del mundo, todavía lo era para ella.

Sir Rushton la invitó a sentarse.

Pero ante su sorpresa no estaban solos, tres caballeros y una dama aguardaban en la sala. Eso la incomodó un poco, no pudo evitarlo, quería estar a solas con el conde y poder conversar... en cambio tuvo que hacer sociabilidad, pero no le costó, casi se había acostumbrado a poner su mejor sonrisa y conversar.

Trató de mostrarse serena pero sus ojos se le iban al conde, no podía evitarlo, había sido su amor, su gran amor de juventud, su primer amor y no lo había olvidado. Aunque se negara a reconocerlo... bueno, era casada.

Con el correr de las horas sin embargo se quedaron solos y eso la inquietó un poco. pensó que era momento de marcharse y quiso hacerlo, pero él la detuvo a tiempo.

—Por favor, no se marche, me sentiré terriblemente abandonado. Mis amigos le tienen terror al frío y a la oscuridad, pero usted es joven ¿no es así? ¿No le teme ni a lo uno ni a lo otro?

Ella tragó saliva.

—No por supuesto, pero... no podré quedarme mucho más si...

—Quédese, quiero hablar con usted. Teníamos una amistad, ¿no es así?

Amber asintió.

—Sí, por supuesto.

Se hizo un extraño silencio en el que solo se miraron y de pronto el conde le preguntó hasta cuándo se quedaría.

—Una semana, quizás menos.

—¿Tan poco tiempo?

—Es que mi esposo quiere que regrese.

Su expresión cambió, fue muy sutil, como si...

—Su boda fue algo apresurada, señorita... disculpe, señora.

—Sí, es verdad.

No le preguntó si era feliz o si lo amaba, aunque se dijera su amigo esas preguntas solo podía hacerlas una amiga íntima y ciertamente que no habría sido delicado preguntar. Pero sí le hizo otra pregunta.

—¿Y le agrada la vida de Londres?

—La verdad que me abruma un poco, hay siempre demasiadas recepciones y extraño la calma que hay en Norfolk.

Lo dijo de forma precipitada, pues en realidad extrañaba ser una joven soltera enamorada de un caballero que no la correspondía, extrañaba todo absolutamente su vida entera antes de su boda. Y no se resignaba a haberlo perdido todo por una mala decisión, por más que supiera que era imposible no lograba conformarse.

—¿De veras extraña la vida tranquila? —no había sorpresa en su gesto, solo quería confirmarlo.

Amber asintió y algo en su mirada lo hizo retroceder.

—Bueno, quizás deba visitarnos más a menudo.

—Lo haría, pero en ocasiones no puedo hacerlo, compromisos sociales y...

—Entiendo. Señora MacNeil, usted me envió un libro que le había obsequiado.

Parecía una acusación y ella se puso pálida.

—Lo siento, siento mucho haberlo hecho, pero... pensé que era muy valioso para usted y ahora ciertamente que no he tenido tiempo de leer, señor Rushton.

—Qué pena que no pueda leer, quería recomendarle unos libros.

—Tal vez...

Amber se sonrojó intensamente al sentir su mirada y pensó que no podía ser verdad lo que estaba viendo, no podía ser eso...

Y como si él comprendiera que se estaba precipitando rápidamente cambió de tema y la

condujo hasta la biblioteca.

—Echaba de menos su amistad señorita, venga... quiero enseñarle mi nueva colección.

Esa fue la excusa, y Amber tembló al pensar en esa posibilidad, la excusa para llevarla a un lugar más privado para poder conversar, pero... No podía ser por supuesto. Él era todo un caballero y jamás haría algo inapropiado.

Cuando entró en el sagrado recinto de la biblioteca: inmenso, repleto de estantes y valiosos libros sintió que todo su ser era invadido por extrañas sensaciones. Amor, nostalgia, pasión sofocada, todo junto en un instante. Porque la biblioteca era la esencia de Kendall Rushton, undécimo conde de Willmond, porque en la biblioteca se hicieron amigos, conversaron y también con el tiempo, fue en ese lugar donde descubrió que estaba locamente enamorada de ese guapo y atento caballero.

Tembló de la emoción al ver ese anaquel donde él guardaba sus tesoros y le enseñaba con orgullo un libro raro que acababa de adquirir o uno que encontró simplemente hurgando.

Hacia allí la llevó y ella no pudo evitar emocionarse cuando él tomó un libro del estante y se lo entregó.

—Por favor, no rechace mi regalo. Quédese. En recuerdo a nuestra amistad—le dijo muy solemne.

Amber se sintió bastante rara entonces, casi mortificada al comprender lo que había hecho, pues ese libro significaba mucho para él y también para ella, y por esa razón había decidido devolverlo. Como si pudiera olvidar el amor que un día sintió por ese hombre con ese gesto tonto e impulsivo.

Y luego de tomar el libro tan amado lo miró y le dijo con inesperada sinceridad.

—Lo lamento, solo pensé que podría echar de menos este libro y quise regresárselo.

Ella no podía llevarlo a Londres, si su marido veía la dedicatoria estallaría por los aires o terminaría en la estufa más próxima y luego tendría que dar explicaciones de cómo había llegado

a la mansión ese libro. Pero ahora lo tenía en su poder y pensó que de forma inexorable se quedaría en la mansión de Lytton para siempre, sepultado junto a su amor no correspondido.

—No se disculpe, creo que fue mi culpa señorita Amber... lo siento es que no logro, no entiendo cómo debo llamar señora a una mujer tan joven como usted.

No era esa la razón, pero no lo dijo por supuesto.

Luego le mostró otros ejemplares y conversaron un momento más.

Pero la magia de ese momento, de esas miradas apasionadas había pasado al punto que Amber se preguntó si tal vez no lo había imaginado se dijo con cierto pesar mientras abandonaba la mansión del conde de Rushton en su carruaje una hora después.

Sin embargo, una extraña paz la envolvía, una calma que no había sentido en mucho tiempo y que su esposo era incapaz de brindarle. La paz del amor, de sentir que había estado junto a su viejo amor, tan cerca, pero ay, tan lejos...

Amber sintió unas lágrimas rodar sus mejillas y entonces lamentó haber aceptado la invitación. No debió ir, no debió hacerlo. No era bueno hacerse ilusiones ni pensar que podía pasar algo ahora, ahora era tarde. ¿De qué le servían sus atenciones? Ella no fue tan importante como imaginó entonces o quizás era el refrán que usó Lord Byron para hablar del significado del amor para los hombres, él dijo una vez: el amor no es más que un episodio en la vida de un hombre y sin embargo el amor es todo en la vida de una mujer.

Así había sido para ella, y quizás para él no fue más que un episodio o ni siquiera eso... sin embargo, había llegado a sentir que él la amaba y que estaba a punto de hablarle, que si esperaba un poco más y era paciente podría declarársele, pero sabía también por su madrina casamentera que son pocos los hombres que se declaran con arrojo y sin sentir pánico de ser rechazados. Como su esposo que fue tan audaz de pedirle matrimonio tres meses después de ser presentados y verse en algunas fiestas. Tenía prisa. Su padre lo apuraba a formalizar y él dio su aprobación. Pero el conde nunca llegó siquiera a hablarle o a expresar sus sentimientos, si es que

realmente los tenía.

Pero ella sentía que sí la amaba en silencio, su mirada lo decía todo, su mirada le decía todo pero sus labios estaban sellados. Sus labios siempre habían estado sellados...

Se sintió algo triste al día siguiente, triste y horriblemente nostálgica, mortificada por haber aceptado esa invitación mientras leía ese libro antes de tener que dejarlo en la mansión de Anne Mary house por tiempo indefinido. Había tanto de su amor en ese libro, era extraordinario cómo en esos cuentos podía sentir su antiguo amor en cada página, como si él estuviera allí porque ese libro se lo había obsequiado y era suyo y también le había marcado las historias que creía más bonitas.

Todas eran historias de amor tristes, pero había mucha nobleza en los protagonistas, en sus acciones y no podía menos que admirar la magistral pluma de sus autores, pues la forma en que transmitían esos sentimientos era inigualable.

Fue como un viaje al pasado, ese reencuentro, volver a verle y leer esos cuentos. Era como si todo volviera al comienzo, hasta se vio distinta en el espejo y sus padres no tardaron en notar el cambio. La vieron más sonrojada.

“Es una locura, no puede ser, no después de tanto tiempo...”

Pero volvía a estar allí, en su corazón, ese amor tan grande.

O tal vez nunca se había marchado, solo se quedó allí dormido...

Entonces comprendió que era imposible. Ahora estaba casada y unida a su esposo para siempre. No podía cometer una locura y, además.

No dejaría que la engañase de nuevo, que le hiciera creer algo y después, luego...

No podía ser tan tonta. Debía despertar...

Fue a dar un paseo pues se sentía terriblemente mal de repente, crispada, confundida. No

quería volver a sentir esas cosas ni...

—Señora MacNeil.

La presencia de Sam Byrne la crispó, ese hombre era como un maldito fantasma todo el día iba de aquí para allí vigilando sus pasos y supo que la había seguido en la caminata.

—¿Qué sucede Byrne? —siempre usaba un tono cortante con ese sujeto.

—Creo que deberíamos reservar los pasajes para regresar a Londres cuanto antes, quizás el jueves, su esposo así me lo ha pedido.

—El sábado es muy pronto, además mi marido se fue de viaje y no regresará hasta el mes próximo.

—Vendrá antes, no le agradó saber que usted se había marchado sola a casa de sus padres.

—¿Y cómo llegó a enterarse? Se fue a Francia antes de mi partida—recalcó Amber.

—Alguien debió avisarle, señora.

—Pero se fue con su querida, a mí no me engaña.

—Es solo una distracción señora, usted es su esposa y él la adora.

Amber se sintió horriblemente humillada por el sentido de esas palabras.

—Eso no es verdad y hasta usted lo sabe.

Samuel Byrne se puso serio.

—Es usted una mujer fina y hermosa señora, ninguna dama podría llegarle a los pies. Y él lo sabe. Por eso se casó con usted. Hubo otras antes, jóvenes como la señorita Stewart, pero él las rechazó.

—Solo porque necesitaba una esposa.

Amber estaba demasiado alterada y casi olvidaba que estaba hablando con un sirviente petulante y necio que además iría como un loro a contarle cada palabra a su esposo.

—Otras quisieron atraparle con argucias y tonterías, pero él la quiso a usted en cuanto la vio. Lo sé porque me lo dijo. Él la ama y sus problemas se arreglarían si tuvieran un bebé, estoy seguro de ello.

Amber pensó que ese hombre había llegado demasiado lejos y no era bueno seguir esa conversación.

—Señor Byrne, me quedaré una semana más así, que no reserve pasajes ahora—declaró.

—Señora MacNeil...

—¿Qué tiene que decirme?

—Que si usted no parte esta semana y regresa a Ashton house su esposo se enfadará y será más difícil para usted...

—¿Difícil para mí?

—Su esposo vendrá a buscarla si llega y no la encuentra en la mansión de Londres.

Amber pensó que era tiempo de poner freno a ese tunante, demasiado se había entrometido en sus asuntos y mirándolo con cierta frialdad le dijo:

—Creo que eso no es asunto suyo, señor Byrne.

El hombre no se inmutó y se mostró desafiante.

—Solo quiero advertirle señora, no haga enfadar a su marido. Sufre muchos celos de usted.

Amber se alejó molesta, había escuchado suficiente y no quería enemistarse con ese sujeto ni tampoco seguir esa conversación. Era demasiado. Todo lo había sido. Y la culpa era de su esposo por no ponerle freno a ese hombre. demasiada confianza, era como si... fuera su hermano bastardo o el amigo de infancia, compañero de aventuras. Tal vez todo en una persona.

Sin embargo, muy en el fondo sabía que Byrne había dado en el clavo y cuando esa tarde salió como hacía casi siempre tuvo miedo.

¿Y si su esposo aparecía y descubría que había ido a la mansión del conde de Rushton? Eso lo enfurecería tanto que...

No quería ni pensarlo.

Demasiado la angustiaba pensar que no tenía las agallas ni la oportunidad de abandonar a su marido como había pensado en un comienzo.

Eso quiso hacer con la excusa de que iba a visitar a su madre.

Pero no fue tan fácil como había planeado en su imaginación. Es que no tenía a dónde ir ¿y quién le daría cobijo a una esposa fugada que había abandonado a su insoportable marido? Nadie... se tardó demasiado y ahora ese horrible perro sabueso estaba en la casa y no podría escapar, si lo hacía él iría tras ella y peor aún: le avisaría a su marido. Quizás llegara de un momento a otro...

Debía juntar agallas y tomar esa decisión.

Eso pensaba cuando fue a visitar a sus primas.

Era un día gris y frío de comienzos de otoño. No era un momento adecuado para hacer visitas ni sociabilidad. Era un día especial para quedarse encerrado en casa leyendo, pero eso la ponía triste. No quería quedarse encerrada, necesitaba salir, caminar, ver personas. Sabía que su madre estaba inquieta por la presencia de Byrne y por su visita al conde, no debía parecerle oportuna ni prudente. Y ella venía huyendo del sermón así que esa salida a casa de sus primas no pudo parecerle mejor.

Contempló las calles poco transitadas y el camino de grava que llevaba a la mansión con cierta inquietud. No podía quedarse mucho tiempo. se había nublado de repente. Por suerte el señor Richardson no la acompañaba. Pero cuando el carruaje se detuvo miró por si acaso.

Algo se acercaba a la distancia y tembló pensando que era Richardson y miró desesperada a su alrededor. Debía esconderse, aunque sabía que luego...

El jinete se acercó muy rápido, demasiado rápido para poder escapar.

Amber tembló y se quedó tiesa. No pudo escapar. Tuvo que enfrentarse con el desconocido y se vio sola, sus criados habían ido a guardar el carruaje.

Pero no podía demostrar temor, si era Richardson pues le diría un par de palabras y le advertiría que no podía seguir espiándola.

Grande fue su sorpresa cuando se encontró con un jinete envuelto en una larga capa de fino paño y sombrero de pico alto.

—Señora Carrington. Qué sorpresa.

Era el conde y no podía creer que ese encuentro fuera casual.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso mis primas lo invitaron?

Él lo negó.

—No, acabo de dejar a mis amigos de la ciencia y vi su carruaje y quise venir a saludar— esa fue la enigmática respuesta. Parecía razonable y quizás lo fuera, pero ella sabía que había algo más. no era la primera vez que sentía que alguien la seguía. Era una joven lista y perceptiva y se preguntó si...

—Me dirigía a casa de mis primas, pero mis criados se adelantaron para seguir por otro camino.

—¿Y salió con este día señorita?

Insistía en llamarla así, como si no fuera casada.

También ella quería olvidarlo, por supuesto.

—Sí, es que no quería quedarme encerrada en mi Lytton house.

—Quisiera acompañarme? Mis amigos de la ciencia están esperándome. Tal vez pueda excusarse con sus primas.

Ella sabía que no debía ir, que no debía acompañar a ese caballero, pero ¿cómo decirle que no? Amber tembló al verle, como siempre y quería estar con él.

—Está bien, avisaré a mis criados.

Fue algo extraño, pero él dijo que no importaba. Le pediría a su criado que avisara por ella. Tenía el carruaje a pocos pasos. Había ido con uno de los caballos de sus amigos para alcanzarla.

Lo que significaba que el caballero no iba a caballo como suponía, pidió el caballo prestado para alcanzarla a ella. porque vio su berlina la identificó a la distancia.

Aceptó sin preguntar más, aunque pensó que se aburriría con sus amigos los amantes de la ciencia. El conde era un hombre extraño. En apariencia frío, solitario y poco sociable, callado. Y sin embargo tenía muchos amigos. Amigos en la ciencia, en el arte, en la política...

Se preguntó si no tendría una amante discreta, alguna dama remilgada y viuda de la que poco y nada se sabía. No tenía esposa, pero no lo imaginaba célibe...

Apartó0 esos pensamientos y tembló cuando la ayudó a subir a su caballo.

Cuando se alejaron deseó que pudieran alejarse, perderse para siempre. hacer el amor y sentirle en su piel y lo deseó tanto que de pronto sintió su mirada y tembló pues tuvo miedo de que él leyera sus pensamientos o ella fuera capaz de delatarse.

Su cercanía era muy turbadora e inesperada tanto que comenzó a sentir su corazón acelerado y cuando llegaron finalmente al carruaje dejó escapar un hondo suspiro pues por un momento pensó que no la llevaría a la reunión de ciencia sino a su mansión. Quizás era solo el deseo de corazón, triste, reprimido, lo amaba tanto y por eso...

—Señora MacNeil—dijo él de pronto.

Estaban sentados uno frente al otro, pero algo pasaba y él se veía preocupado.

—Hay una tormenta en ciernes señorita y temo que si la llevo a la casa de mi amigo luego el carruaje se atascará y deberemos quedarnos fuera.

—Supongo que tiene razón, pero ¿qué propone usted?

—Llevarla a mi mansión un momento, está cerca y podríamos beber algo caliente. Si estalla la tormenta...

Ella lo miró con intensidad.

—No puedo ir a su mansión señor conde, mis padres creen que es inapropiado. Es algo absurdo, soy una mujer casada además pero todavía debo explicar cada paso que doy, cada cosa que hago.

Él la miró con pena.

—Entonces la llevaré a su casa, no se preocupe.

Pero un furioso aguacero repentino y furioso se desató a mitad de camino y tuvieron que parar y detenerse. Era imposible avanzar y tuvieron que pedir alojamiento en la posada más cercana. Una casa bonita y pintoresca que parecía deshabitada, casi fantasmal, aunque tal vez era el efecto de ese día lluvioso y oscuro. Tuvo la sensación de que no había nadie y de que no debía ir allí.

Inquieta miró a al conde y le preguntó:

—Conoce usted este lugar? Se ve algo sombrío.

Él dijo que lo conocía.

—Pero nunca me he hospedado aquí. Aunque preguntaré a mi criado qué piensa al respecto.

Y sin más se alejó.

Amber notó que la lluvia era casi torrencial y los caminos quedarían inundados. Rayos, no podía ser. Menudo contratiempo.

Aguardó inquieta y tuvo la sensación de que pasaban mil horas en un instante. El conde había ido con su criado a investigar, pero ella se quedó sola encerrada en ese carruaje deseando correr y deseando quedarse, por alguna razón esa casa le parecía bastante siniestra y hostil. No

era un lugar en que deseara pernoctar.

El conde regresó poco después bastante mojado e inquieto.

—Tiene razón, no es buena idea quedarnos. No hay buen ambiente aquí—dijo el conde y se alejaron.

El alivio de Amber fue inmenso.

—Parece una casa embrujada, no imaginé que fuera un hostel.

—Es un hostel, pero no para personas decentes—respondió el conde con expresión taciturna.

Avanzaron lentamente por el camino embarrado y ella rezó para que no tuvieran un accidente.

El camino se hizo largo, iba muy lento y debió detenerse en varias oportunidades.

Comenzaron a conversar del tiempo y trivialidades para el viaje de regreso se hiciera más llevadero.

—¿Por qué se casó tan pronto, señorita? ¿Acaso la obligaron sus padres? —preguntó eso de forma inesperada.

Amber se crispó.

—No lo sé, pero tenía que casarme, mis padres así lo dispusieron—dijo con timidez.

—Pero ¿por qué ese hombre? Pudo escoger un caballero más educado y gentil. Ese escocés es bastante malvado.

Ella sintió que esa frase era una impertinencia, pero como provenía de su antiguo amor se lo perdonó.

—Pensé que él me amaba, me hizo creer que era así... me engañó. Solo quería una esposa por necesidad, no porque sintiera debilidad o amor por mí.

—Y cómo lo supo?

—Porque el matrimonio muestra todas nuestras fallas y también todas las verdades y mentiras, señor Rushton.

—Entonces usted no es feliz?

Ella lo negó, pero no lo dijo en voz alta.

—Lo imaginé. No me han hablado bien de su marido.

Amber se crispó.

—Ha estado averiguando...?

Él sonrió y asintió algo avergonzado.

—¿Por qué? ¿Por qué quiere saber de mí?

Acorralado él la miró de esa forma que tanto la incomodaba, pero luego como si lo pensara mejor suspiró y dijo simplemente:

—Usted me importa, la aprecio y solo quiero su bien. Espero que no le moleste... no puedo evitarlo.

—Claro... supongo que es por eso.

El momento de acercamiento e intimidad había pasado y de pronto el carruaje se detuvo y un rayo iluminó la propiedad blanca del conde de Rushton.

Estaban a salvo, a salvo de los bandidos y también de las posadas siniestras del camino. Pero no a salvo de él...

—Puede quedarse aquí, esta lluvia pasará y luego quizás pueda llevarla a caballo a Lytton house—dijo el conde.

Amber comprendió que estaba atrapada, que su deseo de estar con él y quedarse vencía lentamente cualquier prudencia y eso no era bueno, le traería problemas. Byrne...

Pero se moría por estar con él, era su amor, su paz, era verle y estar junto a él y sentir que curaba todas sus heridas de repente. Heridas del corazón, heridas del amor... porque todavía

tenía esperanzas, su corazón tenía esperanzas y contra eso no podía hacer nada.

Todo parecía ser propicio ese día y tiritando se acercó a la estufa del gran salón mientras pensaba que no podía quedarse demasiado para no despertar sospechas.

El sonido de la lluvia golpeando los cristales la tensó porque había un verdadero vendaval allí afuera y no parecía dispuesto a rendirse. Cómo es que no se dio cuenta de ello?

—Tiene frío señorita?

Ella lo miró, era el conde, ¿qué otro podría llamarla señorita Amber? Y parecía preocupado por ella.

—Sí, un poco—respondió ella y esquivó su mirada.

—No se preocupe, traerán té caliente en un momento.

Bebieron té en la salita de música, un lugar cómodo y privado, lejos de sonido furioso de la lluvia. Allí conversaron hasta que se hizo la noche.

Los caminos se habían inundado y ya no podría regresar, no esa noche con la oscuridad.

—Lo siento mucho, señora MacNeil—dijo el conde cuando le dio la noticia horas después.

Ella tembló, no era prudente que se quedara allí, si alguien se enteraba su reputación... aunque fuera una dama casada.

—No debí venir... ahora mi esposo lo sabrá y me matará—dijo entonces de forma impulsiva.

El conde la miró un poco sorprendido y algo atormentado por sus palabras.

—Nadie debe saberlo señora MacNeil, además, dadas las circunstancias...

—No, nadie debería saberlo, pero en Lytton house está el sirviente de mi marido, su perro guardián y él le dirá a mi esposo que pasé la noche aquí. ¿Qué cree que pensará? Pensará lo peor y me matará. Usted no entiende, no sabe. Jamás debí venir, debí imaginarlo, debí suponerlo...

—Por favor, lady Amber, cálmese, yo hablaré con ese hombre mañana y con sus padres.

—¿Y cree que eso mejorará algo?

Amber estaba histérica, no pensó que fuera a llover tanto y pensó que ese día no debió salir, pero es que estaba algo deprimida y triste al pensar en el conde y rayos, allí estaba junto a él. Su depresión se había esfumado, pero ahora sabía que ese encuentro tendría consecuencias.

—Lo siento mucho pero no creo que sea prudente salir con este tiempo.

Atrapada, así se sintió entonces. Como si hubiera caído en una trampa. y lo peor era que lo habría disfrutado de no haber entendido que su marido la castigaría cuando lo supiera, sabía qué pasaba cuando se enfadaba por algo.

—claro que no es prudente, no podría llegar a ningún lado...

—Su marido es tan celoso, señora MacNeil?

Ella sintió que le subían los colores.

—¿Usted qué cree? Cuando sepa que me quedé a pasar la noche aquí, en su casa me castigaré y me hará daño.

—Hablaré con sus padres, señorita, hablaré con su marido.

—Por favor deje de llamarme así, no soy señorita. ¡Aunque vaya si quisiera!

—Lo lamento, es que para mí siempre ha sido la señorita Amber y yo... Descuide, hablaré con su familia. Soy un caballero y jamás. Nadie puede acusarme de intentar seducirla.

—Claro que no, nadie lo creería es usted todo un caballero, señor conde.

Tal vez él captó el dejo de ironía en sus palabras, era un hombre perceptivo y muy listo, pero de todas formas no era delicado mencionarlo.

—Hablaré con su familia y con ese hombre que mencionó, le diré que dadas las circunstancias tuvo que quedarse aquí. Se lo prometo.

—Por supuesto, e lo agradezco.

Luego de esa conversación hubo cierta incomodidad y tensión. No volvieron a mencionar el asunto. Pero Amber estaba muy tensa y nerviosa, no podía evitarlo. No era una chiquilla para haberse escapado de la casa de su prima y para terminar en la mansión de su antiguo amor. Nadie creería en su inocencia. Y cuando su esposo se enterara...

¿Por qué no podía dejar de pensar en eso?

Pues porque se había casado con el diablo y en esos momentos al comprender que lo había hecho traería consecuencias solo quería que la tierra se la tragara en esos momentos.

—Quizás quiera descansar, señora MacNeil—dijo de pronto.

Ella aceptó encantada, lo necesitaba y necesitaba calmar sus nervios y un buen descanso y alejarse de su anfitrión, de su mirada escrutadora porque estaba segura de que tenía dudas sobre su matrimonio y tal vez hasta sospechara que nada iba como debía ser... y que en realidad era una esposa muy desdichada. No quería que él supiera la verdad, había sido una tonta al hablar, todavía le quedaba algo de dignidad.

Quizás él lo supuso al verla pues no se veía como una esposa feliz, como una esposa a punto de abandonar a su marido?

Apartó esos pensamientos y trató de descansar. Lo necesitaba.

Cenaron solos en el gran comedor, no había invitados, no un día como ese y los parientes viejos del conde casi no salían de sus aposentos. Atendidos por criados, los tíos ancianos apenas podían caminar o hablar, lo recordaba bien. eran como fantasmas. Ambos vivían allí desde siempre, sin hijos, sin descendencia, no entendía por qué en esa familia todos eran solterones. ¿Sería un mal hereditario?

Se dijo que era una tontería pensar así.

Pensaba como su madre y como todo el mundo que miraba con lástima a los solterones como que ser solterón era lo peor de esta vida. Claro, mejor era estar atada a un marido cruel y

malvado que se creía con derecho a todo sobre una solo porque era su marido. Y si una se quejaba era mucho peor y solo quedaba resignarse porque la culpa era de una por haber escogido mal. Por no haber elegido con sensatez...

Comió poco, sumida en sus propios pensamientos y algo incómoda al sentir su mirada. Sabía que le diría algo, que le haría una pregunta incómoda, casi podía adivinarlo.

—Se siente bien?

No, no esperaba que le hiciera una pregunta tan directa pero su silencio era muy elocuente. Demasiado.

—Estoy bien, solo algo preocupada...

Él la miró con interés.

—No debería estarlo. No es natural... solo fue un percance.

—No, no es natural, mi esposo...

—¿Qué sucede con su esposo? Por favor, en honor a nuestra vieja amistad, dígame ¿qué sucede?

Ella lo miró atormentada. ¿Era necesario hablar? ¿Era necesario que lo dijera?

—¿Qué haría usted si supiera que su esposa ha pasado la noche en casa de un viejo amigo?

—No tengo esposa para decirle, pero le aseguro que si tuviera una esposa jamás ella llegaría a sentir el miedo que siente usted por su marido.

Amber sintió que le latía la sien, estaba furiosa, herida...

—Pero usted no es mi esposo, ¿verdad?

Lo dijo desde adentro conteniendo las lágrimas que pujaban por salir pues le dolía su frialdad, su indiferencia y también el haber creído un día que él la amaba.

—No, no lo soy. Usted se marchó.

Esquivó su mirada cuando dijo eso último y tomó un sorbo de vino.

Amber sintió que los colores le subían al rostro.

—Me marché para callar los rumores, usted lo sabe, sabe por qué me fui... además...

Él la miró de esa forma que tanto la turbaba.

—Era tan joven, tan inocente... jamás pensé que su familia la empujaría a una boda luego de su partida. Que solo querían buscarle un buen partido en Londres.

—Debía casarme, mi reputación quedó casi arruinada por nuestra amistad. La señora Torrigham dijo cosas horribles entonces.

—Lo lamento mucho. Le aseguro que de haberlo sabido antes habría hablado seriamente con esa señora y pedido explicaciones a su tonto marido pues alguien debía responder por las infundadas y nefastas acusaciones de esa harpía.

Lo dijo, con todas las letras y en cada palabra él descargó sus emociones violentas y extrañas. Pudo sentirlo. De pronto todo había cambiado, él supo de las habladurías que la hundieron y también que había sido esa dama de lengua viperina, vieja casamentera, que al parecer no tenía mejor cosa que hacer que arruinar la reputación de jovencitas casaderas para que sus prometidas ganaran terreno. Su prima le llegó a confesar que esa harpía estaba enmaromada del conde Rushton desde su juventud, pero él la había rechazado. Entonces ella se casó con otro, pero no dejó de estar obsesionada con ese hombre. no entendía bien por qué. Era una mujer malvada y quizás rencorosa.

—No tuve alternativa, señor Rushton. Soy hija única y mis padres no querían que me convirtiera en una triste solterona.

—Sus padres nunca quisieron que se casara conmigo, señora MacNeil, y eso lo supe antes que nadie. En cuanto nuestra amistad floreció hicieron todo para separarnos. Supongo que no lo sabe...

Esas revelaciones la dejaron bastante intrigada y crispada, sintió su corazón latir acelerado de repente.

—No comprendo de qué habla—balbuceó inquieta.

Él la miró con tristeza y quizás algo de rabia, no hacia ella, sino a todo ese antiguo asunto del pasado.

—Su padre nos presentó hace años, lo recuerda. Así nació nuestra amistad.

—Sí, es verdad...

—Pero a su padre no le agradaba que esa amistad creciera y dijo que era usted tierna como un cristal. Tuvimos cierta conversación entonces. Me sentí bastante incómodo entonces porque comprendí que a pesar del aprecio que su padre me tenía nunca quiso que yo me convirtiera un día en su yerno. Él lo pensó y me sentí halagado cuando me lo dijo, pero luego dejó muy claro que usted era muy joven para pensar en el matrimonio y en todo caso yo era un hombre cerebral y frío. No estaba hecho para complacer a una esposa. Así que me pidió que me alejara de usted, señorita Amber.

Ella sintió una horrible punzada de dolor.

—Mi padre jamás me habló de esa conversación, señor conde. No lo sabía, pero mis padres temían que mis sentimientos por usted se convirtieran en una pasión encendida y romántica y que eso solo me trajera dolor y sufrimiento.

—Pero eso no pasó ¿no es así?

Amber sintió que se le subían los colores al rostro y se tensaba.

—Para ¿qué quería saberlo? Ha pasado tanto tiempo que...

—Es verdad... es demasiado tarde ahora. Quizás... solo quería saber por qué huyó así sin siquiera despedirse. ¿Por qué lo hizo?

Acorralada no supo qué decir hasta que vio su mirada y tembló.

—Estaba muy triste por su rechazo e indiferencia, y por la forma fría en que se alejó de mí.—Amber secó sus lágrimas y lo miró—Ahora ya lo sabe... Vaya, ha logrado que se lo

confesara. ¿Por qué quería saberlo?

—Porque siento que fue ayer y porque habría deseado que regresara sin un anillo de bodas como lo hizo, señora MacNeil.

—Esperaba que me hablara, que me dijera algo, esperaba tanto que ... pero sentí que eran imaginaciones mías.

—Lo siento mucho, sé que debí hablarle entonces de mis sentimientos, pero no habría sido correcto. No podía contrariar los deseos de su padre, señorita.

Amber pensó que no podía creerlo, no podía creer lo que le decía, lo que estaba pasando.

—Pensaban que era joven e inmadura, me dijeron que lo mejor era alejarme porque mi dolor me hacía mucho daño. Por eso. era un capricho del corazón, un capricho de juventud.

—También lo pensé entonces, señorita. Lo siento.

Él se mostró muy apenado, pero Amber lo miró con fuego en las mejillas, en ese momento era un volcán viviente, toda ella, cabello rojo, mejillas, labios, la misma sangre le hervía.

—¿Entonces usted lo sabía? ¿Sabía de mis sentimientos por usted? ¿Del amor que sentía mi corazón? —su voz se quebró.

—Solo lo sospechaba, no lo sabía con certeza.

—Tanto me delataban mis ojos?

—Bueno, es que dicen que el amor es como el fuego, no puede esconderse.

—¿Y usted lo sabe? ¿Acaso ha sentido amor por alguna mujer en su vida?

Era una pregunta íntima y algo descarada, pero Amber revivía ese amor y también ese dolor al no sentirse correspondida plenamente, al no saber si siquiera él había llegado a quererla un poco.

Pensó que no le respondería. Pero él lo hizo. la miró fijamente y dijo.

—Sí, solo una vez amé con tal intensidad. Pero no fui correspondido, fue un amor malogrado, prematuro y malogrado.

Amber sintió que ardía de celos de saber quién era esa mujer que tenía en sus manos el corazón del hombre que un día había amado. En realidad, todavía lo amaba...

—Quién es ella, señor Rupert? Por favor, dígame su nombre.

—Usted lo sabe, señora MacNeil, usted la conoce.

—La conozco?

Ahora estaba cada vez más intrigada y pensó en su prima, en sus amigas.

—Es alguien cercano a mí? Acaso usted.

—Es muy cercana a usted, me temo.

—Por favor, no me torture así, dígame su nombre.

Él guardó silencio y la miró con intensidad.

La forma en que la miró la crispó.

—¿Por qué no lo dice? ¿Por qué me tortura así?

—Es usted, señora MacNeil. Supongo que ya lo sabe, ¿verdad? Por eso su padre vino a hablarme esa vez porque él se dio cuenta mucho antes que usted y los demás. Alguna mirada debió delatarme.

Amber sintió algo tan fuerte entonces, como si todo ese dolor escondido durante tanto tiempo se convirtiera en algo vivo, como si hubiera sido ayer.

—¿Usted me amaba y no me lo dijo? ¿Por qué?

—Porque era usted muy joven señorita, y frágil, sabía que no estaba lista para que le declarara mi amor y le pidiera matrimonio. Esperaba hacerlo en un tiempo, cuando fuera el momento y luego de persuadir a su padre de que sería un buen esposo para usted. No olvide que él no me quería cerca de usted... además, usted era muy joven entonces. —hizo una pausa y la

miró atormentado—Jamás pensé que se la llevarían lejos para casarla con un hombre de negocios poco sensible.

Amber sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y no pudo evitarlo.

—De haberlo sabido yo no me habría marchado, pero pensé que era lo mejor. Por los rumores y porque usted no correspondía a mi afecto.

—Señorita Amber, cuando dos personas se aman lo saben, ¿no es así? Lo intuyen porque el amor nace entre dos personas, hombre y mujer y se buscan, se acercan y solo son felices cuando están cerca. Y cuando se alejan es como si les faltara algo, una parte importante de su ser. No pueden ser felices el uno sin el otro porque el amor los une, los acerca, y solo las dudas y el temor a ser rechazado hace que uno de ellos no hable con sinceridad de sus sentimientos. No era el momento, pero lamento que... no debió pasar.

Amber lo miró perpleja, porque acababa de declararle su amor ardiente del pasado y no se le acercó en ningún momento para tocarla, ni intentó besarla tampoco. Hasta parecía triste y resignado por algo que fue y no pudo ser. No debió pasar, pero ya era tarde para lamentaciones. Estaba casada.

—Fue muy injusto todo, de haberlo sabido yo lo habría esperado, habría esperado un tiempo—le confesó ella.

—Pero eso no habría sido justo para usted, señorita, ¿cómo saber qué debía esperar si yo no le dije que debía hacerlo? la dejé ir y luego pensé que tal vez lo había malinterpretado todo. que usted no sentía inclinación alguna por mí.

—Pues no era verdad. Y tampoco esperaba casarme tan joven. Pero ahora tengo esposo señor Rushton.

—Usted no lo ama, ¿verdad?

—No... pero soy su esposa—su voz se quebró.

Él la miró con tristeza y también rabia. Porque se había casado joven y ahora no había

nada qué hacer.

—Y él es un buen esposo? debe adorarla, supongo.

Amber guardó silencio y ese silencio era por sí elocuente, pero ella tuvo que decirle:

—Me temo que no es así. Mi matrimonio fue un error.

No quiso hablarle de su marido, de todo lo que le había hecho sufrir esos tres años.

—No comprendo cómo, ha de ser un tonto o un necio. Señora MacNeil, no es justo. Usted merece un hombre educado y complaciente.

—Pero ya es tarde para mí, debo aceptarlo. Demasiado tarde.

Él no dijo nada, pareció aceptar lo irremediable.

El momento de confesiones había pasado y ahora la cena se había quedado fría y olvidada. Amber sintió que no tenía apetito. Se sentía raramente saciada y feliz. Él la amaba, ella era la mujer que un día amó en el pasado, pero ¿qué pasaba ahora, ¿qué había pasado con ese amor? ¿Acaso se resignó y pensó que debía olvidarla luego de su boda?

Porque hasta el momento habían hablado del pasado, no del presente.

Sin embargo, para ella era toda una misma cosa, en su corazón el tiempo se había detenido, pasado, presente y futuro todo era igual y allí estaba ese sentimiento, más vivo que antes, más vivo que nunca pues ahora que sabía que él la había amado, ¿cómo podía quitarlo de su corazón, ¿cómo podría regresar a Londres con su marido como si nada?

Esa noche se fue a dormir sintiendo una extraña paz y una alegría incomprensible, como no la había sentido en años y mientras se cubría con el grueso edredón luego de una criada la ayudara a quitarse el vestido suspiró y supo la razón de su repentina algarabía: a pesar de todo él le había hablado, aunque tarde, lo había hecho. Había tenido el coraje de hablarle de sus sentimientos y eso le llenaba el corazón. No dejó de pensar en sus palabras y la forma en que había hablado, sus miradas y comprendió que quizás para él no era solo un amor del pasado sino del presente. Tanto había esperado ese momento, tanto había deseado que pasara... solo una

palabra y ella se habría quedado.

Pero eso era el pasado, ya no podría volver atrás.

Despertó sintiéndose cansada y somnolienta, había dormido mucho, demasiado, como si no hubiera dormido en meses, en años. Por eso tal vez estaba llena de energía. Y feliz, feliz de saber que él la quería, que la quiso antes, aunque no le explicó bien por qué ni desde cuándo, pero le dijo algo muy profundo que nunca olvidaría: que cuando dos personas se amaban lo sabían, se buscaban, y no podían estar la una sin la otra. Ambas lo sabían, ella lo había sentido sí pero no estaba segura entonces.

Y ahora lo sabía demasiado tarde.

Pero lo sabía.

Ambos lo sabían.

Amber se movió nerviosa en la habitación. Sabía que ahora tendría que enfrentar lo peor: la censura de sus padres, la desconfianza de Byrne y quizás la malvada harpía lo desparramara por todo el condado cuando se enterara.

Pero sabía que solo a una cosa temía más que a todo eso: a su marido. Él sabía de su amor secreto por el conde y por mucho tiempo la había atormentado con recriminaciones. Por eso no la dejaba ir nunca sola a casa de sus padres ni tampoco quedarse mucho tiempo. Vivía pensando que ella se encontraría a escondidas con su antiguo amor, que en realidad solo habían tenido amistad, pero él llegó a acusarla de planear una fuga con él.

Por momentos pensó que su marido estaba enfermo de celos y se maquinaba cosas. ¿Cómo explicaría ahora que había pasado la noche en la mansión del conde de Rushton y que nada había pasado entre los dos? Todo la condenaba y su marido no le creería.

Amber pensó que simplemente su marido no debía enterarse. Le daría una paliza o la mataría... porque había sido con el conde su amor platónico.

Era un hombre horriblemente celoso, a pesar de sus aventuras conyugales la celaba y controlaba. Todo el tiempo.

Apenas pudo probar nada en el desayuno, solo pensaba en marcharse y el conde brillaba por su ausencia. Se preguntó angustiada a dónde habría ido. ¿Acaso luego de lo que habían conversado se sentía avergonzado y evitaba su presencia?

Era un hombre frío y reservado. Un solterón. No estaba listo para un enredo amoroso con una dama casada, aunque en verdad no podía llamarse a eso un enredo.

Miró a su alrededor angustiada, su ausencia la mortificaba mucho más pues se sentía sola para enfrentar la ruina que se avecinaba.

Y como no quería que pensarán que estaba tan desesperada no interrogó a nadie sobre la ausencia del conde, pero pensó que debía marcharse, cuanto antes y volver a su casa.

Así que se acercó a una criada y le pidió que prepararan su carruaje.

—Debo regresar ahora.

La criada la miró muy seria.

—Señora MacNeil. Es que el conde se ausentó, debería esperar su regreso.

Amber tragó saliva. Se había ausentado. ¿Dónde estaba?

—Los caminos han quedado inundados señora, dudo mucho que pueda irse hoy.

Cuando le dijo eso sintió que se le iba el alma a los pies, o casi.

—Pero... Es que debo regresar.

—Aguarde, lady Amber. Preguntaré al cochero qué puede hacer.

Amber pensó aterrada que no podía quedarse otro día, ni siquiera una hora en compañía de un hombre soltero. Rayos, jamás pensó que ser un solterón sería algo tan peligroso como un libertino... A fin de cuentas, era igual pues ella era casada y por eso no era correcto quedarse en la casa de ningún hombre soltero, viudo ni solo.

Tragó saliva sintiendo que en esos momentos los nervios la consumían lentamente y de a poco. La aterraba pensar que no podrían llevarla ese día ni el siguiente pues sabía que cuando los caminos se inundaban por el lodo de una lluvia incesante tardaban mucho en reponerse. De todas formas, podía ir a caballo, andando...

El tiempo parecía haberse detenido cuando de pronto el reloj de la sala principal comenzó a sonar con estrépito. Gong-gong... nunca eses sonido le había parecido tan horrible y tétrico.

Entonces escuchó voces fuertes a la distancia y pensó aterrada que era su esposo, su esposo estaba allí y había ido a buscarla.

Aterrada corrió, corrió con todas sus fuerzas para que no la encontrara pues si lo hacía estaría perdida.

No entendía cómo lo había adivinado, cómo fue a buscarla allí tan temprano. ¿Acaso alguien de la mansión sabía y...?

Entonces recordó que el conde dijo la noche anterior que él había enviado a sus criados a avisarle a sus padres. No había sido buena idea hacerlo, pero...

Corrió por el piso superior y buscó una habitación donde esconderse y lo hizo sin perder tiempo pues no quería que la descubrieran. ¿Acaso sería su esposo tan atrevido de abrir cada puerta para saber dónde estaba?

Pero todas las habitaciones estaban cerradas.

Avanzó a tientas y de pronto encontró una puerta abierta y se metió allí con mucho impulso. La oscuridad la envolvió mientras echaba los cerrojos y rezaba para que su esposo no la encontrara.

Por fortuna no revisaron ese piso y no escuchó las voces durante un buen rato hasta que sintió golpes en la puerta.

—Señora MacNeil, ¿está usted aquí?

No era su marido, él no la llamaba así, era una criada. Y ella no se atrevió a responderle.

Se quedó tiesa sintiendo su corazón latir acelerado por el miedo. no debían encontrarla, debía esconderse hasta que...

—Señora MacNeil, por favor. Su esposo está aquí y amenaza con destruir la casa entera si usted no aparece.

Cuando dijo eso Amber comprendió que había perdido. Que la noche mágica en compañía de su antiguo amor se hacía cenizas en un instante. La dura realidad la golpeaba y debía enfrentarlo. Solo que sintió que no le salía la voz, no podía hablar ni emitir sonido alguno. Pues si su esposo sabía que estaba allí, si lo sabía no quería ni imaginar el infierno que le haría vivir.

Antes prefería quedarse encerrada para siempre. antes prefería morir.

Comenzó a temblar y a sollozar tan fuerte que la criada la escuchó y dejó de hablar. Quizás imaginaba su terror.

—No puede encontrarme, por favor, él me matará, es un hombre muy malo y celoso. Por favor.

—Oh señora... sí, le creo. Está hecho un demonio allí abajo y ha traído sirvientes para registrar toda la propiedad. No podrá escapar.

Amber no respondió, se quedó tiesa llorando sin atinar a nada.

—¿Cómo supo que estaba aquí? ¿Quién le dijo a mi esposo?

—No lo sé señora, pero debe hablar con él y explicarle la verdadera situación. Usted no ha hecho nada malo, además el conde es todo un caballero. Él responderá, solo que está ausente ahora... espero que regrese a tiempo.

—Usted no conoce a mi esposo, él no entenderá. Me castigará por esto.

—Pero si se esconde es peor, si llora y se muestra tan nerviosa pensará lo peor, lady Amber.

Amber comprendió que la criada tenía razón, pero ay, no podía abrir la puerta.

—Por favor, ayúdeme a esconderme. Aquí debe haber algún lugar...

—Pero es que él sabe que está aquí y no se irá sin usted. Alguien debió avisarle, ignoro cómo lo supo, pero le hemos explicado que fue por la lluvia.

Mientras hablaban sintió la voz de su esposo y luego los golpes en la puerta. Estaban tratando de abrirla a la fuerza.

Su amor la había abandonado y la había dejado sola para lidiar con el diablo.

De pronto lo vio allí parado y parecía la encarnación del mal. El cabello oscuro revuelto y sus ojos azules echando chispas. Blanco. Lívido se le acercó y la miró como si quisiera matarla.

—Así que te escondes de tu marido. Claro. Ahora que te has reunido con tu distinguido amigo conde me desprecias, ¿verdad? para eso has venido, por eso querías venir a ver a tus padres.

Amber quiso correr, pero su esposo la atrapó y la sujetó por detrás.

—Señor MacNeil, no puede tratar así a una dama, mucho menos a su esposa.

Era la voz de un fiel sirviente del conde, que miraba horrorizado cómo su esposo la sujetaba y le decía al oído que iba a lamentar esa aventurilla.

—Usted qué se entromete? Mequetrefe remilgado. ES mi esposa y puedo hacer lo que me plazca con ella.

—Pues no creo que sea la forma en que un caballero trata a su esposa. Pero claro, en realidad usted no es un caballero.

Su esposo lo miró furibundo y lo habría golpeado, pero ahora su prioridad era llevársela.

—Mejor guárdese sus palabras, maldito lacayo o daré cuenta de usted si me provoca. He venido por mi esposa y si alguien osa detenerme le aseguro que prenderé fuego esa maldita propiedad. La destrozaré, comprende y luego seguiré con el criado impertinente que me desafió.

El criado se mostró impasible, no decía nada, pero imaginó que por dentro ardía.

Amber apartó la mirada sintiéndose horriblemente humillada. Todos vieron cómo se la llevaba su esposo, como si fuera su esclava, peor que a una sirvienta. Sin voluntad, sin vida casi, llorando y temblando porque sabía que cuando llegara a su casa la encerraría y le haría cosas horribles.

Nadie lo detuvo y el conde brillaba por su ausencia. Se había ido y tal vez era mejor así, no quería que viera al demonio de su marido llevándola de esa forma.

Nada más entrar al carruaje vio a Richardson y pensó que él debió ir con el chisme. Pero el hombre estaba raro, tieso. Nervioso. Y eso no le vaticinaba nada bueno pues si un hombre duro como ese se mostraba afectado...

—Por favor, me lastimas, déjame. —dijo ella pues no podía librarse de su marido que la tenía agarrada de las manos e inmovilizada, sentada sobre él.

Le había cinchado del caballo quitándole el sombrero, no sabía si fue a propósito, pero ya podía sentir en su cuerpo el dolor de las otras veces que la había lastimado y sabía que el castigo sería mucho peor a lo que había conocido.

—Tú me lastimas, tú me has convertido en un maldito hazmerreír, esposa mía. Ahora todos sabrán que mi esposa pasó la noche con ese viejo solterón de la comarca—le dijo. —Y me gritarán que soy un cornudo. Maldita sea.

Su mirada se oscureció, estaba furioso y se moría por hacerle daño. Sabía que toda su ira tenía que salir y ella sería la víctima.

—No pasó nada anoche, vine porque comenzó a llover y los caminos se han inundado.

—¿Así?

—Te lo juro Callum, por favor, tú me conoces. Jamás haría algo así, nunca en mi vida...

Amber lloró y su voz se quebró y cerró los ojos para no ver esa horrible cara de demonio frente a ella, pero sentía sus manos como garras lastimándola.

—¿Así? ¿Y cómo puedo creerte? Tú amabas a ese hombre en secreto. Lo amabas. Estabas loca por él, pero él no te quiso por esposa. Seguramente porque ama ser un solterón o quizás ame más la compañía de sus amigos.

Ella secó sus lágrimas y lo miró, solo le quedaba implorar, pero estaba temblando porque sabía que eso no quedaría así, la dejaría en paz ahora porque estaban en el carruaje, pero cuando llegaran a su casa...

—Señor MacNeil, su esposa está asustada y dice la verdad. yo le creo. —dijo de pronto Byrne.

No podía creer que ese hombre malo la defendiera. Pero era en vano y lo sabía. Luego cuando estuvieran a solas nadie la salvaría de ese demonio.

—Tú qué sabes de mujeres? Solo duermes con pobres campesinas y ramera—le respondió su marido sin ninguna delicadeza.

Cuando estaba enfadado arremetía contra quien fuera, pero Byrne no era cualquiera, era como de la familia, su amigo además de criado de confianza.

—Pero sé cuándo alguien miente.

—Claro, tú la defiendes porque no puedes resistir una mujer fina y hermosa.

—Eso no es verdad.

—Pues deja de entrometerte. Es mía y tú debías evitar que viera a su antiguo amor, pero al parecer se te escapó, salió sin que tú la vieras. Me has fallado Byrne y no esperaba eso de ti.

—Yo la encontré señor, nadie sabía dónde estaba.

Ahora la pelea era entre el amo y su esclavo, pero no sería tan encarnizada como la que tendría ella con su esposo cuando estuvieran a solas.

Cuando llegaron a la mansión de sus padres ella tenía la cara hinchada y se veía horrible, con el cabello sin su sombrero y una horrible cara de desgraciada. Se vio a sí misma en el espejo

del comedor.

Pero lo más penoso estaba por ocurrir, su esposo le ordenó que fuera a su habitación y lo esperara allí y no hablara con nadie. El tono altivo no admitía réplica y ella obedeció cuando se cruzó con su padre frente a frente. Él lo había visto todo, la vio entrar fuertemente sujeta y luego empujada como un pobre saco de patatas y ahora veía a su marido hecho un demonio dándole ordenes frente a los sirvientes que también lo habían visto todo.

—¿Qué sucede aquí? —dijo su padre furioso.

No le gustó nada lo que acababa de presenciar, además él siempre pensó que su marido era encantador y cortés, porque siempre fingió ante sus familiares.

Amber lo miró y habría querido arrojarle a sus brazos y llorar como cuando niña se despertaba asustada por una tormenta. Pero ya no era una niña y su marido la miraba muy atento a todo lo que hacía.

—Su hija pasó la noche en casa de su antiguo admirador, el conde de Rushton, señor Stratford.

—Bueno, hubo un incidente, el conde me lo explicó esta mañana. Él vino a hablar conmigo. Es más, está aquí para darle las explicaciones.

Cuando dijo eso Amber vio al conde y se sintió mucho peor.

Porque seguramente él también había presenciado esa triste escena.

Y estaba tan lívido como su esposo, pero lo disimulaba.

—Así que el señor Rushton vino a pedir disculpas... me pregunto qué hacía mi esposa en su casa, viejo solterón. ¿Acaso acostumbra a invitar a bellas damas casadas para que le hagan compañía?

Las palabras de su marido eran una clara provocación, pero el conde le dijo:

—Es usted un hombre cruel y despreciable y no merece la esposa que tiene. Su esposa y

yo tenemos una amistad de muchos años y solo me ofrecí a ayudarla porque tuvo un percance con su carruaje.

El conde mintió, inventó lo del percance, pero luego tal vez comprendió que era en vano, porque el problema para él no era explicar por qué se la había llevado a su casa sino cómo ella podía tener un marido como ese, una criatura tan ruin y despreciable.

Amber corrió porque no pudo soportar su mirada de pena ni tampoco quiso presenciar la horrible pelea de su marido con el conde. Era demasiado.

Desesperada fue a encerrarse a su habitación y echó todos los cerrojos.

No se iría con su esposo, no lo haría. No volvería con él. Nunca más. sabía que ahora su vida sería un verdadero infierno. Como lo fue desde su noche de bodas prácticamente. Era un hombre cruel y malvado y si lo contradecía en algo se lo hacía pagar de la peor manera.

Imaginó la discusión, la pelea y también el disgusto de su padre al comprender que su yerno era un hombre malvado y violento.

Sabía que eso lo afectaría, porque el conde ya lo sabía, pero era un hombre fuerte, su padre no lo era. Y ella era su única hija.

Su madre no debía enterarse, el disgusto la mataría.

Tenía que cambiarse la ropa, lavarse la cara y frenar sus lágrimas.

—Señora Mac Neil. ¿Se siente bien?

La pregunta era innecesaria pero su fiel doncella sabía muchas cosas y parecía preocupada.

—¿Su esposo le hizo daño?

—No... todavía no, pero lo hará cuando nos quedemos solos, siempre lo hace. Se controla frente a los extraños.

—Oh señora Amber, esto es horrible, usted debe hablar con su padre, contarle la verdad.

—No será necesario, por desgracia ya lo sabe, Beth. Acaba de verlo todo... pero no quiero que mi madre se entere, por favor ayúdame a cambiarme.

Su doncella la ayudó, pero sabía que no podría borrar de su mirada la tristeza ni tampoco las huellas de ese horrible momento en todo su ser. Lo mejor sería quedarse encerrada, pero ¿qué pasaría después?

Estaba inquieta porque además no sabía qué estaba pasando en el comedor con su marido y el conde. ¿Estarían peleando, o todo habría acabado?

—Beth, por favor, ve a averiguar qué ha pasado.

Su fiel doncella fue a investigar. Solo esperaba que su madre no se enterara, qué tristeza sentiría si llegaba a sus oídos de la pelea que se estaba protagonizando en su casa.

¿Y acaso podría no enterarse? Su esposo era un demonio maleducado y sin clase. El peor de los maridos que pudo tocarle en suerte, o mejor decir: no pudo elegir uno peor...

Aguardó inquieta, devorada por la ansiedad sabiendo que en esa habitación tampoco estaría a salvo, tenía que escapar, huir de ese hombre, ¿pues quién la defendería cuando él fuera por ella? porque era su esposa y había amenazado con destruir el señorío entero si no se la

entregaban y con llamar a la policía. Lo creía muy capaz de cumplir sus amenazas.

Tuvo la sensación de su doncella demoraba años hasta que entró con una cara de espanto que no vaticinaba nada bueno.

—Qué pasó, Beth?

—Lady Amber, su marido y el conde... tuvieron que separarles porque comenzaron a golpearse como dos rufianes.

—Qué? No pude ser...

—El conde de Rushton estaba fuera de sí, fue un espectáculo, cuando llegué allí estaban golpeándose como dos golfillos de Londres. Lo siento, no debí decir eso, pero... su padre intentó separarles y recibió un golpe.

—Oh qué horror.

—Pero todavía falta más, señora. El conde ha retado a duelo a su marido y le ha dicho que si es hombre deber responder como tal por los agravios que le hizo a usted y a él... al acusarles injustamente de haber tenido una conducta perversa.

—Eso no puede ser...

Amber pensó que nada podía estar peor pero aun así no quiso salir de su habitación pues temía que su marido la emprendiera contra ella.

Su doncella le aseguró que todo había pasado como decía.

Entonces la joven dama comprendió que debía hacer algo, debía impedir ese duelo, no podía dejar que su esposo matara al conde. Porque Rupert era un hombre bueno y todo un caballero, pero estaba segura de que jamás había disparado una pistola en su vida. Su esposo en cambio había estado en América conviviendo con los bandidos y su padre le había enseñado a disparar, además se ejercitaba en un club donde aprendía boxeo, ese deporte bárbaro donde dos hombres se peleaban y golpeaban con ferocidad hasta que uno de los dos caía. Él la había llevado una vez solo para que se horrorizara y se sintiera enferma al ver ese horrible espectáculo de

violencia.

“¿Mira preciosa esta es la vida, crees que somos todos unos remilgados de cristal?”

Su esposo sentía un genuino desprecio por los nobles ingleses, su padre también, y ella pertenecía a la clase que odiaba, irónicamente decidió casarse con ella en vez de hacerlo con la hija de algún mercader... para atormentarla, para torturarla... diciéndole que los nobles eran unos maricas inútiles que solo vivían para ostentar y malgastar su fortuna. Ni siquiera eran hombres para él. Ahora pensó que nada le daría más placer a su marido que dar cuenta de ese conde por el simple placer de liquidar a su amor platónico que además de ser su amor secreto era un noble y distinguido lord de provincia.

Tenía que impedirlo, debía impedirlo...

Y aunque estaba aterrada salió de su habitación para tratar de impedir ese desastre.

Bajó las escaleras temblando sin saber qué encontraría al llegar al comedor, pero a la distancia podía escuchar los gritos de su marido y la voz mesurada del conde y entonces fue su padre quién habló:

—No habrá tal duelo aquí, usted señor Mac Neil va a disculparse con el conde por sus ofensas.

Amber se quedó tiesa al contemplar la escena a la distancia, era como ver una representación teatral en la que había varios testigos, observadores y los actores principales: el conde que estaba lívido y con algunos magullones en su rostro, su marido más furioso por tener el labio partido y su padre que parecía el árbitro, el juez de esa pelea de bandidos juveniles ansiando poner fin a la reyerta de alguna forma pacífica.

Ella sabía que su esposo no aceptaría. Y no lo hizo.

—Nunca, jamás. Él es quien debe pedirme perdón por haberse llevado a mi esposa a su mansión—dijo su esposo.

Su padre se interpuso entre ambos, pero el conde no se disculpó.

—Este hombre trata a su hija de una forma terrible y denigrante, como un hombre jamás debería tratar a una dama, mucho menos su esposa. Supongo que por eso su pobre hija lleva cubiertos sus brazos para ocultar las marcas de la horrible violencia a la que la somete su marido.

Amber tragó saliva y se alejó, horriblemente avergonzada, se escondió, no quería que la vieran, pero tenía razón por supuesto. Pero las marcas de sus malos tratos no estaban solo en sus brazos y en partes escondidas de su cuerpo sino en su corazón, en cada rincón de su alma y ese sufrimiento no se comparaba con nada ni podría curarse fácilmente...

—Es mi esposa sir Kendall, es mi esposa—chilló su marido. —Usted no puede entrometerse en esto, es entre marido y mujer.

El padre de Amber le dijo que se callara.

—Baje la voz, no necesita gritar, lo escucho perfectamente. Sus modales son deplorables y no puedo creer que casara a mi hija con tamaño tunante. Sir Rushton, le pido disculpas. Siento pena y vergüenza de todo esto... pero le ruego que se marche. Yo arreglaré cuentas con mi yerno, le haré entender que tiene ideas muy equivocadas sobre cómo tratar a una esposa.

¡Como si su esposo pudiera entrar en razones! Su padre pensaba como un caballero y creía que los demás hombres eran así y que lo que pasaba era que su marido no había aprendido a tratar a una esposa. Tal vez su padre no veía la gravedad de la situación, no pensaba que fuera tan violento porque ella jamás lo había mencionado.

Amber era una espectadora de su propia desgracia sin poder hacer nada porque ahora su suerte la decidiría su padre y su esposo y casi podía imaginar quién ganaría: Callum MacNeil por supuesto. Él fingiría que acataba las órdenes, pero luego haría lo que él quisiera, como siempre. La castigaría de la peor forma, era un demonio cuando se enfadaba y ahora estaba tragándose su propia rabia.

—Sir Andrew, su hija necesita su ayuda, por favor, no la deje sola con su marido—dijo el conde.

Era el único que comprendía la gravedad de la situación, quizás lo había adivinado o sospechaba.

Pero su esposo no se quedaría tan tranquilo y le advirtió al conde que lo mataría si intentaba robarle a su esposa. Se lo dijo. Con todas las letras.

Amber pensó que nunca había pasado tanta vergüenza en su vida, o quizás sí. Pensó en volver a su habitación, pero entonces solo quiso correr y alejarse de esa casa y de todo lo que había pasado.

Cuando llegaba a los jardines sintió unos pasos y se detuvo y se encontró con el perro guardián Richardson siguiéndola.

—Señora McNeil. ¿A dónde va usted?

—Solo a dar un paseo, necesito tomar aire.

Le hubiera respondido que no era de su incumbencia, pero no quiso hacerlo.

—La acompañaré.

No era una pregunta, John Richard se le pegó como lapa y ella lo miró furiosa.

—Por favor, necesito estar sola, dar un paseo. No me siento bien ahora.

—Lo sé señora, por eso no es bueno que salga sola.

—Pero lo necesito, ¿no lo entiende?

Amber se alejó y quiso correr para liberarse de ese hombre y lo hizo. o al menos lo intentó.

Conocía bien esos jardines y no le fue difícil esconderse. Hacerlo le dio un triunfo pasajero, pero en realidad más que esconderse quería huir. No soportaba saber que su secreto acababa de ser develado y todos sabían que se había casado con un sátrapa. No quería ni pensar en el disgusto de sus padres y también en el conde... quería retar a duelo a su marido, por qué...

Su mente era un torbellino de emociones y de pronto lo vio allí parado frente a ella.

Al sabueso fiel, le faltaba jadear y mover la cola, pero había cierto júbilo en su mirada. La había encontrado y lo celebraba.

—¿Necesito estar sola, es que no entiende?

—Usted quiere escaparse, a mí no me engaña. Conozco bien a las mujeres.

—Pues si lo hago no es asunto suyo, deje de entrometerse.

—NO lo haga señora, escuche mi consejo. Regrese con su esposo porque si él sabe que intenta abandonarlo su ira será terrible.

—Su ira será terrible de todas formas.

—Señora McNeil, solo usted puede aplacar la ira de su esposo.

—Oh por favor, deje de mentir, de tratar de convencerme de algo que ni usted mismo lo cree.

—Pero es verdad. Él sufre y siente celos porque la adora, señora, él la ama como no amó a ninguna mujer.

—De veras?

El tono condescendiente e irónico no fue captado por el fiel criado.

—Por supuesto que sí. Y él cree que usted ama a ese caballero, y eso lo enfurece mucho más. si usted le demuestra que está equivocado...

—Como si eso fuera posible.

El sirviente la miró desconcertado. No era un hombre listo y por supuesto que no sabía leer entre líneas.

—Pero le agradezco lo que hizo hoy por mí, por defenderme en el carruaje. Él iba a golpearme, tenía sus manos sobre mí y me dejó unas marcas, pero sé que pudo ser peor. Usted logró apaciguarle, algo que yo nunca he podido. Pero eso no me librará de la paliza que me espera tarde o temprano. Soy una esposa maltratada y aterrorizada, ¿quién me juzgaría por

intentar escapar o hacer una locura, Byrne?

—No lo haga. Él irá tras usted, nunca la dejará ir. Él realmente la adora, señora, pero no quiere amarla tanto por eso su carácter. Además, su padre es mucho peor, el anciano señor MacNeil lo crio con brutalidad y le puso en la cabeza ideas equivocadas sobre cómo ser un hombre y no permitir que ninguna mujercita lo llevara de las narices. Pero él no es como su padre no es tan malvado, pero usted debe obedecer a su marido señora y darle un hijo. ya se lo dije. En cuanto le dé un hijo él cambiará, la mirará de otra forma, él adorará a ese niño. Verá su sangre en él.

—Y lo golpeará cuando se muestre obcecado. No. Jamás le daré un hijo. jamás traeré a un inocente a este mundo a sufrir.

—Debe hacerlo, debe luchar por cambiar a su marido, una buena esposa lucha hasta el final para lograr eso. Dicen que los primeros tiempos son muy difíciles pero su esposo sufre porque la ama y no sabe cómo manejar un sentimiento tan profundo como ese. Nunca estuvo enamorado de una mujer. Jamás. Por eso la hizo su esposa. No lo olvides.

—¡Diablos, John! ¿Cómo es que sabes tantas cosas de mi esposo? cómo sabes que... usted solo quiere darme consuelo, quiere ayudarme, pero llevo soportando este tormento mucho tiempo. usted no tiene idea, no sabe, ni podría entender lo que he padecido a su lado. no importara cuánto hiciera por agradarle, sus celos enfermizos y manías... luego sus ausencias y las infidelidades. ¿Realmente cree que un hombre enamorado se comporta así con su esposa? Ningún caballero trata así a una mujer, mi padre se lo dijo y sé que él no permitirá que regrese con mi esposo. ni yo querré hacerlo.

—No lo haga, no le diga que va a abandonarlo. Eso lo pondrá más nervioso y violento. Estará desesperado.

—Pues lo tendría bien empleado. Se merece todo lo que le está pasando.

Amber se alejó, pero no pudo irse muy lejos pues John la siguió.

Pasó el resto del día encerrada en su habitación, le dijo a su criada que dijera a todos que le dolía la cabeza. Era un día para olvidar y quería borrarlo del mapa.

Su esposo apareció al mañana siguiente seguido de su padre.

—Amber, tu esposo quiere disculparse contigo. Quiere pedir perdón y espero que puedan hablar y entenderse.

Amber sintió su corazón latir acelerado. Eso no podía estar pasando, era un sueño. ¿Su padre quería que perdonara a su marido como si todo hubiera sido una tonta riña conyugal, una nimiedad, algo sin importancia?

Su esposo la miró con una expresión de falso arrepentimiento, sus ojos brillaban de rabia seguramente furioso de tener que pedirle perdón frente a su padre. Lo hizo. La miró a los ojos, tomó su mano y le dijo que lo sentía.

—Estábamos todos muy exaltados ayer. Tu marido se descontroló por los celos. Sufre de celos. Pero está arrepentido. Se ha disculpado conmigo.

Por supuesto, se disculpaba cuando eso servía a sus planes. Pero no era más que una fachada para salirse con la suya.

Sintió tanta rabia entonces, tanto rechazo. No era más que una farsa, una actuación. Su marido se prestaba para ese juego para luego poder llevársela y continuar con sus desmanes y malos tratos.

Pensó que todo era una farsa, pero no dijo nada. Su padre esperaba que lo aprobara y que estuviera feliz, ¿qué más podía hacer? No quería hacer nada más que escapar, ¿pero a dónde?

Solo le quedaba mostrarse como una esposa comprensiva y tranquilizar a su padre.

—Está bien, padre.

Él la miró, ambos lo hicieron. Notó cierto brillo maligno en la mirada azul de su esposo.

—Los dejaré para que conversen.

Esa frase fue su condena, su padre ingenuamente pensaba que ahora su marido cambiaría y que todo había sido un exabrupto producto de los nervios.

Pero Amber sintió el más vivo terror cuando se quedó a solas con su esposo y quiso correr, gritar, pero él le cerró el paso y jalándola del brazo le dijo al oído:

—Quédate quieta y haz lo que te digo, preciosa, si no quieres que mate a tiros a tu amado remilgado conde de provincias.

Ella lo miró aterrada al ver que la tenía entre sus brazos y la miraba con esa cara de loco atormentado que tanto le conocía.

—Escúchame bien ahora, mírame, deja de temblar, todavía no sabes lo que es tener miedo. pero ahora vas a fingir que todo está bien entre nosotros y haremos como si nada, como si nos hubiéramos reconciliado. Porque ese viejo loco me ha dicho que no permitirá que te lleve conmigo porque piensa que yo no os trato como os merecéis. Pues tendrás que convencerle de lo contrario, acabo de hacer mi parte, ahora os toca a vos querida. Saldréis de esta habitación y vendréis a la mía. Pedidle a una doncella que lleve allí vuestro equipaje. No pasaré otra noche solo sin la dulce compañía de mi bella esposa. Haced lo que os digo inmediatamente y sin intentar escaparte como hicisteis ayer. Porque si tú me abandonas destruiré a vuestro padre, lo llevaré a la ruina, aunque tal vez no sea necesario, morirán de disgusto de que su hija cometa un acto tan deshonesto como abandonar a su esposo. pero además de todo tenemos un trato. Sois mi esposa y yo os compré, por si se te olvida. Las deudas de vuestra familia quedaron saldadas gracias a mi generosidad.

Amber sintió su corazón latir acelerado al comprender que estaba atrapada y luego la rabia y el dolor se apoderaron de todo su ser. Odiaba a ese hombre, lo odiaba y solo quería huir de él, escapar, como fuera, había ido a Norfolk con ese cometido, pero ahora él estaba allí y le decía claramente que si hacía tal locura su familia pagaría.

Acorralada y desesperada iba a llorar, a echarse a llorar o a tratar de escapar de su marido, pero él fue más rápido y le prohibió hacer escenas.

—Tranquilízate porque la actuación comienza. Es hora de fingir que somos un matrimonio feliz. Podría llevarte ahora de los pelos de esta mansión decadente y arruinada, pero no lo haré por respeto a tus padres que son dos ancianos y no son culpables de que su hija sea una caprichosa. espero que aprecies mi gesto y te quedes muy quieta aquí. Has tenido la suerte de que calmara mi ira anoche bebiendo licor y jugando las cartas con Byrne y tu padre, pero no creas que se me olvida lo que has hecho. Ahora ve y haz lo que te digo y contrólate, no quiero lágrimas ni escenas.

Ella obedeció y secó sus lágrimas y él la miró furioso, pero con una mirada llena de deseo.

No quería que la tocara, no quería estar con él, pero era su marido y sabía que no renunciaría a tocarla jamás. No la amaba, pero sí la deseaba, la deseaba con un deseo oscuro y feroz, un deseo insaciable y cuando la atrapó entre sus brazos y ella se resistió su boca buscó la suya y no se rindió hasta robarle un beso ardiente y salvaje.

Ella se resistió, pero su esposo fue rápido y trancó la puerta. Echó los cerrojos y luego quitó la llave y la miró con una sonrisa.

—Ven aquí, ¿crees que escaparás de mí muñeca consentida?

Amber solo alcanzó a decir, no, no antes de que su marido la atrapara fuertemente entre sus brazos y la empujara a la cama.

—Eres mi esposa y puedo hacer contigo lo que quiera. Mejor alégrate que quiera hacerte mía y no darte la paliza que te mereces—le dijo al oído mirándola con deseo.

Ella dejó de resistirse exhausta y lloró al comprender que no podría escapar. Sus manos se apoderaron de su cuerpo en su santiamén y pronto sus besos comenzaron a acariciarla, a devorarla. Sabía que solo se calmaría cuando le brindara esas caricias lujuriosas en su vientre y

cuando ella le respondiera de igual forma. Ella no lo hacía si él no se lo exigía, pero ese día todo fue distinto. Su miembro estaba erecto y húmedo, inmenso y ancho y muy rojo. Como un demonio. Como él mismo y ella fue empujada allí para calmar un poco esa furia de carne y sangre, y lo hizo lo mejor que pudo y eso lo calmó pues le daba mucho placer verla allí arrodillada y desnuda, horriblemente sometida y humillada. Trataba de no pensar en eso y poner la mente en blanco, pero el sexo con su marido siempre era una experiencia horrible y salvaje. Sentía que la trataba como una ramera al pedirle eso, pero no tenía forma de impedirlo, no tenía forma de controlar nada en la cama ni en ese matrimonio.

Él decía que eran caricias, solo caricias para despertar su deseo como si él necesitara algo para que su miembro despertara, si con solo tocarla o verla desnuda su miembro cobraba brío y se convertía en ese diablo rojo insaciable.

Ahora podía sentir cuán excitado estaba por sus caricias, por sus labios presionando y succionando de él y cerró los ojos al comprender que debía tragar rápido para que no le diera arcadas pensó que no sería tanto, pero él se detuvo a tiempo, por suerte y la llevó despacio a la cama para besar sus labios al tiempo que la abrazaba y separaba sus piernas para hundir su miembro en su interior sin más ceremonia. Fue tan rápido que se quejó y aunque su quejido pareció de placer fue de dolor, no estaba lista, no quería y era como si su vientre se tensara y se volviera más apretado que nunca en un vano intento de evitar la feroz invasión.

No entendía por qué hacía eso, por qué lo hacía sí de repente.

—Preciosa, eres tan dulce y apretada, ¿crees que dejaría que ese marica inglés te tocara? ¿Que disfrutara de todo lo que me pertenece? Antes lo mato. —dijo y sus embestidas se volvieron duras y feroces.

Ella lo miró aterrada al comprender sus intenciones.

Porque no había nada en su miembro, nada que frenara la lluvia de semen que cayó sobre ella poco después. No podía aguantarlo más, y no se detuvo como lo hacía antes, la mojó con su

simiente y ella quiso escapar para asearse, quiso hacerlo, pero él se detuvo.

—No vas a hacer nada con mi semilla, la guardarás en ti y me darás un bebé. es tiempo de tener un heredero, mi padre quiere un nieto y Richardson dijo que eso hará que todo mejore entre nosotros.

¡Maldito Richardson!

No quería un bebé, no quería quedarse embarazada. Pero no pudo escapar, su esposo quería hacérselo de nuevo y luego de descansar un momento la miró y le dijo que debía darle un hijo.

—Pero tú detestas oír el llanto de un bebé, estás loco, no hagas esto, por favor...

Amber lloró, no pudo evitarlo, él la tenía atrapada y no la dejaba quitarse su semen, no la dejaba salir de la cama y molesto por su llanto la atrapó y la besó y volvió a penetrarla.

—Tranquila gatita, te daré lo que mereces, te dejaré tan embarazada que no podrás salir de la cama para ir a tus fiestas. Y se te irán las ganas de correr tras ese solterón amargado. Será divertido hacerte un bebé, placentero, hace tiempo que sueño con eso...

Amber se resistió y durante el forcejeo sintió que la penetraba en profundidad y desparramaba su placer en su interior. Fue como si una lluvia la inundara, una lluvia fuerte que invadía su vientre, cada rincón y pensó que no podría escapar y eso la enfureció y la hizo llorar de nuevo. No quería que la embarazara, la aterraba pensar en un bebé de su marido. Solo quería escapar de él. Pero él no la dejó en paz y exhausta y cansada de resistirse y luchar se durmió en sus brazos.

Se mudó a su habitación a media tarde y fingió que todo estaba bien, pero por dentro ardía. No podía quitarse de la cabeza que ahora planeaba hacerle un hijo por pedido de su padre el magnate y también por consejo de su fiel sabueso Richardson.

Frente a sus padres fingió que estaban reconciliados y todo estaba bien, pero sabía que

tenía que escapar.

Al menos el duelo con el conde de Rushton se había suspendido. Su padre intervino.

La llegada de invitados al día siguiente mejoró un poco la tensión.

Hubo juego de dados, de cartas, y veladas de oporto, pero Amber se quedó encerrada en su habitación por orden de su marido. Que la encerró a media tarde para que no tratara de escaparse. Ese demonio parecía leer sus pensamientos.

Cuando regresó a altas horas de la noche la despertó con un beso ardiente que sabía a vino tinto.

Se despertó asustada y vio a su marido sonriente mirándola embobado.

—¿Creíste que me había olvidado de ti, cielo? No me olvido. Tampoco olvido que tenemos que hacer un bebé...

Ella estaba medio dormida pero cuando él le quitó el vestido ligero despertó.

La visión de su cuerpo desnudo lo excitó y desesperado comenzó a besarla y no se detuvo hasta llegar a su femenino rincón y deleitarse con esas caricias salvajes. Sabía que era tonto impedirselo y que si lo hacía o lo intentaba se enfadaría y la amarraría hasta conseguir lo que deseaba. Así que lo dejó entretenerse para de pronto sentir un abrazo de fuego, un abrazo fuerte y feroz. Era como si todo su cuerpo entrara e invadiera el suyo antes que ese monstruo ancho e insaciable se introdujera en su interior.

—Preciosa, eres mía, solo mía... siempre. yo te amo, cielo...

Amber lo miró sorprendida, nunca se lo había dicho y pensó que estaba ebrio y sin embargo la forma en que la miró y que la besó luego.

—Tú no me amas, no soy más que tu esposa comprada.

Él sonrió.

—Pero eres mía de todas formas, ¿verdad? —le respondió—No me casé para que otro se

robe a mi mujer, ¿sabes? lo mataré si lo intenta, si osa acercarse a ti de nuevo.

Ella tembló al comprender que su esposo decía la verdad, decían que las personas ebrias no mentían.

—Por favor, deja de decir eso, te juro que no pasó nada entre nosotros. Nunca haría eso... pero tú si me has sido infiel.

Él la miró con intensidad.

—Pero tú eres la única para mí, diabla roja. Eres la única que despierta mi deseo hasta la locura, la única capaz de satisfacerme. Yo te enseñé cómo, eres mía sí, eres toda mía, pero tu corazón pertenece a otro. ¿Cómo crees que me siento por eso?

Amber lo miró espantada pero luego tragó saliva y lo enfrentó.

—Tú me has lastimado muchas veces, me has encerrado y me has tomado contra mi voluntad. ¿Cómo esperabas que yo pudiera quererte?

—Una mujer no puede negarse nunca a su marido, no soporto esas damas remilgadas que siempre tienen dolor de cabeza y esperan que su marido busque consuelo en una ramera. Lo hice para domeñarte, eras una niña consentida cuando me casé contigo, mimada y consentida, no tenías idea de nada. Temblabas tanto la noche que te hice mujer, estabas aterrada y sin embargo cuando te vi desnuda me volví loco de deseo. Sé que no fui delicado que debí esperar, tú estabas tan asustada... rayos, no es mi culpa, ¿qué clase de crianza te han dado? ¿Te dejaron casarte sin siquiera tener una conversación contigo? Eso no es mi culpa. Bueno, ahora ya sabes qué espero de ti, pero prometo que cambiaré...

—No lo creo.

—Da igual, no irás a ningún lado y si intentas fugarte con ese tonto conde remilgado o hacer algo para evitar que te haga un bebé tu vida será mucho peor, preciosa. Tu vida será un infierno.

Ahora volvía a ser él, ese diablo de marido ahora reconocía su mirada irascible y

maligna.

Ella sabía que no mentía y pensó que su vida sería un infierno de todas formas, aunque no hiciera nada. Pero pensó que sería mucho peor si se quedaba embarazada. No podía traer a un inocente al mundo, ese hombre no era tierno ni paciente, nunca había pensado en tener un hijo, no le agradaban los niños y ahora por capricho o por simple venganza quería hacerle un bebé.

Debía buscar la forma de impedirlo, debía evitarlo. Sabía que había ciertos remedios que se usaban para evitar los embarazos, y también sabía la historia de la esponja con vinagre. Solo que no se imaginaba introduciendo esa cosa empapada en vinagre en su interior. El vinagre era fuerte y quemaba, además.

Pero sabía a quién acudiría cuando regresara a Londres para hacer algo al respecto. A Philippa Williams. Ella se cuidaba para que su esposo no le hiciera un bebé, era la reina de la temporada, todos querían ir a sus fiestas y sabía que la preñez prematura arruinaría su esbelto talle y un día conversaron sobre eso. Philippa era la única que le hablaba de esas cosas con total naturalidad y aunque ella no le contaba nada de su matrimonio, ella lo hacía sin prejuicios. Ella podría decirle cómo lo hacía, algo mencionó una vez...

Partieron a Londres una semana después y cuando Amber se subió al carruaje donde esperaba su esposo y su fiel mastín: una horrible angustia se apoderó de ella pues ahora su marido volvería a las andadas. Lejos del hogar familiar y de la mirada atenta de sus padres, él haría con ella lo que se le antojara.

—Bueno, al fin nos vamos de este arruinado señorío. Rayos. he visto tantos nobles presumidos y desagradables como nunca en mi vida. —se quejó su esposo y le sonrió.

Amber miró por la ventanilla y lloró como si fuera una chiquilla al comprender que sus sueños de volver a ser una jovencita y vivir con sus padres, sus sueños de escapar de ese marido demonio se esfumaban lentamente.

Por un instante había imaginado, había soñado que él iba a verla y se enfrentaba a su esposo y le decía que la amaba, pero eso también se desvanecía como un sueño. La noche mágica que habían compartido fue especial pero tal vez era el final de ese amor que ella esperó fuera el amor de su vida, el amor para siempre.

Había sido lo mejor, de haberse acercado al conde todo habría sido desastroso.

—Ven aquí, siéntate a mí lado.

La voz de su esposo la hizo despertar. Obedeció, pero no pudo evitar llorar al pensar que había perdido muchas cosas en ese viaje y ahora la dura realidad la golpeaba. Volvería con su marido a Londres y todo sería como antes, o quizás peor.

Una honda tristeza se apoderó de ella cuando llegaron a la casa del pintoresco barrio de Londres, su antiguo hogar. Estaba exhausta y desanimada y solo quería darse un baño y dormir. El viaje había sido agotador y le costó mucho adaptarse, se sintió como una extraña en su propia casa. Tal vez porque no sentía que ese fuera su hogar.

Ansiaba reunirse con sus amigas, salir, dar paseos, pero el mal tiempo la confinó a su casa mientras toleraba la inesperada visita de su suegro, el magnate americano.

Un hombre franco, directo, pero en ocasiones brutal. Nada más llegar se quejó del viaje y también de que su hijo no le hubiera dado un nieto.

—Llevas tres años casado y eres incapaz de hacerle un hijo a esa hermosa mujer? —lo dijo refiriéndose a ella. no la llamó esposa ni tampoco le habló más de unas palabras corteses.

El cambio en su esposo fue evidente.

—Quise esperar.

—¿Esperar? Debes tener hijos ahora, de viejo solo criarás mocosos malenseñados. Espero que no hayas casado con una mujer estéril... te dije que no era buena idea. Hija única. Madre casi estéril. Te lo advertí, pero tú no me oías.

Amber tragó saliva y pensó que le esperaba un día largo. No podía creer que su suegro tuviera tan poco tacto de decir esas cosas y que hablara de ella como si no estuviera presente. Existía, estaba allí y se sentía horriblemente ofendida por cada palabra que salía de la boca de ese hombre sin modales.

Quiso escapar y buscó desesperada entre la correspondencia alguna invitación a algún lado. Mientras revisaba las cartas y tarjetas pensó que era una descuidada pues tenía carta de sus amigas de Londres, invitaciones, sus primas... suspiró agotada y de mal humor, no tenía ganas de escribir ni responder ahora. Solo quería salir a algún lado.

Ahora que su marido estaba distraído conversando con su padre...

Pero luego pensó que sería descortés salir ese día, recién había llegado y tenía que soportarlo por unos días. esperaba que no fueran muchos.

De pronto recordó las palabras de Samuel sobre su marido, que su padre era mucho peor que él y que así de mal lo había educado.

Luego de escribir unas líneas volvió a hurgar a ver si encontraba alguna invitación pendiente...

Entonces apareció una carta de lady Eveline Preston. Parecía una súplica a sus plegarias. Se moría por verla, conversar, distraerse y sabía que a sus reuniones nunca faltaba esa amiga pícara que le diría cómo evitar los embarazos.

Al día siguiente se preparó para escapar con mucho entusiasmo.

No veía la hora de escapar de esa casa y se aprontó temprano, ayudada por su fiel doncella Nelly. Ella cepilló su cabello con paciencia un buen rato y luego la ayudó con el vestido.

Estaba aseada, perfumada y muy bella con su vestido rosa pastel, su favorito. Quizás algo ostentoso para una simple reunión de té, pero no le pareció importante, sabía que otras damas lucirían vestidos mejores que el suyo.

Se miró nerviosa en el espejo y entonces lo vio aparecer de repente como un fantasma y tembló. Su esposo estaba allí mirándola con esa expresión maligna que tanto le conocía. Celos. No le gustaba que se pusiera bonita para salir cuando era lo más natural del mundo, cuando todas las mujeres de este mundo lo hacían...

Casi gritó cuando lo vio cerrar la puerta al tiempo que su doncella huía tan aterrorizada como ella. Amber la vio irse con angustia y cierta envidia, ojalá pudiera hacer lo mismo.

—Qué haces vestida así preciosa? Nunca te vistes así para mí—le reprochó mientras se le acercaba demasiado rápido para que pudiera hacer nada para mirarla con cara de lobo hambriento y lujurioso.

—Recibí una invitación a casa de la señora Leyton. puedes acompañarme. Es un té de señoras, pero...

—¿Un té de señoras? ¿Realmente esperas que te acompañe a una reunión tan aburrida llena de solteronas y nobles regordetas y feas?

—Por favor, quiero ir...necesito distraerme, llevo mucho tiempo encerrada y luego vendrá el frío y no podré ir a ningún lado.

—No tienes por qué salir a ningún lado y mucho menos ponerte bonita para que te miren otros caballeros. Sabes que eso me enferma. No irás a ningún lado, te quedarás así.

Y tras decir eso se la llevó a la cama y pese a sus protestas quiso quitarle el vestido, pero este tenía un corsé complicado perdió la paciencia y lo arruinó, su precioso vestido quedó roto por todos lados hasta que finalmente pudo quitárselo.

Lo vio tendido en el piso mientras en vano trataba de escapar de la cama y de la lujuria desatada de su marido. Ese día no podría ir a ningún té de sociedad. Quería que cumpliera con sus deberes y también hacerle un bebé. lloró de rabia al comprender que no solo había arruinado uno de sus vestidos más bonitos, también la chance de ir a buscar algo para evitar la concepción. Estaba furiosa, pero él lo estaba más, ardía de celos y para no enfurecerle se sometió a sus deseos

las veces que quiso y cuando le pidió caricias no dudó en dárselas. Como su mujer, su esclava, su ramera, odiaba sentirse así. Se preguntó si las otras mujeres casadas hacían esas cosas vergonzosas y se sentirían igual de ramera que ella. pero allí arrodillada y sometida solo podía obedecer y someterse y complacerle hasta que él le detuviera. Pero ese día no quiso hacerlo y ella tuvo que soportar el tormento hasta el final. Y eso no lo dejó satisfecho, pues con su miembro nuevamente erecto y húmedo la tendió de espaldas para copular de esa forma en otra posición y antes de hacerlo la preparó prodigándole caricias mientras sujetaba sus caderas y nalgas con fiereza invadiendo cada rincón con esa lengua feroz y hambrienta.

Al verse allí inmovilizada y con su lengua que iba en un vaivén algo pasó con su cuerpo, algo pasó en medio de ese tormento y no lo pudo entender, pero su vientre se puso húmedo y caliente y eso volvió loco a su esposo que dejó de jugar con su lengua para succionar de ella como si fuera una ventosa provocándole espasmos de placer tan intenso que gritó y calló rendida, rendida y desesperada mientras él seguía allí con su boca dispuesto a enloquecerla un poco más. y luego cayó sobre ella y la penetró tan excitado que sabía que no tardaría en derramarse en su interior, en expulsar dentro de ella la semilla, pero la rozó tan duro y tan fuerte que su vagina se contrajo de forma rítmica y tuvo sensaciones desconocidas para ella, tan intensas que solo podían ser lujuria, placer, gozo, bienestar, alivio...l un alivio que nunca había sentido en su vida.

Él sonrió feliz de lo que había conseguido.

—Eres de fuego preciosa, sabía que ese fuego estaba allí, pero tú no querías liberarlo... yo lo he logrado.

Amber lo miró confundida. Nunca había sentido placer en nada, su único deber era calmar a su fiero marido, darle placer hasta que la dejara en paz y eso hacía todas las noches, casi todas las noches desde su boda. Ignoraba que ella pudiera sentir placer en la intimidad.

—Preciosa, acabas de conocer el éxtasis, supongo que ahora te gustará más hacerlo conmigo...—le dijo.

Ella lo miró confundida y exhausta.

—Y tú querías irte a una aburrida reunión de té...

El descanso fue breve y poco después su marido volvió al ataque.

De pronto vio el vestido en el suelo y comprendió que estaba perdida, había perdido su oportunidad de escapar mucho antes, en el señorío de Lytton house.

Se reunió con sus amigas de Londres la semana entrante, en un té improvisado en casa de su amiga Phoebe.

Nada más entrar sintió las miradas y no sabía qué pasaba y pensó que se lo había imaginado.

—¿Querida, te ves algo pálida... pasó algo con tu esposo?

Phoebe sabía su historia, algo de ella y era su amiga más cercana en Londres. A ella no podía mentirle.

—Claro que estoy pálida, llevo encerrada semanas. Soportando a mi suegro... por suerte se irá mañana.

Phoebe sonrió.

—¿Y qué el viaje? ¿Cómo estuvo todo? no respondiste ninguna de mis cartas.

Amber se mostró contrariada.

—No recibí ninguna... de veras.

—Bueno, no importa.

—Todo estuvo bien, pero... Phoebe, mi esposo quiere que le dé un bebé y no me deja nunca en paz.

Su amiga la miró perpleja y algo sorprendida.

—¿De veras?

—Sí... ¿crees que pueda evitarlo?

—Amber, esas cosas no pueden evitarse, tú lo sabes...

—Pero Diana dijo una vez en una reunión que ella lo evitaba tomando un té no recuerdo bien de qué.

—Sí, pero no creo que sea bueno que lo hagas.

—Pero es que no estoy lista, me aterra pensar que me quedaré embarazada pronto si no hago algo.

Su amiga la miró con pena.

—¿Ha vuelto a hacerlo?

—No... pero si me niego me deja encerrada y... ya sabes lo que pasa. Pienso que un bebé solo empeoraría las cosas.

—O tal vez las mejore. Muchos hombres cambian luego de tener un hijo. es algo muy importante en la vida de las personas.

—¿Y si no es así? Quedaré atrapada con un hijo y no estoy lista, la sola idea me aterra.

Phoebe era una de las pocas personas que sabía su verdadera situación.

—¿Todavía piensas en abandonarlo? —le preguntó con cautela.

Amber no respondió, no se atrevía a decirlo en voz alta pero la respuesta era sí... Todavía lo pensaba, lo deseaba y sabía que tarde o temprano querría escapar de ese matrimonio que se había convertido en un perfecto infierno.

—Amber, ten cuidado por favor. Tu marido es un hombre distinto a los demás, es peligroso y de muy mal carácter. No es como los esposos ingleses normales. Tiene otra sangre...

Phoebe parecía preocupada y tenía razón en estarlo.

—No quiero pasar mi vida así, no me casé para vivir así...

Ella no sabía ni la mitad de su calvario por supuesto, solo una parte, por eso la aconsejaba

quedarse.ni tampoco sabía de su amor secreto y las últimas novedades. ¿Cómo podía soportar a ese marido loco y brutal luego de saber que su antiguo amor la había amado tanto que había decidido no decírselo y esperar el momento oportuno para pedir su mano? Pensaba en Rupert con frecuencia, todo el tiempo, no había día que no pensara en él o lo recordara. Y aunque su marido no había vuelto a ser violento con ella no como antes sabía que tarde o temprano lo haría. Ya no confiaba en él ni ese cambio milagroso. No creía que un hombre tan rudo y malo como ese hiciera caso a los consejos de su fiel sirviente Samuel. Tal vez porque esperaba que le diera un hijo, pero día tras día esperaba que algo pasara de un momento a otro.

—Phoebe, necesito evitar embarazarme, por favor, dime cómo hacerlo...

Su amiga la miró con fijeza.

—Pero ¿cuánto llevas buscando el bebé? —le preguntó con delicadeza.

—Desde que estaba en Norfolk.

—Y de eso hace...

—Casi cuatro semanas.

—Es mucho tiempo, amiga, mucho tiempo. ya debes tener un bebé en la barriga a esta altura, porque tu marido es muy apasionado.

Amber se sonrojó.

—Entonces, ¿quieres decir que por más que tome algo...?

—¿Has tenido la regla estos días?

—No... tengo un retraso.

—Entonces allí tienes la respuesta. Hay un bebé en camino, debes tenerlo. Porque si lo evitas sería criminal. No puedes beber ese té, porque lo hace ese té que mencionó la malvada señora Thompson es matar al bebé y eso es horrible. Además, su esposo se enfadó mucho la última vez y dijo que si vuelve a hacerlo la dejará.

—SU esposo se enteró?

—Sí, pero no la dejará porque está loco por Lizzy a pesar de que es tan bandida de evitar los embarazos porque no quiere perder su talle ni dejar de ir a fiestas. ¿Ella usaba esponjas con vinagre, os imagináis el dolor de introducirse eso? Amber, nada de lo que evita los embarazos es agradable. Lo único sano es evitar tener intimidad los días peligrosos, mi madre me lo enseñó, pero no siempre puedes evitar y tú no puedes negarte a tu esposo. Además, yo nunca hice nada de eso, sé cuánto quiere mi esposo un bebé y todavía no he podido dárselo. Y tú llevas un mes y tal vez ya estés embarazada. Debes ser fértil. Te envidio. Y si es así quiero ser la madrina de ese niño.

Amber se sintió horriblemente deprimida entonces.

—Todavía no sé si hay un bebé en camino.

—Has tenido mareos o malestares en la mañana?

—No... me despierto siempre cansada así que no sé.

—Eso podría ser un síntoma. También dolores de cabeza y náuseas.

—No quiero ni pensarlo, por Dios, pensé que podría evitarlo...

—Si estás esperando un bebé debes aceptarlo y pensar que tal vez Dios quiere salvar tu matrimonio enviándote un hijo.

—Pues no me hace feliz, él no soporta oír llorar a un bebé me lo ha dicho siempre. qué pasará si llego a tener un hijo?

—Es un angelito amiga, recíbelo con júbilo y amor, con alegría, aunque no lo hayas deseado, estoy segura de que un pequeñito cambiaría las cosas. Ya verás...

Amber no estaba segura de eso, pero de pronto comprendió que si estaba esperando un hijo no podía hacer nada para impedirlo, ya no, si estaba en camino lo tendría pues cómo podría beber ese té que provocaba un aborto? Eso era terrible. Jamás lo haría, pero... quería escapar, quería no estar allí cuando tuviera la confirmación de que estaba esperando un bebé. nadie debía

saberlo, nadie debía enterarse...

Regresó a su casa a las ocho sintiéndose inquieta y triste, había tenido la esperanza de beber algo para evitar el embarazo, de detener lo que parecía inexorable, inevitable. Le dio mucha rabia comprender que no había nada que pudiera hacer si esposo estaba decidido a embarazarla. Como todo lo demás siempre ella no tenía ni voz ni voto.

Su esposo la esperaba con cara larga, como siempre, pero esta vez estaba molesto porque había salido del cautiverio. La miró con rabia y Amber tembló porque sabía que algo malo pasaría y se alejó temblando a su habitación.

Su fiel doncella entró para ayudarla con el aseo y quitarle el vestido de fiesta, demasiado lujoso para un simple té, lo sabía, pero todos sus vestidos lo eran, su marido millonario le gustaba presumir y comprarle los vestidos más caros de Londres.

Tendida en la tina con el agua caliente y las esencias sabía que ya había puesto suficiente pastilla de jabón en todo su cuerpo y sin embargo quería prolongar ese relajante baño y postergar el momento en que su esposo entraría y le haría una escena. Algo le decía que tenía ganas de pelear y no se escaparía.

—señora, el agua se ha enfriado—le avisó su doncella y le entregó una manta para secar su cuerpo.

Amber salió de la tina de losa, esa lujosa tina con pesar y mientras se cubría con ese vestido ligero entró su esposo sin avisar y notó que su doncella se apartaba temblando. Era como el diablo, todos le temían.

No necesitó decirle nada, un gesto y la jovencita salió corriendo como ratón asustado de la habitación.

—Tardaste demasiado, dije que debías regresar a las siete—le dijo sin rodeos.

Ella lo miró.

—Hacía tiempo que no me reunía con mis amigas, se me fue el tiempo.

—¿Amigas? ¿Qué tanto hablabas con ellas? ¿Te importan más tus amistades que tu esposo?

Amber lo miró asustada, ¿qué podía decirle? ¿Por supuesto que sí?

—¿Y de qué hablabas con ellas?

—Tonterías, nada importante.

Él se acercó y miró su cuerpo desnudo a través del vestido ligero con creciente deseo, a pesar de su furia porque no había llegado en tiempo la deseaba y no importaba que lo hubieran hecho la noche anterior él siempre quería hacerlo, siempre estaba listo. Era un hombre lujurioso e insaciable y si no tenía las cosas por las buenas con ella las tenía por las malas.

—Pues espero que ahora puedas calmar la rabia que tengo, cielo.

Amber se tensó cuando la tendió en la cama y la desnudó al tiempo que cubría sus labios con un beso ardiente y posesivo. No esperó a que estuviera lista, no la llenó de besos como hacía siempre nada más abrió sus piernas y se introdujo en su femenino rincón sin más ceremonias demostrándole que podía hacerlo y lo haría solo para herirla y dejarla rota de nuevo. Fue una tonta al pensar que él había cambiado, que Samuel le daba sanos consejos, él era un diablo y los diablos nunca cambian.

Lloró cuando todo terminó y sintió ese horrible dolor en todo su cuerpo. Las marcas de sus brazos habían vuelto a aparecer y solo quería que la tierra la tragara y desaparecer. Su calvario había vuelto a empezar. Nada había cambiado.

Él la vio llorar y trató de consolarla, la besó y acarició su cabello rojo y levemente ondeado.

—Supongo que la próxima vez obedecerás y vendrás cuando te dijo, ¿verdad?

Ella lo miró furiosa, temblando de rabia y dolor y quiso irse, pero él no la dejaba en paz.

—Para que no olvides quién es tu dueño muñeca pelirroja.

Amber lloró y no tardó en quedarse dormida, deseaba no despertar y que todo fuera un horrible sueño. Que ese hombre no existiera y nunca hubiera cometido la estupidez de casarse con él. El peor error de su vida.

Pero despertó, despertó y el dolor que sentía en todo su ser le duró durante días.

Él la dejó en paz y dijo que debía irse de viaje. Siempre se largaba cuando le hacía algo malo, era su costumbre.

La noticia le dio mucho alivio, llevaba demasiado tiempo soportando a ese demonio metido en la casa y no veía la hora de librarse de él.

—No saldrás a ninguna fiesta ni siquiera un té con amigas. ¿Has comprendido?

Ella lo vio tendida en la cama, ese día no tenía ni fuerzas para levantarse, mucho menos pensar en ir a una fiesta.

Su marido el diablo, ajeno a sus malestares siguió amenazándola:

—Si me entero de que has ido a una fiesta, que has salido de la casa... pues ya verás lo que sucede. —dijo.

Amber dijo que no iría ningún lado y lloró, se sentía peor que nunca, aunque en el fondo sentía mucho alivio de librarse de su esposo unos días. lo necesitaba.

Solo que luego de su partida se sintió horriblemente enferma, comenzó con mareos, dolores fuertes de cabeza y fue incapaz de probar bocado casi por una semana. Cuando el doctor llegó estaba tan débil que no podía moverse de la cama. su doncella lo hizo pasar a sus aposentos.

Amber pensó que era un doctor demasiado guapo y joven y eso le inspiró desconfianza.

—¿Dónde está el doctor Andrews? —se quejó molesta. Odiaba estar enferma, pero quería que un doctor la aliviara.

El joven doctor dijo llamarse Edward Murray.

—El doctor Andrews falleció señora, me llamaron en su lugar. ¿Qué le ha pasado? Se ve muy pálida.

Se le acercó con intenciones de examinarla y Amber chilló espantada.

—No se atreva a tocarme—le gritó y sus ojos se llenaron de lágrimas y llamó a gritos a su doncella.

Esta apareció sorprendida por su reacción.

El médico se asustó y murmuró una disculpa.

—Lo siento, no quise asustarla. Solo quería examinar sus pupilas y su boca. Debo saber si ha ingerido algo en mal estado o...

—No he podido probar bocado, todo me hace mal. Creo que voy a morirme.

El medico se puso serio y con su debida autorización examinó sus ojos, su boca y luego le preguntó por esos malestares.

La presencia de Samuel intimidó al doctor.

Pero este continuó su labor y buscó en su maletín de cuero algo para aliviar sus malestares.

—Está débil y pálida porque no ha podido comer nada, pero sospecho que todo esto es producto de un embarazo reciente. ¿Cuándo tuvo la regla por última vez?

Amber se puso como un tomate, y se alejó de ese hombre pues no permitiría que le hiciera ese examen para confirmar que estaba encinta. Antes lo mataría.

—Hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo exactamente señora McNeil?

—Creo que dos meses, no lo recuerdo bien.

—Bueno, mis felicitaciones señora. Solo está esperando un bebé y es usted una dama

joven y saludable. Sufrirá estos malestares una semana más o quizás dos, pero luego todo volverá a la normalidad. Será mejor que se quede en cama hasta que los malestares pasen. Necesita fortalecerse. Le recetaré un tónico para que recupere un poco de fuerza, pero luego debe alimentarse bien, por usted y por su bebé.

Él hizo las recetas y le entregó un gran frasco con un tónico para fortalecerla. Pero primero debía beber un té para poder mejorar sus malestares.

Amber le agradeció, pero por dentro se sentía fatal. Horriblemente mal. De alguna forma lo sabía, algo había en su cuerpo, algo que antes no estaba y quizás por eso se sentía enferma de repente.

El criado de su marido le sonrió y felicitó como si ella fuera una amiga o parienta suya.

—El señor MacNeil se pondrá muy feliz, señora, en cuanto lo sepa regresará enseguida.

Amber no dijo nada, en esos momentos no quería ni oír hablar de su esposo. él le había hecho un bebé, se lo hizo enseguida pues luego de inundarla con su semilla quedó encinta enseguida. No era estéril como creía, al contrario, pero debió imaginar que pasaría, un demonio como ese debía dejar preñada a cualquier mujer con su semilla.

Tragó saliva y bebió agua. La única feliz en esa habitación era su doncella.

—Avisaré a la señora Potts para que comience a tejer, aunque el bebé nacerá en verano los bebés deben estar siempre abrigados.

Amber no dijo nada, le dolía la cabeza y estaba débil y no quería ni pensar en que en unos meses sería madre. Tendría un hijo. sintió un horrible rechazo y terror, porque sabía que algunas mujeres morían durante el parto, otras perdían a sus bebés, no era esa situación feliz de las que muchas mujeres casadas hablaban. Todo podía salir mal.

Pero a lo que más temía era a su esposo. No creía que cambiara con la llegada del niño. ¿Lo pondría realmente feliz la noticia? Siempre había dicho que no quería embarazarla pues no quería tuviera una barriga y se pusiera gorda como esas gallinas cluecas.

Trató de no pensar en eso, solo quería descansar pues estaba muy débil en esos momentos.

El tónico la ayudó a sentirse mejor pero cuando su esposo regresó prefirió fingir que estaba enferma para que no se atreviera a tocarla. Sabía por sus amigas que, a pesar de la preñez, los maridos igual buscaban a sus esposas en busca de placer, aunque lo más lógico era que las dejaran en paz, no lo hacían, ningún hombre podía aguantarse nueve meses sin tocar a su esposa.

Miró nerviosa a Callum Mac Neil, su marido, el diablo. Nerviosa y curiosa. ¿Cómo reaccionaría, qué sentía entonces? Su sonrisa no era plena, era extraña.

—Preciosa, ¿estás embarazada? ¿Estás esperando un bebé?

Amber asintió y tembló cuando se acercó para abrazarla. Nunca lo había visto así de dulce y amoroso, la forma en que la miraba como si ella fuera un tesoro...

Hasta que habló y entonces todo cambió.

—Pues ni sueñes con salir a esas fiestas, no te moverás de aquí hasta que nazca mi hijo. Espero que sea un varón. Mi padre se ha puesto muy feliz, pero me dijo que debes hacer reposo y estar tranquila.

Su padre se metía en todo. Era irónico que le diera esos consejos a su hijo después de que le había dicho que a una esposa se la debía domeñar desde el comienzo, porque las mujeres eran mucho más bravas de lo que parecía a simple vista. “Eran unas yeguas consentidas que podían hacer diabluras si no se las domaba bien. si era necesario unos golpes, pero siempre imponer su voluntad y que supieran cuál era su lugar. La casa. La cama. Ser esclavas de su marido, parir hijos sin parar y también unas ramera en la cama.”

Amber pensó con amargura que ese millonario, ese hombre bruto y adinerado había creado un marido diablo a su imagen y semejanza y lo controlaba aún ahora que era adulto.

Por momentos odiaba a ese viejo y se preguntaba hasta cuándo tendría que soportarlo.

Muchos más jóvenes ya habían estirado la pata, pero ese vejete estaba vivito y coleando. Mala suerte...

El invierno llegó, frío, húmedo y su vientre comenzó a crecer lentamente.

Los malestares habían desaparecido y tenía mucho apetito.

Su cuerpo había cambiado, su cintura esbelta casi desaparecido y en su lugar una barriga que comenzaba a formarse.

Su bebé. estaba allí y podía sentirlo en su interior.

Pero no era feliz de tenerle, lo aceptaba como aceptó todo desde que se había casado con MacNeil, pero no lo había deseado.

Ese día recibió carta de sus padres. Le había contado del embarazo y ellos estaban felices pues creían que todo se había solucionado con su esposo. lo mismo pensaban sus amigas. Phoebe fue a verla el día anterior y se mostró muy contenta con la noticia del embarazo.

Su esposo la observaba a distancia. Parecía feliz, pero ella tenía sus dudas. Sin embargo, algo había cambiado en él, la trataba con más delicadeza y no con tanta frecuencia como antes. Hasta era cariñoso a veces. Hablaba de su bebé como su hijo varón no parecía considerar que tal vez fuera niña.

Cuando llegó la primavera su vientre se explayó y el doctor le dijo que el bebé sería sano. Los latidos de su corazón eran normales, rápidos. Todo parecía ir estupendamente.

Pero ella no era feliz, estaba asustada, triste porque se lo pasaba encerrada en la casa y solo podía consolarse con las cartas que recibía, las escasas visitas y los paseos por los jardines cuando el tiempo lo permitía.

Sabía que su alumbramiento se acercaba y todo estaba listo en la mansión. Su marido consiguió la mejor partera y también a un doctor muy bueno, mejor que ese novato que la visitaba a veces. A él no le gustaba ese doctor guapo y ese día le dijo que sus servicios no serían

necesarios.

Ella sintió pena y cierto pesar de que se marchara, pero no pudo hacer nada, parecí aun hombre agradable, educado, la había ayudado mucho en todo su embarazo. Parecía injusto que a punto de dar a luz lo echara.

Su esposo estaba molesto.

—No me agrada la amistad que tienes con ese sujeto ni la forma en que te miraba, debí echarlo antes—dijo su esposo.

Amber se sonrojó, no podía creer que sintiera celos de un doctor, pero debió imaginarlo, cualquier hombre joven que se le acercara demasiado era una amenaza para él, despertaba sus celos enfermizos.

El tiempo pasó y Amber estaba tan pesada que casi no podía salir de la cama. El médico dijo que seguramente fuera un varón, pues el niño era muy grande y eso puso muy feliz a su esposo que se preparaba para recibir a su heredero.

En ese momento se convirtió en su señora esposa, la miraba de lejos pero no la tocaba. Todo era gentileza porque de repente la idea de tener un hijo le hacía mucha ilusión y no entendía bien por qué. No hubo reprimendas ni roces, pero en verdad no había razón para reñirla pues llevaba meses encerrada y solo podía contentarse con tocar el piano a veces o leer algún libro o carta recibida. Su sociabilidad era escasa pero lejos de sentirse feliz por la inminente llegada de su hijo estaba tensa y nerviosa. Tenía mucho miedo al parto y a sentir dolor, a morir... porque sabía que a veces las mujeres morían al dar a luz. Eso la aterraba.

Trataba de no pensar en eso. pero estaba muy asustada y solo su fiel doncella conocía su ansiedad. Pero estaba aterrada y día tras día temía la llegada del parto. Todo lo contrario, a su esposo que estaba ansioso y feliz por la inminente llegada de su hijo. él la miraba a la distancia y sonreía como si estuviera orgulloso de haberle hecho un bebé.

Dos semanas después despertó sintiéndose mal, con un fuerte dolor en el vientre. Era tan

fuerte que se quedó sin aliento y gritó. Su esposo despertó y la miró asustado. Había llegado el momento y eso la dejó aterrada y tensa.

Pensaba que iba a morir, y dejaría a su hijo huérfano.

Él comprendió que el momento del alumbramiento había llegado y también se asustó.

—Calma... iré por la comadrona. Por el doctor, diantres... ese bebé llega antes de lo esperado.

Amber lloró y se retorció de dolor y de pronto sintió que se empapaba. Sabía que eso no era bueno y en su interior sentía que el bebé pujaba con ferocidad para nacer y se lo dijo a su esposo.

No tuvo tiempo de buscar al médico, solo las dos comadronas y sirvientas. Su cuarto se convirtió en un hospital donde un montón de caras la miraban consternadas.

Ella lloraba aterrada pensando que iba a morir hasta que fue su esposo, que notando su pánico se le acercó y le habló.

—Tranquila, todo está bien, el bebé saldrá en poco tiempo. mírame, eres fuerte y no vas a morir. Todas las mujeres tienen bebés bellos y saludables y tú eres una potranca fuerte y hermosa.

Amber lo miró furiosa de que la llamara potranca y se preguntó qué hacía allí en su habitación donde solo había mujeres ayudándola a tener a su bebé, pero de pronto sonrió al ver su rostro.

—Mírame, debes pujar y resistir. Quieres ver a nuestro bebé, ¿verdad?

Ella asintió.

—Entonces debes pensar en él ahora y ser fuerte porque nuestro hijo te necesita.

—Y si es una niña? ¿Es que no lo has pensado?

—Es un varón cielo, yo lo sé, yo te hice y sé que es un varón.

Amber tragó saliva y trató de sobreponerse a los fuertes dolores y pensar en su hijo. su bebé la necesitaba, su bebé nacería y la necesitaba, no podía irse, no podía pensar cosas tan tristes ahora solo porque estaba asustada y nerviosa.

Él tomó su mano y la besó.

—Te amo preciosa, eres todo para mí, eres mi mundo entero.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Me lo dices porque sabes que voy a morir?

—Claro que no, tonta. Te lo digo porque lo siento y porque nunca te lo dije. Pero te amé desde el instante en que te vi por primera vez, pero no lo sabía, sin embargo, quise que fueras mía en ese momento.

Amber se emocionó cuando dijo eso, cuando se lo dijo y la abrazó y besó allí frente a todos sin pensar en nada más.

De alguna forma sus palabras y el que estuviera allí le dio las fuerzas para enfrentar el terror que sentía y entonces pudo dar a luz a un bebé pequeñito de cabello oscuro que lloró con todas sus fuerzas al nacer y solo se calmó cuando lo pusieron en su pecho. Un varón, era un varoncito y supo que sería igual a su esposo, la forma de su espalda, su carita angosta. Lo había hecho, había dado a luz a su hijo y estaba viva, ya no sentía dolor solo cansancio. Fue tan feliz y lloró de la emoción, pero entonces volvió a sentir que algo se movía en su interior y pujaba...

—Señora, tiene otro bebé en la barriga.

Amber tuvo que entregar a su bebé y dar a luz su segundo hijo. ahora entendía por qué estaba tan pesada y... eran dos. Dos bebés que nacerían ese día.

—Ya viene, falta poco.

Su esposo la besó emocionado y sonrió cuando tuvo en brazos al otro bebé.

—Es una niñita y no deja de llorar, mírala... es tan pequeñita.

Amber se emocionó al tener a la niña en brazos pues sí era más pequeña que el varón y era tan hermosa y delicada, ahora entendía por qué sentía que tendría una niña, había dos bebés en su interior y era tan feliz. Los tuvo a ambos en brazos y besó y se emocionaron.

Pero Amber tuvo miedo pues la niña era muy pequeñita y lloraba mucho menos que su hermano. Notó que la comadrona la miraba preocupada y trato de no pensar, no quería hacerlo.

—Señora, debe descansar, está exhausta. Deje que cuidemos a los niños. Deberemos conseguir otra ama de leche para la niña.

Ella tembló cuando les quitaron a sus bebés, no quería que lo hicieran, ambos lloraron.

Su esposo la abrazó.

—Cálmate, estarán bien, los cuidarán. Son hermosos, dos bebés, me diste dos hermosos niños mujer... pero ahora debes cuidarte tú, necesitas reponerte.

Amber se sintió horriblemente despojada sin sus bebés, pero estaba demasiado exhausta para protestar. Debía descansar, dormir un poco...

El doctor llegó entonces y examinó a los niños y dijo que eran mellizos y estaban bien y muy sanos, pero necesitaban cuidados especiales. El varón era más grande y se veía muy saludable pero la niña, aunque más pequeña estaba bien, ambos necesitaban ser amamantados por una mujer fuerte que no podía ser su madre pues estaba demasiado débil ahora.

Amber no se sentía débil pero el doctor le dijo que no saliera de la cama pues había perdido mucha sangre y dejó una lista de alimentos que debía comer para fortalecerse y un tónico especial. Solo cuando estuviera más fuerte podría alimentar a uno de los niños si aún tenía leche y si deseaba hacerlo. pero era mejor que fueran alimentados por dos amas de leche distintas.

Su esposo la cuidó entonces, se quedó a su lado para velar por ella además de su fiel doncella. Algo le dijo entonces el doctor que Amber ignoraba, pero al parecer no era prudente que tuviera más hijos por un buen tiempo. pues no era una joven rolliza y no había engordado

mucho en el embarazo, y ahora estaba nuevamente delgada y eso no era bueno. necesitaba tener más carne y evitar quedar encinta enseguida porque eso podía matarla.

Él no planeaba embarazarla, pero sabía que se moría por tocarla y lo haría en cuanto pudiera, aunque tuviera que esperar más de un mes.

Pero ella sufría por no poder alimentar a sus bebés, sentía una rabia horrible de ver a sus dos criadas en esa tarea, eran sus hijos y tenía los pechos llenos para alimentarles.

—Todavía no, el doctor dijo debes estar fuerte y solo podrás alimentar a uno solo.

Amber se contuvo y acarició y besó a la pequeñita Ema hasta que se durmió y su esposo la ayudó a dejarla en la cuna para entregarle a Theo, su otro bebé.

Era igual a su esposo y lo adoraba, a él y a la pequeña Ema, eran sus hijos y sentía un amor tan grande como nunca había sentido por alguien más en esta vida y lo sabía. Eran su mundo, el sol que brillaba cada día y el tiempo que pasaba con ellos era precioso. Trataba de cambiarles el pañal cantarles, aunque todavía no pudiera alimentarles. La sorprendió que su marido estuviera tanto tiempo allí con ella y los bebés y recordó las palabras que le dijo el día que nacieron. Y como si él leyera sus pensamientos se acercó y la abrazó y le dio un beso ardiente. Un beso que le recordaba cuánto la deseaba y cuánto echaba de menos sus noches de pasión intensa. Pero no intentó nada entonces, solo la envolvió entre sus brazos y se quedó allí a su lado mirándola a ella y a los bebés.

Todo había cambiado de repente en su vida, el nacimiento de sus hijos lo cambiaba todo y lo sabía.

Pero también sintió mucho miedo y angustia al verlos tan pequeñitos, pues el varón crecía más rápido que la niña y pronto la aventajó, pero la niñita al parecer comía menos y por eso no engordaba tanto.

Fue entonces que supo que no le gustaba la leche de la criada y decidió que debía alimentarla ella. su esposo se opuso y discutieron, Amber lloró y dijo que su hija no crecía y

Callum se puso serio.

No dijo nada y cuando vio que la alimentaba le dijo muy serio.

—Solo la alimentarás un poco, el médico dijo que eso podría debilitarte.

—pero ya estoy bien. por favor, ayúdame con la niña.

Él se acercó y la ayudó para que su bebita pudiera prenderse. La bebé estaba dormida y dormía mucho al parecer, por eso no se alimentaba, pero entre los dos lograron despertarla y unos ojitos azules la miraron fijamente. Una de las criadas se acercó para ayudar y finalmente lograron que la niña se prendiera al pecho. Entonces sintió un dolor porque la niña se prendió de golpe y logró que su leche saliera a borbotones. Por primera vez pudo alimentar a uno de sus bebés, el que más lo necesitaba y ambos pechos se mojaron, pero la pequeñita no llegó a tomar mucho porque se durmió así que decidieron llevarle al varón para que aprovechara su leche. Su pequeñito mamó de ambos pechos mientras la miraba afijamente. Era una cosita adorable pero su esposo creía que exageraba. Pero desde ese día comenzó a alimentarles y no se enfermó por ello, al contrario, se sintió feliz de poder atenderles y alimentarles pues no soportaba que lo hicieran las otras criadas. Aunque el varón necesitó que un ama lo alimentara pues la partera dijo que el niño era muy hambriento. La niña en cambio solo tomaba su leche y lentamente comenzó a engordar, el médico lo notó una semana después.

Pasaba horas alimentándola, despertándola pues era muy dormilona y perezosa, pero al parecer era su forma de ser, era niña tranquila y rara vez lloraba, el varón en cambio tenía un genio más vivo y siempre lloraba al atardecer o cuando no le daban suficiente comida.

Ella trataba de alimentar a los dos, pero sabía que no podía y pasaba mucho tiempo con sus hijos, ambos se convirtieron en su vida entera.

Eran fuertes y saludables pero el doctor dijo que no podían recibir visitas ni salir de paseo hasta que tuvieran un año.

El tiempo pasó tan deprisa y recibió cartas de felicitaciones y se hizo un tiempo de

responder otras, pero sabía que su esposo aguardaba en su habitación para tenerla de nuevo en la intimidad.

No fue sencillo para ella cuando se le acercó se sintió tan extraña, pero él la abrazó y le dio un beso ardiente.

—preciosa, no te olvides de mí, yo te hice esos bebés y tú los adoras, ¿verdad? —le dijo al oído.

Ella lo miró y tembló cuando besó su cuello y sus manos apretaron sus pechos llenos y redondos, repletos de leche.

Se moría por hacerla suya y lo sabía, llevaba esperando tanto por ese momento. Y ella no se sentía mujer entonces, solo madre y era extraño sentir que también era esposa y debía retomar la intimidad. Sabía que era importante para su marido y tembló cuando la desnudó y comenzó a llenarla de caricias.

—Tranquila, sé que es difícil para ti... no estás lista, ¿verdad?

Ella lo miró algo atormentada, no se atrevió a negarse.

—No tengas miedo, no te haré un bebé ahora, tengo algo para evitarlo...

Amber se sonrojó cuando comenzó a lamer sus pechos y terminó succionando de ellos como un bebé hambriento. Le gustaba el sabor y sus pechos se mojaron y él se bebió toda su leche. Fue extraño, pero para él fue excitante.

—Es delicioso, rayos, quisiera ser bebé otra vez—dijo y sonrió, pero quería todo su cuerpo, cada rincón y la tendió en la cama para llenarla de besos y caricias hasta terminar allí en su feminidad y deleitarse con su respuesta. Sus caricias y lamidas fueron tan feroces que se agarró de la sábana y se retorció de placer y él no esperó más para penetrarla como un demonio y disfrutar la cópula un momento, pero no acabó dentro de ella sino dentro sino fuera minutos después mientras la besaba y gemía de placer.

Volvían a ser marido y mujer y ella tuvo la esperanza de que todo fuera distinto ahora.

Que su esposo se convirtiera en un hombre bueno y tierno como hasta ahora, que nunca más volviera a hacerle daño, pero no sabía si eso era posible. Era un hombre rudo con un temperamento difícil. ¿Acaso los bebés habrían obrado el milagro?

Su cuerpo despertó de repente y volvió a ser mujer y a desear ser suya de nuevo y desesperada se retorció de placer mientras una cópula feroz los unía de nuevo.

—TE amo cielo, eres tan hermosa y dulce, eres mía—le dijo.

Ella sintió que todo su ser se convulsionaba y su vientre aprisionaba su miembro y todo su ser se llenaba de placer, cada rincón de su cuerpo mientras sus besos apasionados y su cuerpo se fundía en el suyo otra vez mientras pronunciaba tan dulces palabras que la hicieron emocionar.

—Si me amas nunca más vuelvas a lastimarme, por favor, no lo hagas de nuevo—le pidió.

Él se puso serio.

—Lo siento mucho, perdóname, no fui un buen esposo, pero te quiero, te amo preciosa y si un día intentas dejarme te mataré. ¿Lo sabes verdad?

Amber tragó saliva.

—Y a dónde crees que podría ir, soy madre ahora además de tu esposa.

—Es verdad, pero primero eres mía, no lo olvides. Eres mía y siempre lo serás. Aunque tu corazón lo tenga otro.

¿Por qué tenía que decirle eso? ¿Por qué tenía que recordarle...?

—Eso no es verdad, fue hace mucho tiempo y tú insistes en recordármelo solo por una estúpida carta.

Él le sonrió con malicia como si no le creyera una palabra.

—Entonces ya no lo amas?

—No puedo decir amor de lo que fue una fantasía, un capricho del corazón. Tú eres mi esposo y tengo además dos hijos en quién pensar.

—Nunca abandonarías a los bebés verdad? los amas más que a nada en esta vida. eres la única dama inglesa remilgada que tiene un corazón tan amoroso y dulce...

Amber no sabía si eso era un halago, pero pensó que el amor que sentía por el conde formaba parte del pasado, un pasado que un día golpeó su puerta aquella noche de tormenta, pero de eso ya no quedaba más que el recuerdo y la tristeza de lo que pudo ser y no fue. Su presente y su futuro era cuidar a sus niños, velar por ellos y tratar de cambiar el mal carácter de su marido.

A veces pensaba en el conde, pero no lo hacía con tanta frecuencia como antes. En un momento sintió rabia y dolor, otras veces tristeza y simple nostalgia, pero de pronto comprendió que el tiempo de cambiar su suerte había pasado. Nunca habría podido abandonar a Callum y ahora mucho menos, tenía dos hijos en quién pensar, dos hermosos niños para cuidar y ya no estaba enfadada por ese embarazo que nunca deseó, sus temores al parto y a ser madre se habían esfumado. Había madurado de golpe, se había hecho mujer de repente y amaba locamente a esas dos criaturitas como nunca había amado a nadie y como sabía no amaría jamás. Todo había cambiado desde ese día y ya no pensaba que su amor por el conde pudiera ser posible. Si antes parecía lejano ahora parecía haberse esfumado como un sueño.

El dolor la golpeó en el instante en que sus hijos cumplieron tres años pues su madre falleció de gripe en la horrible plaga que asoló el condado y no pudo ir a despedirse. Fue el momento más triste y de no haber tenido a sus niños sanos a su lado y a su esposo se habría derrumbado. Fue tan inesperado y terrible. Ignoraba que ese invierno hubiera una epidemia de una enfermedad pulmonar severa y terrible, pero al parecer el clima frío y húmedo favorecía la aparición y no pudo ir. Su esposo se opuso.

—Podrías enfermarte y contagiar a nuestros hijos.

Ella sabía que tenía razón y lloró amargamente no haber podido ir a ver a su madre en todos esos años. solo la vio durante el bautismo de sus niños y al año siguiente una vez. su esposo no quería que viajara y Amber no quería dejar solos a sus niños. Siempre estaban con ella, y si se alejaba hacían diabluras. Fue su nana quien le dijo que sus niños la extrañaban. Eran muy unidos entre sí, pero eran unos diablillos por momento y necesitaban ser vigilados.

Amber dejó de hacer viajes, de salir, solo podía ver a sus amigas en contadas ocasiones y se conformaba con escribir cartas o leer algún libro cuando podía hacerlo.

Ahora se sintió horriblemente abatida por la muerte de su madre y le envió una carta a su padre, pero su esposo no quiso que ningún sirviente la llevara personalmente.

Había personas contagiadas en Londres y debieron recluirse. Su esposo suspendió el viaje que tenía previsto hacer a Cornualles por esa razón. nada era seguro y la temible gripe avanzaba por todo el país.

El frío se hizo intenso y también el aislamiento. Dejaron de recibir visitas por consejos de su doctor.

Fueron tiempos tan tristes, pudo ver a su padre meses después y dejó a sus niños a cuidado de sus nodrizas pues eran muy pequeños para hacer tan largo viaje.

Se sintió desolada al llegar a la mansión en compañía de su esposo.

Él no quería que fuera sola, se había tensado por su insistencia en ir a ver a su padre, pero finalmente aceptó.

Amber se estremeció al ver a su padre tan alicaído, nunca lo había visto así...

Intentó sonreír y los invitó a pasar al comedor, pero se veía tan demacrado y desdichado. Sin duda la muerte de su madre lo había afectado.

Hablaron un momento y luego cuando quedaron a solas su padre le preguntó por los niños y también por su marido.

—¿Eres feliz, cariño? Dime la verdad.

Amber habló de sus hijos, pero no mencionó a su marido. Pero al ver la preocupación de su padre dijo que estaba aprendiendo a amarle, a pesar de todo.

—Eso es bueno... os trata bien?

—Sí... ha cambiado padre, luego de quedar embarazada él cambió. Al final mamá tenía razón.

Su padre sonrió feliz.

—Me alegra mucho escucharlo, querida. Él te ama, me lo dijo aquella vez que ocurrió ese episodio tan desafortunado.

Amber tragó saliva estremecida al recordar ese momento. Tenía la sensación de que habían pasado mil años desde entonces y entonces tembló al oír sus pasos. No quería ni acordarse de cómo era su marido antes, a veces temía enfadarle y que volviera a lastimarla. No estaba tranquila y tampoco estaba aprendiendo a quererle. Solo quería que todo fuera como ahora y su esposo siguiera así, tranquilo y amable.

Entonces pensó en su madre y se emocionó.

—Padre, lamento mucho no haber podido estar aquí cuando mamá enfermó es que mis hijos eran muy pequeños y temí que pudieran contagiarse.

—No te preocupes, Emma murió feliz sabiendo que tenía dos hermosos nietos y tú le habías puesto su nombre a tu niña. Era lo que queríamos, irnos y verte bien casada y establecida. Tu esposo es un buen hombre, solo que tiene un genio vivo. Eso se soluciona con afecto y atención, no con rebeldía. Sé comprensiva y obediente y todo irá bien entre ustedes. Ahora son jóvenes, pero con el tiempo todo se calma y ahora tienes dos hijos en quiénes pensar.

—Lo sé papá, pero...

No le dijo nada de sus problemas maritales, prefería que pensara que todo se había arreglado. A fin de cuentas, estaba atrapada en ese matrimonio más que nunca y debía hacer frente a los problemas sola.

Recordó su última visita y pensó en el conde, fue inevitable. Se preguntó qué habría pasado si esa noche él hubiera sido más osado, si hubieran llegado al duelo con su esposo...

No podía decirlo, ahora tenía dos hermosos hijos y no podía escoger que eso no hubiera pasado, pero...

Su vida pudo ser diferente y lo sabía.

Qué tonterías pensaba, como si pudiera volver atrás el tiempo y ser de nuevo esa jovencita enamorada de un hombre mucho mayor que ella.

El tiempo había pasado y no solo tenía dos hermosos niños tenía un esposo bravo que llegó a decirle que la mataría si se atrevía a abandonarlo. Allí estaba cerca, vigilando como si pensara que ella podía ir a verse a escondidas con su antiguo enamorado...

Byrne estaba cerca también, los vio conversar sobre algo, se veían algo misteriosos. Hacía días que notaba raro a su esposo, inquieto. No sabía bien por qué, pero algo le pasaba.

Se preguntó si sería por el regreso de su amiga Mary Stewart.

Amber no olvidaba que esa ramera rubia fue amante de su esposo cuando ella era casi recién casada y que trabajó para él y verlos conversar en esa reunión la había dejado tiesa. No le dijo nada a su esposo, pero sospechó que la veía pues había vuelto a realizar esos viajes misteriosos y breves. Decía que debía reunirse con los inversores por un negocio nuevo que estaba planeando, pero ella no le creía.

Odiada pensar que todo volvería al comienzo, no podía soportar la idea de que otra mujer tocara a su marido. Era suyo, rayos, su marido, su hombre y le había hecho dos hermosos niños. Ella se esmeraba en todo, renunció a muchas cosas para no despertar sus locos celos, pero nada parecía ser suficiente.

Se acercó molesta e inquieta al verlos charlar en privado y notó que su marido estaba molesto por algo.

Vio sus labios a la distancia.

—Debes hacerlo, esto debe terminar.

No sabía de qué hablaba, pero algo le decía su sirviente y se preguntó si tal vez no quería planear una cita con esa mujer. Era rubia hermosa siempre había despertado su rabia y celos, porque era muy bella y delicada y se preguntó por qué su marido no se había casado con ella si la conocía de mucho antes.

Porque no tenía clase. Ni tampoco debía ser virgen. ella había sido la candidata ideal.

Alejó sus pensamientos y se alejó para que su esposo no descubriera que lo había estado siguiendo. Hacía tiempo que sospechaba que había vuelto a las andadas, pero no podía decirle nada porque se enfadaría y sería peor.

Se sintió triste y deprimida, pensando que nunca podría tenerlo todo en esta vida, él decía amarla, pero sin embargo la engañaba y eso la hería más que todo lo que había pasado antes de recién casada. No se sentía tranquila con él, sentía que no podía quererle ni amarle como él le pedía. Porque había vuelto a las andadas, a engañarla y eso la hería mucho, la hacía sentir que no era tan importante para él. ¿Por qué lo hacía? Le daba todo lo que pedía, le tenía satisfecho y feliz en la cama, ¿entonces por qué? ¿Por qué no podía ser un marido fiel?

Regresaron a Londres tres días después, su esposo tenía prisa y Amber también extrañaba a sus hijos. se sentía horriblemente triste y vacía sin ellos.

Cuando volvieron su esposo dijo que tenía asuntos que resolver y se fue con Richard. Tenía mal talante. Algo no andaba bien o quizás solo quería ir a reunirse con su amiga.

Los pequeñitos corrieron a saludarlos, pero ella se quedó con ambos el resto de la tarde.

La pequeña Ema no dejaba de preguntar por su padre. Lo extrañaba, su otro niño era más callado.

Cómo había pasado el tiempo. tenían tres años y hablaban sin parar, jugaban, reían y siempre estaban juntos. Eran tan unidos.

Su esposo llegó al atardecer y la encontró durmiendo con los niños en su habitación. Como no querían dormirse Amber decidió llevarlos a su habitación y estaban tan nervioso que al final ella se durmió antes, exhausta por el largo viaje.

Callum la despertó con un beso en los labios y ella despertó asustada pues por un instante pensó que era Rupert y se asustó. Fue como una alucinación, nunca le había pasado, pero estaba dormida y vio algo que no era...

—Preciosa, te quedaste dormida.

Amber buscó a los niños y notó que no estaban.

—Donde están los mellizos?

—Se los llevaron. Se quedaron dormidos aquí. Lamento haberme ido, mañana me quedaré todo el día, lo prometo.

Estaba raro, y notó que se había bañado de forma reciente pues tenía el perfume colonia que usaba.

—¿Qué sucede Callum? ¿Acaso has vuelto a ver a esa mujer?

Su pregunta lo sorprendió, pero luego se asustó.

—¿Qué mujer? ¿De qué hablas?

—Mary Stewart, por supuesto. Has estado viéndola de nuevo.

Su voz se quebró, no pudo evitarlo.

—No es verdad.

—No mientas. Solo dime por qué lo haces. ¿Por qué la buscas a ella? Es porque es más hermosa o...

—Calla, deja de decir esas tonterías. He venido por ti preciosa, eres mi esposa y la única mujer que quiero tener siempre.

—Pero la has visto, no lo niegues.

Él la miró furioso de que dijera eso.

—No menciones a esa mujer preciosa, es una ramera y tú mi esposa. La única mujer para mí.

Ella iba a protestar, pero él le dio un beso ardiente y le quitó el vestido para sentir su cuerpo femenino y sensual. Se moría por hacerla suya, pero estaba furioso de que lo increpara por sus andanzas con la rubia Mary, lo conocía bien. y de pronto tuvo miedo al ver que se desnudaba y la atrapaba con su miembro.

—Preciosa, no vuelvas a hablarme de esa zorra, porque no es más que eso. No existe para mí, fue solo una aventura, pero no hablaré de ello y si vuelves a preguntarme me enfadaré y lo lamentarás.

Ella lo miró asustada y lloró cuando sintió que la apretaba muy fuerte contra su pecho, con poca delicadeza para un momento íntimo como ese.

—No me hagas daño, no lo hagas otra vez, por favor, Callum. Lo prometiste.

Su mirada brillaba de odio y rabia, pero algo cambió cuando le suplicó y dejó de sujetarla como lo hacía. Pero la tomó de la cintura y comenzó a besar sus pechos y apretarlos como un lobo hambriento.

No tuvo tiempo a moverse o hacer algo cuando él abrió sus piernas y se aferró a su vientre invadiéndola con ferocidad. Sus labios, su boca se perdieron allí y ella gimió rendida ante la poderosa sensación de ser tomada por ese demonio. Sabía cómo convencerla, cómo hacer que se rindiera y cuando la penetró estaba húmeda y lista para la cópula. Una cópula fuerte y dura que solo buscaba poseerla una y otra vez hasta saciarse.

—Tú eres la única para mí cielo, no hay nadie más, deja de pensar tonterías. —dijo—Y ahora voy a hacerte un bebé, el médico dijo que podía hacerlo...

Amber lo miró espantada por su repentina ocurrencia, primero la volvía loca con sus caricias haciendo que deseara la cúpula más que nada y luego le decía al oído que iba a hacerle

un bebé.

—No, es muy pronto—le dijo desesperada—por favor...

No quería tener más hijos, tenía suficiente con los mellizos.

—Pero yo quiero otro bebé, quiero hacerte muchos bebés cielo, muero por verte con un bebé en la barriga otra vez—le respondió él.

Y luego de decirle eso lo hizo en su interior, la empapó con su semilla sin que pudiera evitarlo y cuando quiso escapar para lavarse no la dejó.

—No te irás, todavía no he terminado contigo. Quiero un bebé y no vas a quitarte mi semilla. Si lo haces lo lamentarás.

Amber lo miró temblando. Acababa de hacerla suya y ahora la amenazaba.

Ella se quedó tiesa y él la abrazó y le dio un beso ardiente.

No era la primera vez que le hacía eso, que le pedía un bebé, pero ella lo había convencido de esperar.

Pero sabía que ese día era peligroso, el doctor le había explicado los días que debía evitar la intimidad con su esposo para no quedar embarazada en una conversación que habían tenido. Y de pronto lloró al comprender que su esposo no había cambiado y ahora quedaría de nuevo embarazada, no podría escapar...

—Calma, no llores mi amor. Todo saldrá bien, nada debes temer porque no hay ninguna mujer en mi vida, solo tú, solo me importas tú. eres la única para mí. Te amo, te amo tanto que no me importa que tú no me ames—le dijo vehemente.

Ella habría querido decirle por qué buscaba a esa mujer si tanto la amaba, pero no se atrevió, la mención de esa dama había enfadado a su marido. No volvería a hacer preguntas, ahora él tenía otros planes, quería hacerle un bebé y nada lo detendría.

Una semana después

Algo pasó entonces. Su esposo le dijo que quería regresar a Nueva York con su padre.

Fue tan inesperado que ella se quedó perpleja. Tenía su familia, su vida en ese país.

—Pero un viaje tan largo con los niños pequeños.

—El doctor Preston dijo que ahora sí pueden viajar. Son niños sanos.

Su esposo parecía decidido y no le estaba preguntado qué pensaba, solo le informaba que planeaba regresar a Nueva York.

Entonces ella recordó que llevaba tiempo esperando por un negocio que no había salido como esperaba. Sus planes de llevar progreso a Londres, de hacerse más millonario habían fracasado. Él se sentía decepcionado y molesto con el espíritu estúpido y conservador de los ingleses. Todo era lento y demandada demasiado dinero y esfuerzo y había perdido mucho dinero en ese proyecto.

—¿Entonces nos iremos a Nueva York?

Él asintió.

—Pero mi padre está muy viejo, él quería vivir aquí en Londres cerca de nosotros.

—Tu padre solo espera su final, ¿crees que me quedaré a esperar que eso ocurra?

—Oh no digas eso, eres cruel.

—Es la verdad y debes aceptarlo, muñeca.

—Pero se sentirá muy triste si me voy ahora, por favor, espera un poco más.

—No. No voy a esperar. partiremos en dos semanas.

Amber pensó que algo estaba pasando, su esposo actuaba raro y lo veía nervioso. Sabía que se había disgustado por haber perdido todo ese dinero, pero no pensó que esa fuera la causa de que quisiera irse del país tan pronto. Siempre hablaba de regresar a Norteamérica, allí todo era

fresco, nuevo, la gente era distinta. Y tenía amigos y parientes, toda su familia estaba en Nueva York.

Pero había algo más, podía intuirlo y no sabía qué era. Su esposo había dejado de frecuentar las fiestas de forma repentina y ya no realizaba esos misteriosos viajes. Se quedaba más en casa para pasar tiempo con sus hijos y con ella. todavía buscaban el bebé y pensó que seguramente ya lo tuviera en su barriga pues tenía una semana de retraso, pero no dijo nada entonces. Quería estar segura.

Pero si llegaba estar esperando un bebé como sospechaba ese viaje no sería bueno...

—Ven aquí, no temas, todo saldrá bien cielo.

Ella lo miró molesta.

—No quiero irme tan lejos, por favor, es un país extraño, toda mi familia está aquí, mis amigas... no conozco a nadie en Nueva York.

Amber lloró y le suplicó que esperaran un tiempo.

Pero él fue muy firme en su respuesta.

—Preciosa, vine aquí a buscar fortuna y esposa, solo conseguí lo segundo. Ahora ya tengo lo que buscaba así que no tengo más que hacer aquí. Todos mis negocios se han malogrado y mi padre está solo en Nueva York. Ya no es tan joven y quiere tener a su familia cerca.

Luego de eso quiso consolarla con caricias y le hizo el amor allí, en mitad de la tarde para apaciguar su desconformidad. Pensaba que así la convencería como hacía siempre. pero ella intuyó que había algo más, algo que él le ocultaba y suspiró. ¿Qué haría en una ciudad y un país extraño como ese? Había oído decir que Nueva York era una ciudad hermosa, apasionante pero no estaba segura de eso. el viaje tan largo la aterraba. Aunque viajarían en un crucero de lujo y lo tendrían todo, no le gustaba nada la idea de irse tan lejos. tuvo la sensación de que nunca regresaría a su país y eso la entristecía.

Entonces ocurrió la tragedia.

La muerte misteriosa de Mary Stewart O'Brien acaparó los titulares de los periódicos y no se hablaba de otra cosa.

Amber se horrorizó al ver la noticia y la fotografía de quien fuera amiga de su esposo en el pasado, su antigua amante en realidad. Había aparecido estrangulada en su casa de la avenida Chelsea y sus joyas fueron robadas. Un grupo de bandidos entró en su casa pues la joven vivía con una tía vieja y sorda y unos sirvientes que nada pudieron hacer para defender a las mujeres. Ambas estaban muertas.

Amber lloró pues, aunque sentía rabia por esa mujer por ser quien era, los detalles de su muerte la conmovieron y asustaron.

—Preciosa, ¿qué sucede?

Su esposo acababa de llegar de la ciudad pues esos días estaba muy atareado escogiendo el mejor barco y organizando sus asuntos antes de marcharse. El fiel Samuel lo seguía a todas partes tratando de ayudarlo en todo. él estaba muy feliz de marcharse, nunca le había gustado mucho ese país.

—Mary Stewart fue asesinada... es horrible. un grupo de bandidos...

El cadáver apareció desnudo y decían fue atacada... una mujer sola, eso era la pobre Mary y en el pasado trabajó para su marido y fue su amante.

Su esposo se puso lívido de repente. No lo podía creer.

—Rayos. esta ciudad se ha convertido en un infierno—se quejó y molesto dejó el periódico a un costado y trató de volver al presente. A su viaje a Nueva York. Como si nada.

Había sido su amiga, su amante, pero su muerte no le afectó como pensaba.

Entonces recordó que su esposo no era un caballero inglés bien educado y de nobles sentimientos, su esposo era un hombre duro y cruel, así que la muerte de su amante no lo afectó tanto. ¿Por qué habría de importarle? Ella era historia del pasado y sin embargo los había visto

conversar hacía tiempo.

Pensó que habían reanudado su aventura y eso la crispó. Odiaba pensar que otra mujer dormía con su esposo, antes no le importaba, pero ahora sí. Tenían una familia y ella renunció a muchas cosas por él. No era justo. Era una buena esposa, le complacía en todo y él decía que solo disfrutaba con ella en la intimidad, ¿entonces por qué lo hacía? ¿Por qué buscaba otra mujer?

—Preciosa, deja ese periódico. Tú eres una mujer tierna y delicada, no deberías leer esa parte del diario. Son tan salvajes y morbosos quienes redactan esas noticias—se quejó su esposo y luego hizo desaparecer el ejemplar del periódico y miró a su fiel criado.

Luego le habló de los preparativos para el viaje iban viento en popa y eso lo tenía muy feliz.

Se llevarían muchas cosas de Londres, muchos tesoros en realidad, pero las propiedades debían ser vendidas y enviado el dinero a Nueva York, al banco de su padre. Otras serían arrendadas y el dinero del arriendo iría una parte para su padre, para que nada le faltara. Ese gesto la conmovió.

—Ahora ve a aprontarte que daremos un paseo cielo, iremos al sur a despedirnos.

—Al sur?

—A visitar a tu padre, claro. Quiero darle indicaciones para cuando no estemos aquí, deseo que nada le falte.

Todo en su vida conyugal era inesperado, ahora debía estar lista para hacer un viaje al norte y aunque le agradaba la idea mientras se cambiaba de ropa tuvo un fuerte mareo y de no haber estado su fiel doncella Beth a su lado se habría caído al piso.

—Señora, señora, ¿qué tiene?

Amber terminó tendida en la cama abanicada por su doncella, respirando profundo para no desmayarse. La muerte de esa mujer la había impresionado.

—¿Señora MacNeil, no estará esperando un bebé? —le preguntó su doncella con cierta timidez.

Amber asintió.

—Creo que sí, pero es muy reciente. No le digas a mi esposo, quiero esperar...

—Debe decirle señora, tal vez cambie de idea con respecto a ese viaje, usted no estará en condiciones de viajar ahora.

Su doncella tenía razón, capaz si le decía cambiaría de idea.

Entonces entró su esposo impaciente por su demora y la vio medio desmayada en la cama y se preocupó. No tardó en enterarse de lo que le pasaba. Otro bebé en camino.

—Preciosa, quédate acostada, no tenemos que salir ahora, debes descansar. Hablaré con el doctor y le preguntaré si podemos viajar ahora.

Todo le consultaba a su doctor, era exasperante.

Amber miró a su doncella inquieta.

—¿Vendrás con los demás a Nueva York? Tú podrías venir.

Su doncella puso cara de espanto. Le faltó decir ni muerta, su cara lo decía todo.

—Toda mi familia está en Londres, señora y ellos esperan que les envíe el dinero. No puedo viajar. aunque me gustaría. Dicen que es un país donde todos pueden hacer fortuna.

—Qué pena Beth... me habría gustado llevarte conmigo.

Amber tampoco quería ir, pero no creía poder convencer a su esposo.

Tuvo la triste sensación de que no vería de nuevo a su padre vivo, pues en cuanto zarpara en ese transatlántico moderno que viajaba mucho más rápido no regresaría a Inglaterra. No en mucho tiempo...

Ahora no quería pensar en eso, se sentía descompuesta y con muchas náuseas.

Su esposo lo había conseguido esa noche, le había hecho un bebé como tanto quería y

luego otro y otro hasta que llenara la casa de niños.

Cerró los ojos y se durmió exhausta. Lamentó no haber hecho ese viaje al norte, le habría gustado ver a su padre.

Sin embargo, no postergó el viaje, al contrario, pensó que debían adelantarlo.

La travesía duraría más de un mes en un moderno transatlántico que decía tardar menos y tener un viaje más cómodo. Cuando Amber vio ese inmenso navío se asustó, eso y ese mar azul inmenso la hizo temer lo peor. Sus niños estaban contentos, sin embargo, no dejaban de parlotear y correr de un sitio a otro enloqueciendo a sus nodrizas.

Por fortuna pudo llevarse las dos nodrizas, pero no logró convencer a Beth de acompañarla.

Pero algo pasó cuando arribaban al puerto. Algo que no esperaba...

Un grupo de gendarmes apareció para hablar con su marido y detenerle para hacerle preguntas sobre el asesinato de la joven Mary Stewart.

Amber se quedó tiesa, paralizada.

No podía ser, no podía estar pasando.

Vio a su esposo discutir acaloradamente y sus criados lo rodearon, pero no pudo escapar. Entonces supo lo que pasaba y él la miró. Y en esa mirada estaba la culpa. Una mirada que nunca le había visto y Amber pensó que su esposo era culpable de ese horrendo crimen. ¿Por qué? ¿Por qué haría eso?

—Señora, venga conmigo. Debe regresar a la mansión ahora. Su esposo aclarará todo. seguramente hay una confusión.

El fiel Samuel lo defendía por supuesto. Estaba allí para ayudarla, para que regresara a su hogar con los niños y estuviera a salvo y lejos de esa horrible tragedia, pero había algo distinto en sus ojos. El perro fiel escondía muchos secretos y mientras la acompañaba al carruaje fue detenido por un grupo de gendarmes.

—Señor Samuel Stratford?

—Así es, caballero.

No intentó escapar, aceptó acompañarlos.

Amber tembló al comprender que Samuel estaba involucrado en ese horrible crimen. No podía ser.

Dos criados se le acercaron.

—No se preocupe señora McNeil, ha de ser un malentendido. Debe haber una confusión, estoy seguro de eso. Venga con nosotros.

Amber pensó que era una pesadilla, que todo lo era, pero al llegar a la casa su esposo no regresó ni tampoco lo hizo su fiel criado.

Ella se quedó con sus hijos y esperó, esperó que alguien le dijera lo que estaba pasando. Y como no fue así decidió llamar al doctor Thomas Drexley.

Envío a sus criados a buscarle y a otros a averiguar qué había pasado con su esposo.

Pasó una gran ansiedad mientras intentaba no pensar tanto y se encerraba en el cuarto de los niños.

—Dónde está papá'—le preguntó su hija.

Ella procuró disimular.

—Tuvo que irse de viaje, pero regresará en unos días.

Odiaba mentirle, pero otra alternativa.

Trató de descansar y no pensar, pero su esposo no volvió ese día ni el siguiente y entonces comprendió que algo muy malo había pasado. Desde el principio tuvo un mal presentimiento con ese asesinato... con esa horrible muerte. Estuvo muy afectada y luego...

Los criados la miraban casi con pena y ella se sentía mal por su reciente embarazo. Apenas podía moverse de la cama. qué sería de ella si su esposo iba a prisión? Qué sería de sus

hijos con un padre preso...

Sintió que todo se derrumbaba a su alrededor mientras los criados la miraban casi con pena. todos estaban silenciosos, pero notó que había mucha inquietud en la casa, llegaban y entraban personas todo el tiempo y se preguntó hasta cuándo estaría así, en ascuas.

—Señora, debe estar tranquila, su estado es delicado.

Ella miró a su fiel criada y le preguntó qué pensaba de todo eso.

La fiel Sophie fue testigo de su sufrimiento todo este tiempo y siempre intentaba brindarle consuelo. Pero ahora la vio tensa, asustada ante su pregunta.

—El señor Mac Neil es inocente, señora, seguro fue un malentendido... pero usted no deber preocuparse, su estado es muy delicado.

—Pero tengo que saber dónde está mi esposo. ¿Acaso está preso? ¿Y Samuel?

—Es que no lo sé, nadie nos ha avisado nada aún.

—Pues tengo la sensación de que me esconden cosas.

—No piense eso por favor, debe estar tranquila...

—¿Tranquila? ¿Realmente cree que puedo estar tranquila? Debo hablar con los abogados de mi esposo, esto no puede ser así, no pudieron retenerte sin más noticia.

—Todo esto se aclarará señora Mac Neil, estoy segura de que solo fue un malentendido.

Perro Amber no estaba convencida. Tenía un mal presentimiento y molesta envió a sus criados a investigar. No podía quedarse allí sin saber nada.

Entonces apareció el doctor Callum Harrison.

Su llegada fue inesperada, y parecía casual.

—¿Cómo está usted, señora MacNeil?

—Bien... estoy esperando un bebé doctor. ´

Él se mostró sorprendido.

—¿De veras? Felicidades, señora MacNeil... ¿Cómo está su esposo?

—Mi esposo tuvo que viajar, pero regresará en unos días.

Él no dijo nada como si fuera algo normal, en realidad su esposo se pasaba viajando.

—Le recetaré un tónico, pero será mejor que haga quietud. Está algo pálida.

Tenía razón, no lo había notado, pero estaba muy demacrada esos días y no era para menos. Su esposo estaba detenido en la cárcel como un vulgar ladrón y nadie sabía nada más.

Tuvo que enfrentar lo evidente: su esposo estaba preso y había pruebas que lo vinculaban a un horrible asesinato tramado por él con la complicidad de Samuel...

Jamás habría creído que era capaz de eso. no podía creerlo.

Pero tuvo que enfrentar la dura realidad.

El abogado la visitó al día siguiente y ella notó que estaba serio, tenso.

La saludó con mucha deferencia, pero luego dijo que no podía liberar a su marido.

—Lo siento mucha, señora. Habría esperado que todo fuera un malentendido, pero encontraron dos testigos que involucran al criado de su marido y una carta...

El hombre no quería decirle qué carta era esa, pero ella adivinó la razón: su esposo había reanudado esa relación, esa “amistad” a sus espaldas, viéndose a escondidas con Mary. Luego todo había terminado de forma brusca y él le dijo que quería regresar a Nueva York.

Ahora sabía por qué. Él la había matado.

—Mi esposo no es un asesino, por favor doctor Thomson. Usted debe...

—Estoy trabajando en su defensa señora, créame que haré todo a mi alcance para liberarlo, pero, aunque lo liberarán en estos días, las pruebas en su contra son firmes y no le permitirán abandonar el país. Lo seguirán a todas partes.

—¿Entonces será liberado’

—Sí... he logrado eso al menos. Él podrá esperar en libertad un juicio donde se

presentarán las pruebas. Pero no pierda la calma señora. Todo este malentendido se solucionará.

Sus palabras le dieron tanto alivio.

—Y qué pasará con Samuel?

—Samuel’

—Su criado, Samuel Stevenson.

—Me temo que no será tan sencillo liberarle.

—Pero es el criado de mi esposo, debe usted defender su Inocencia, seguro que todo esto es un malentendido.

El abogado anotó el nombre en su libreta.

—Bueno, veré qué puedo hacer por él. Ignoraba que le habían detenido en realidad...

Su esposo regresó al día siguiente.

Sus ojos tenían una mirada oscura y salvaje, como si hubiera salido del infierno.

—Callum...

Él se acercó y la abrazó y le dio un beso ardiente.

—preciosa, casi me vuelvo loco sin ti—dijo.

—Qué pasó? ¿Por qué te llevaron?

—Fue un malentendido. No pensarás que yo lo hice... esa perra quiso perjudicarme.

—Y Samuel?

—No lo sé...

—Pero lo llevaron el mismo día que a ti.

—¿Te preocupa un simple criado? Pensé que yo era tu marido no Samuel.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo que salvar mi pescuezo, preciosa. Debo largarme de aquí. Pero ni una palabra a

nadie.

—¿Entonces huirás?

—Debo irme al norte y luego viajar a América. No puedo llevarte conmigo. Todo salió mal, maldición. Encontraron esa maldita carta... la muy zorra escribía un diario. ¿Cómo iba a imaginarlo? Lo hacía porque debía creerse una dama.

—¿Qué carta? De qué hablas' por favor dime la verdad, soy tu esposa.

Él se le acercó y la miró furioso.

—Maldita la hora que caí con esa estúpida zorra. No me dejó en paz. Quería ser mi esposa, porque se embarazó... pero el hijo no era mío, nunca acabé en su interior. No lo haces así con una cualquiera. Nunca me gustó dejar bastardos en este mundo. tengo sentimeint0ps, sabes? Los tengo. Y ella quería arruinarme. Quería contarte a ti que estaba esperando un hijo y como la ignoré dijo que iría a los periódicos y enseñaría las cartas. Contaría allí nuestra historia de amor... historia de amor. Patrañas. Nunca sentí nada más que deseo por ella, era bonita y me daba todo lo que quería.

—Entonces nunca dejaste de verla?

—Sí... yo la deje varias veces, pero siempre me buscaba. No me dejaba tranquilo. Me amenazaba con decirte a ti lo nuestro.

—¿Estaba esperando un bebé? —su voz se quebró.

—Sí, pero no debía ser mío. Estaba loca. Quería que te dejara ti por ella. creo que enloqueció luego de saber que sería madre soltera. Eso dirá el abogado. Es una buena defensa.

Amber comprendió que su marido lo había hecho y sintió un frío espantoso recorrerle el cuerpo,

—No puede ser...

—Pues se ha ido, está muerta, ella y ese bebé que decía tener. Quizás fue una mentira,

pensó que así me atraparía. Nunca quise que fuera mi esposa, por eso me casé contigo.

—Pero dormías con ella.

—Porque tú eras una niña vergonzosa en la intimidad, no me dejabas tocarte. Por eso. y ella tenía mucha experiencia, era una hermosa zorra rubia... y me daba todo lo que quería.

También ella había tenido que darlo todo, había tenido que perder el miedo y la vergüenza y someterse a sus lujuriosos deseos. Nunca era suficiente, era un hombre cruel y horriblemente sexual. No importara que tanto cediera a sus deseos y lo hicieran, él siempre quería más, por eso buscaba una amante. Porque tal vez ella lo hacía mucho mejor. Diablos.

Pero peor que saber que su esposo siempre le había sido infiel con esa mujer era sospechar que lo había hecho, que él la había matado. Seguramente contrató a un grupo de bandidos para que fingieran un robo y luego...

Tragó saliva y se sintió horrible.

—¿Por qué tenías que enredarte con esa mujer? ¿Por qué tuviste que arruinarlo todo?

Él la miró con fijeza.

—Siempre fuiste la única para mí, lo otro fue solo diversión, placer... era a ti a quien quería tener. Tú eres la mujer que amo preciosa. Pero no iré a prisión, no me atraparán. Me han dado una semana para hablar con mi abogado y elaborar mi defensa. Ni una palabra salió de mis labios y si dices algo de esta conversación...

—No diré nada...

—Pues no dirás nada, pero me iré de ese maldito país. Jamás debí venir... solo lamento no haberme ido antes cuando todavía estaba a tiempo, maldita sea...

Estaba furioso y Amber solo quería que ese hombre desapareciera de su vida. Era un loco malvado, un asesino... jamás pensó que sería capaz de tanta crueldad. Y ahora la amenazaba si decía algo...

—No diré nada, pero nunca más regreses aquí, Callum.

Él la miró furioso.

—Regresaré por ti un día, preciosa.

—No, no iré contigo a ningún lado. Diré a todos que enviudé y es lo mejor, porque si te atrapan y demuestran que eres culpable serás ahorcado por un delito capital. No escaparás. Debes irte con tu padre y que nadie te encuentre o morirás. Pero no regreses ni me busques Callum McNeil. No quiero que mis hijos sepan jamás lo que su padre hizo.

—¿Acaso has perdido el juicio? ¿Crées que renunciaré a ti? ¿Crees que abandonaré a mis hijos?

—Eso debías pensar antes de asesinar a esa infeliz. Has llegado demasiado lejos y otros pagarán por tu crimen. Samuel lo hará y no es justo. Él es tu amigo leal, de toda la vida y tú lo involucraste en esto y ni siquiera te has preocupado de su suerte.

—Es su culpa, fue un descuido. Si esto falló es por culpa de ese infeliz.

—Jamás debiste pedirle que hiciera algo tan horrible.

—Hizo cosas peores en América, yo le di un buen trabajo y una buena vida, no puede quejarse.

—¿Y dejarás que pague por ti?

La miró con odio.

—Mejor cállate. Alguien podría oírte.

No imaginó que sería la última vez que lo vería, pues ese mismo día desapareció sin dejar rastro.

Días después cuando fueron a buscarlo tuvo que decirles la verdad, que había desaparecido sin decirle nada.

El oficial estaba muy molesto y dijo con frialdad que lo encontrarían.

Se inició la búsqueda y Amber comprendió que no podía quedarse en Londres. Todos hablarían y el futuro de sus hijos estaba en juego. ¿Qué haría entonces? Llevaba un bebé en su vientre, un inocente y no podía quedarse allí a esperar que encontraran a su marido y lo ejecutaran.

Su abogado no apareció, pero los titulares de los diarios la crisparon. Decían que había ordenado matar a su antigua amante porque esta estaba embarazada y no quería que su secreto saliera a la luz.

Fue devastador. Comenzó a sentirse mal, sufrió dolores fuertes y entonces, de forma instantánea perdió su embarazo.

Una nueva tragedia se sumó a su vida. Acababa de perder a su hijo y eso la dejó muy triste y desolada, nada podía estar peor...

Pero tenía dos hijos en quién pensar. Debía velar por ellos...

Debía salir adelante y lo primero que decidió fue abandonar Londres cuanto antes.

Le escribió una carta a su prima, a su padre y luego pensó que tardarían más en llegar y que mejor sería ir personalmente.

Pidió a su doncella que le avisara a la mucama que preparara sus maletas para un viaje. Regresaría al norte, a Norfolk con su padre. No quería quedarse en Londres y tener que soportar interrogatorios sobre el paradero de su marido. Él estaba muerto para ella, desaparecido y eso de pronto le dio un alivio inmenso. Un alivio tan grande que saltó de la cama ese día y se sintió llena de energías. Como si alguien le hubiera quitado un peso de encima.

Hacía tiempo que sufría con ese hombre que soportaba sus abusos y maldades.

Y si acaso esperaba regresar a su país a buscarla, estaba muy equivocado. ¡No la encontraría! ¡Jamás!

—Señora, disculpe, ¿acaso se irá de viaje? —le preguntó el ama de llaves.

La mujer parecía alarmada.

—Sí, debo visitar a una tía enferma, recibí un mensaje ayer.

No diría a donde iba. Nadie debía saberlo. No sabía en quién podía confiar a esa altura.

Tenía que escapar, alejarse... claro que sabrían que estaba en Norfolk junto a su padre, pero al menos quería tener tiempo para alejarse y que no la siguieran.

Todo había sido una pesadilla para ella.

—Pero ha perdido a su bebé, debe hacer reposo y un viaje la debilitaría.

La señora Pratter era una pequeña entrometida, aunque de pequeña solo su apariencia, era una mujer dura y fuerte que siempre organizó la mansión y tuvo a todos los criados en cintura. Como una eficiente coronela...

Pero era una dama astuta y ella le tenía un poco de miedo.

—Debo hacerlo, mi esposo se ha ido señora Pratter, me abandonó y debo velar por mis hijos.

Su cara cambió, se volvió humana de repente, triste.

—Pero su esposo regresará señora, y todo esto se aclarará, estoy segura de eso.

—Por favor, señora Pratter, ¿a quién quiere engañar? Todo esto es una pesadilla y quiero despertar, quiero empezar una nueva vida con mi familia y criar a mis hijos lejos de Londres. Aquí siempre serán señalados como los hijos de un hombre que huyó... soy una esposa abandonada y eso también es una mancha para mí porque a pesar de haberme esforzado, de haber sido una buena esposa, mi marido nunca me ha tratado con decoro, pero esto... esto es lo peor que pudo hacerme.

La mujer se puso pálida y eso no era sencillo. Le daba la razón, lo vio en sus ojos. Pero estaba consternada, pensaba en el futuro de la mansión, de esa hermosa casa que ella había cuidado tan bien. Para mujeres como ella la casa era como una hija, su ser máspreciado. O como la casa era para un gato, no podía vivir lejos de su casa ni podría adorar otra casa ni a otros amos...

—Lo siento mucho, señora Pratter, todos ustedes han sido muy buenos conmigo y leales... veré cómo ... es que no sé qué pasará ahora. Mi esposo se ha marchado y sé que no regresará, pero por favor, no digáis nada de eso.

—No lo haremos señora, puede estar tranquila. Hemos hecho juramentos al padre del señor McNeil hace tiempo de siempre velar por su hijo y su familia. Por eso le pido prudencia y calma en momentos tan aciagos. Sé que no es fácil para usted, que está muy triste y desesperada pero no puede irse así, hay asuntos que debe resolver. Su esposo es un hombre rico y usted no puede quedar desamparada. Déjeme conversar con sus abogados... hay en esta casa tesoros que pueden venderse.

—Le agradezco su preocupación, pero esta casa y todo lo demás es de mi esposo y dudo que pueda tocar algo en su ausencia.

No quería nada de su marido, eso quiso decirle, sino su libertad, solo quería escapar y ser libre de nuevo. Parecía un sueño, parecía una utopía, pero ahora nada más le importaba.

Su padre la ayudaría, no era rico como antes pero su propiedad estaba bien cuidada y jamás le faltaría alimento ni protección. Él velaría por ella y sus pequeños, adoraba a sus nietos y luego, luego pensaría...

—Señora McNeil, aguarde, déjeme hablar con sus abogados porque en un caso como este usted no puede quedar pobre ni desamparada.

Su esposo no pensó en nadie más que en él, había huido sin más arrancándole la promesa de no decir palabra de su horrible confesión y ahora la conmovía pensar que una fiel sirvienta era mucho más sensata y considerada que su propio esposo.

—Está bien pero no me quedará más de lo necesario. Pronto vendrán a preguntarme por mi esposo y no quiero verme enredada en sus turbios asuntos. No sería justo, además.

—Eso no pasará, es usted una dama como pocas, señora.

Amber se emocionó cuando dijo eso. Quizás fuera cierto, pero eso no había tenido

ninguna recompensa para ella, su matrimonio terminaba de la peor forma posible con la fuga de su esposo y su abandono luego de haber matado a su amante. Pensar en ello la llenaba de rabia y dolor, ella no merecía eso... pero su matrimonio había sido un error desde el principio, era tan joven e inocente, tan confiada, jamás debió casarse con ese hombre.

Secó sus lágrimas y se dijo que no podía derrumbarse ahora, peores cosas habían tenido que soportar en ese matrimonio, debía ser fuerte y enfrentar lo que fuera. Así que miró a su fiel sirvienta y le dijo.

—Gracias señora Pratter, agradezco todo lo que ha hecho por mí y mi familia y confío en su consejo, pero... no me hago ilusiones, debo abandonar todo esto y no me importa hacerlo, se lo aseguro pues, aunque durante estos seis años de casada he disfrutado comodidades nunca he tenido paz. Tampoco he sido feliz.

Amber calló pensando que había hablado demasiado.

—Está bien señora McNeil, tenga calma pronto... pronto todo se solucionará. Tenga fe y deje que hable con el buffet de abogados.

Amber pensó que le haría bien tomarse un descanso pues acababa de perder un bebé y se sentía débil para hacer un viaje, aunque se moría por escapar se quedaría unos días hasta que se sintiera mejor.

Mientras, se dedicó a organizar su partida y decidir qué se llevaría al señorío de su padre.

Días después recibió la visita de uno de los abogados de su marido.

Estaba bastante tenso y nervioso, algo raro en él.

—Señora McNeil, debo hablar con usted.

Su voz era apenas audible y luego le rogó que vigilara que no hubiera nadie cerca.

Ella fue hasta la puerta y vigiló que no hubiera ningún criado y luego regresó con el

abogado.

—¿Qué sucede, doctor Murray?

Él la miró muy serio.

—Me he enterado de que su marido desapareció, que no estará presente en el juicio y, por ende, me deja imposibilitado de defenderle.

Ella asintió, pero no dijo nada.

—Señora, no puedo creer que su marido hiciera esto y la dejara a usted abandonada a su suerte con dos pequeños... ciertamente que así no se comporta un caballero.

Amber tragó saliva. ¿Y ahora se daba cuenta ese hombre que su marido nunca había sido en realidad un hombre digno ni un caballero?

—No sé nada de esto, él se marchó sin decirme nada... desapareció la misma noche que regresó doctor Murray.

Él guardó silencio, no sabía si porque no le creía o porque estaba pensando.

—Señora MacNeil, su doncella habló conmigo recién y quiere saber qué pasará con las propiedades de su marido si él no regresa. Me temo que dadas las circunstancias los bienes de su marido pueden ser confiscados... pero él tenía dos cuentas en un banco de Londres. Como su albacea puedo transferir ese dinero a nombre suyo y de sus hijos porque sería injusto que pasara estrecheces.

Amber pensó un momento en todo eso.

—Se lo agradezco mucho pero no me quedaré aquí, no quiero verme involucrada en este horrible escándalo. La prensa ha dicho cosas terribles estos días y casi no me atrevo a salir a la calle y señor Murray... es usted un hombre bueno y leal y se lo agradezco, pero solo quiero escapar. Quiero abandonar esta ciudad...

—Aguarde, no huya ahora o pensarán que sabe algo. Quédese y responda cada palabra en

mi presencia. Yo le diré qué debe decir.

—Qué?

—Sé que usted nada tiene que ver con esto, que es inocente pero esos oficiales querrán que diga dónde está su marido. En cuanto sepan que huyó y créame, lo sabrán vendrán por usted, querrán interrogarla y eso la pondrá en aprietos.

—Pero no sé dónde está señor Murray, se lo juro, él no me lo dijo.

—Su huida solo complica todo, señora, debió quedarse, pero irán tras él y si se esconde aquí en Londres lo encontrarán. debió confiar en mí, yo habría demostrado su inocencia.

—Otros pagarán por él supongo.

—No debe ser así, déjeme ayudarla señora McNeil.

—Entonces rematarán sus bienes sin haber sido condenado en un juicio?

—Su esposo estaba muy implicado en ese crimen, pero no de forma directa, él no lo hizo, mandó a otros a hacerlo sin embargo es tan culpable como los bandidos que cometieron el horrible crimen. Han atrapado a tres de ellos, además del señor Peterson.

Ella no dijo nada, impresionada por toda esa información. Si los secuaces hablaban entonces la condena de su marido sería inminente. Lo buscarían por asesinato.

—¿Y qué pasará con Samuel Peterson, doctor Murray?

—¿Acaso no lo sabe?

—¿Qué debo saber? ¿Qué ha sucedido?

—Samuel Peterson escapó de prisión. Nadie sabe cómo lo hizo, creen que se ahogó pues escapó por unos conductos subterráneos, pero huyó al día siguiente que lo hizo su marido.

—Cree que lo planearon?

—Tal vez... aunque dicen que ese hombre era un criminal peligroso de su país y que era intensamente buscado. Ignoro cómo es que empezó a trabajar para su esposo, pero ya había

estado en prisión antes por robo y también escapó de Nueva York y vino aquí de polizonte en un navío.

—No lo sabía, aunque imagino que ni mi esposo lo sabía.

—Pues todo es muy extraño, ¿no lo cree? Ambos desaparecen solo que no creo que Samuel regrese a Nueva York como hará su esposo seguramente. Las autoridades de ese país serán alertadas. Porque su huida solo confirma su culpabilidad.

Amber no imaginó jamás que al día siguiente un grupo de agentes se presentaría en la mansión para registrar cada palmo en busca de su marido y que luego ella sería interrogada de forma exhaustiva.

Fue una pesadilla.

El agente principal un hombre alto y de mirada intensa la miró con fijeza como si ella escondiera algo. Le costó mucho mantener la calma, pero dijo lo que sabía, su marido había desaparecido la misma noche que lo dejaron libre.

Su ama de llaves entró en el recinto y la defendió, estaba muy alterada por la presencia de los agentes revisando la mansión sin ningún cuidado.

El agente le hizo un gesto de que se callara y Amber se crispó.

—Mi esposo no está aquí, por favor, controle a sus hombres porque la señora Pratter tiene razón. destrozarán todo.

—Señora MacNeil, solo cumplo con mi deber y me temo que tendré que regresar a hacerle preguntas en otra ocasión... si sabe algo o recuerda algo le pido que me avise porque será más sencillo entonces.

Amber vio irse a ese hombre con alivio. Qué tipo tan rudo y desagradable. Bueno, por algo era uno de los jefes de los oficiales, su labor debía ser desagradable, pero ella no tenía por qué ser sometida a ese destrato. Como si fuera culpable de algo de lo que había hecho su marido. Era el colmo...

—Señora, avise al doctor Murray. Esto no puede continuar, van a destrozar toda la casa.

—Por supuesto señora Pratter, llame al abogado de mi esposo.

Fueron días de pesadilla para Amber y a duras penas pudo organizar su partida.

Solo su abogado supo que regresaría a Norfolk y le firmó un documento para que pudiera rentar luego la mansión y evitar que confiscaran todos los bienes de su marido desaparecido.

Estaba harta de tener que responder siempre las preguntas del oficial, se sentía horriblemente perseguida y acosada como si toda la culpa de la desaparición de su marido cayera sobre ella. era tan injusto, pero imaginó que algo así pasaría. Pero en los momentos más tristes tuvo a ese pequeño ejército de criados que la defendió y a atendió a ella cuando siempre habían sido muy leales a su esposo, pero como el amo no estaba, los había abandonado comprendían su desgracia y le habían brindado su apoyo en todo momento.

No había sido fácil, todo parecía estar en su contra...

Viajó a Norfolk con sus hijos la semana entrante.

Llevó un cargamento importante y pensó que ahora estaría a salvo del escándalo de Londres. Miró a su alrededor fascinada. Estaba en casa, de nuevo en su hogar... respiró hondo y suspiró. No había nada más hermoso y se dijo que había llegado al final de la aventura, a la aventura que comenzó aquella primavera cuatro años atrás, cuando viajó a Londres para olvidar al conde de Rushton y terminó convertida en la esposa de un hombre tan cruel y malvado...

No quería pensar en eso, trataba de apartarlo de su mente, sabía que debía dejar atrás su pasado, pero eso le llevaría mucho tiempo.

Su padre fue a recibirla caminando con su bastón.

—Amber, hija, has venido a visitarme. ¿Dónde está tu esposo? ¿No ha venido contigo?

Su padre no sabía nada. Qué bendición. Pero eso significaba que tendría que decirle la

verdad. todavía no estaba preparada, no quería disgustarle.

—No pudo venir... pero me quedaré un tiempo con los niños, luego te explicaré padre.

Su respuesta le sorprendió, pero no dijo nada. Estaba tan feliz de verlos de nuevo. Sus pequeños corrían por todas partes y hablaban hasta por los codos. Les gustó mucho la mansión campestre pero no dejaban de preguntar cuándo regresaría su padre.

Amber no quería ni pensar en su esposo en dónde estaba ni cómo se las habría ingeniado para escapar. Ahora no quería pensar en eso sino en el futuro de sus hijos.

Solo esperaba que nunca más regresara, que no la buscara, no tenía derecho a hacerlo...

Entró en la mansión y se sintió tan bien. los criados le habían preparado la habitación matrimonial, pero en vez de compartirla con su esposo la compartió con los mellizos y ellos estuvieron encantados de poder dormir a su lado en esa inmensa cama. todo les parecía divertido y novedoso.

—Hija, debo hablar contigo...

Ella lo miró levemente inquieta. Habían pasado unos días increíbles en la mansión campestre, sus hijos estaban felices.

—Claro, padre...

—Debo haceros una pregunta y espero que no os ofendáis conmigo, pero. tengo que saber la verdad.

Ella esperó con el aliento contenido, nerviosa.

—Has abandonado a tu esposo por eso no tienes prisa ni quieres saber con regresar a Londres?

Amber pensó que era tiempo de decirle la verdad.

—No es lo que crees padre... yo debo contaros todo, desde el principio... no ha sido un

matrimonio feliz para mí. Pero sin embargo siempre lo intenté, siempre esperaba que él cambiara, pero él me era infiel con otra mujer. Tenía una amante y...

Rayos, cómo podía decirle la verdad sin que se sintiera conmovido y triste.

—Esa mujer fue asesinada hace semanas y no pensé que mi marido tuviera que ver, pero él vino un día y me pidió que viajáramos a Nueva York. Quería regresar con su padre porque dijo que sus negocios no iban bien y no quería seguir gastando dinero en este país.

—Y qué pasó entonces?

—Pues cuando llegamos al puerto aparecieron policías y lo detuvieron... él lo hizo padre, él la mató... no fue él claro, envió a Peterson y a otros secuaces a hacer el trabajo.

—Eso es terrible. ¿Entonces está en prisión?

—Escapó, se fugó cuando le dieron libertad hasta el juicio. No sé dónde está, pero sé que no regresará. No podría demostrar su inocencia.

—Es terrible, los niños... tarde o temprano lo sabrán. Sabrán que su padre es un bandido.

—Diremos que murió padre, llevaré luto y diremos a todo que soy viuda. No hay otra alternativa. Él no regresará quizás esté muerto porque no sé si logró escapar a América. No llevé dinero consigo y... la policía no me dejaba en paz, me atormentaron durante días, querían que les dijera donde estaba mi esposo, pero yo no dije nada. Si lo atrapan lo matarán, será condenado a la horca por ordenar el asesinato de su amante.

—Pero ¿cómo es que lo condenaron? ¿Qué pruebas tenían?

—Ellos eran amantes desde antes de nuestra boda, padre, apenas llegó a este país con su padre conoció a esa joven y creo que ella esperó que la hiciera su esposa, pero eso no pasó. Luego me conoció a mí y quiso que yo fuera su esposa. Pero siguieron viéndose, él nunca la dejó... entonces ella lo escribió en su diario. Estaba esperando un hijo y le exigió que me abandonara y que ambos se fugaran a América. Mi esposo no quiso hacerlo, él dijo que yo era la única para él. Pero no fue un buen esposo, y no niego que su abandono más que dolor me causa

alivio padre.

Su padre estaba demasiado impresionado para hablar.

—Comprendo hija. Ese hombre era un demonio y me horroriza pensar que fingió ser un caballero, que todo el tiempo... debí imaginar que no era quien decía ser. Tú no eras feliz, pero pensé que era porque no estabas lista para el matrimonio y en ocasiones los primeros tiempos son difíciles. Pero lo que me cuentas nunca...

—No quise preocuparlos, papá, estaba atrapada en ese matrimonio y él dijo que me mataría si lo abandonada. Tuve mucho miedo. él se mostraba muy agradable con todos, era encantador, alegre, pero como esposo era un tirano, un hombre desconsiderado y cruel... pensé que podría cambiarlo, me aferré a que ser padre lo cambiaría y por un tiempo todo mejoró, es verdad. estaba feliz con los niños, pero no pudo terminar su relación con esa mujer, no podía dejarla y eso al final fue su ruina.

—Hija mía lo lamento mucho, y creo que tienes toda la razón al pedirme que diga a todos que has enviudado. Es lo que debemos decir. Deberás llevar luto por un año y te quedarás aquí. No es buena idea que regreses a Londres. La policía no tiene derecho a perseguirte y no lo permitiré. Y si se atreven a venir aquí les enviaré al abogado sir Charleston. Tiene bien ganada su fama de león.

—Espero que no sea necesario... padre no sé si podré vivir aquí, temo que mi esposo regrese un día o que la policía quiera culparme. He tenido horribles pesadillas...

—No pienses así por favor, hija esta siempre ha sido tu casa y no permitiré que te vayas. Sin esposo, sin nadie que vele por ti. Debes quedarte. Aquí estarás a salvo.

Pero Amber no se sentía tan segura. Trataba de no pensar en eso, pero pensaba que no podría quedarse para siempre allí. Pensaba en su esposo. por más que dijera a todos que había muerto tal vez estuviera vivo y él dijo que iría a buscarla un día y estaba segura de que ese sería el primer lugar donde la buscaría.

—Lo siento mucho, hija, jamás imaginé el calvario que vivías con ese hombre, es terrible que sufieras tanto por tus hijos. Ningún hombre debe tratar así a su esposa ni a ninguna dama.

—Ya pasó... ahora quiero olvidar, padre. No quiero que me encuentre, nunca más regresaría a su lado.

Sin embargo, no pudo escapar del escándalo y semanas después muchos se enteraron de que su marido no había muerto como ella decía, sino que se había fugado al nuevo continente luego de estar involucrado en la muerte de una señorita.

Cuando supo que había llegado el condado ese chisme pensó que moriría de pena. No podía ser. ¿Quién lo había hecho? ¿Acaso la malvada señor Potts de nuevo?

No tenía paz, nunca tendría paz...

Su padre comprendió su angustia, pero ¿qué podía hacer al respecto?

—Mi esposo me ha arruinado, padre, nunca estaré libre de este escándalo.

—Ten calma, hija, nadie puede decirte nada ni culparos...

Sus parientes, los que fueron a conocer a los mellizos, se alejaron de forma gradual. Solo su mejor amiga fue a visitarla como siempre y se quedó un buen rato charlando.

No había tenido valor de contarle, no quería hablar de eso.

Pero las visitas dejaron de llegar a la mansión.

—No te preocupes, Amber, todo pasa en esta vida y en verdad que nadie puede culparte de nada.

—Es que siento mucha vergüenza padre, ¿qué será de mis niños? ¿Qué futuro les espera? Cuando crezcan se enterarán de la triste verdad. de lo que su padre hizo.

—Falta mucho para eso, cariño. Deja de preocuparte.

—Siempre pienso en el futuro de mis hijos, ellos son lo más importante para mí, padre.

—Necesitas un esposo, hija. Necesitas un esposo bueno que cuide de ti. Me pregunto si el caballero Rushton... creo que él no te ha olvidado y se sintió tan mortificado ese día, el día que vino tu esposo y se enfadó tanto.

Ella tembló ante la mención del conde.

—Ya es tarde para pensar en tonterías románticas padre, tengo dos hijos en quién pensar ahora. Eso no podría ser... ya no puede ser.

—Pero tú lo amabas, cariño. Sé que lo querías, pero él pensó que eras muy joven y por eso no pidió tu mano, por eso no insistió, pero mucho lamentó su decisión.

Ella no quería hablar del conde, la perturbaba demasiado.

—Eso es parte del pasado padre.

Sin embargo, días después cuando lo vio entrar en el gran salón para una tertulia de artistas y escritores tembló.

Tuvo la sensación de que se detenía el tiempo y que todo volvía a comenzar. Como la primera vez no podía ser... de nuevo ese amor volvía a su vida para atormentarla, para hacerla sufrir, pues lloró mucho cuando tuvo que regresar con su esposo a Londres y renunciar a ese imposible.

—Señora MacNeil, ¿cómo está usted?

Su mirada era intensa, pero la saludó como todo un caballero.

Ella quiso correr, ciertamente que habría preferido evitar ese encuentro, pero no pudo escapar. Fue demasiado tarde para hacerlo.

—Sir Rushton. Encantada de verlo.

Hablaron un momento y de pronto aparecieron sus pequeñines, que al parecer habían escapado de la sala de juegos para acercarse a ella. la niña corrió y la abrazó y su hermano la alcanzo poco después. Sus dos amores, sus dos angelitos.

El conde miró a ambos y sonrió, conmovido. Vio que la niña tenía el mismo cabello castaño con reflejos rojizos y los mismos ojos y se acercó a ellos.

—Son sus hijos señora MacNeil? Son hermosos. Parecen dos querubines.

Amber tuvo que tomar en brazos a la niña porque no dejaba de tironearle del vestido con insistencia.

Ella sonrió.

—Es verdad, son mis ángeles, mis niños.

—La felicita señora MacNeil y lamento mucho lo de su esposo.

Ella tragó saliva ante la mención de Callum, no pudo evitarlo y asintió.

—Si necesita algo, por favor... avíseme. Todavía me considera un viejo amigo, ¿no es así?

¿Un viejo amigo?

—Por supuesto, señor Rushton—respondió.

Pues ojalá solo fuera un viejo amigo. El corazón de Amber latía sin parar preso de una gran emoción.

—Gracias sir Rushton. Discúlpeme por favor, debo regresar a la casa.

El conde la miró con pena, con una extraña pena.

—Lo siento mucho, señora MacNeil—dijo.

Ella lo miró sorprendida, pero él no dijo más que eso.

No se quedó conversando con él, demasiado atribulada se sentía por ese encuentro, habría deseado evitarlo. No quería sufrir más, ¿es que su dolor nunca terminaría? Todavía lo amaba, no podía ser... ¿qué clase de amor vencía el tiempo, la tristeza, el abandono? ¿Por qué? ¿Por qué todavía sentía que era una jovencita enamorada que moría por él?

Ya no era esa joven inocente y soñadora.

La vida la había golpeado. Había crecido deprisa. Ahora era una mujer sola con dos hijos que criar. Un lugar donde jamás imaginó estar y, sin embargo, sentía alivio de que todo hubiera terminado.

Regresó a la casa con sus niños y pensó en alejarse, pero su padre le pidió que los acompañara en la tertulia.

—Te hará bien conversar, ver personas. Pasas mucho tiempo aquí encerrada.

—No puedo padre, ahora no... No estoy preparada. Todos saben que...

Su padre la miró con pena.

—Lo entiendo, pero debes sobreponerte. Ha sido todo tan injusto... nadie puede juzgarte, nadie puede hacerlo. No es tu culpa y tú debes volver a ser la de antes.

Amber supo que eso no era posible, las maldades de su esposo no tenían fin y la perseguían hasta en su casa.

Amber evitó la compañía del conde enfadada por las emociones que ese hombre todavía despertaba en ella. no quería volver a enamorarse, ni a sentir que sufriría por amor. Demasiado había sufrido en esta vida por causa del amor.

Además, ella le guardaba rencor por no haberle hablado antes, por no haber podido evitar esa boda...

Comprendía que sus sentimientos eran un poco absurdos. Pero no era solo eso...

Sentía una horrible angustia al pensar en su futuro. Su padre estaba mayor, nunca se quejaba, pero no era el mismo desde la muerte de su madre. Se veía tan frágil.

Temía que algo le pasara, y sabía que él también estaba preocupado por eso. esperaba que encontrara otro esposo, pero cómo buscar uno si el suyo...

El conde de Rushton no podía ser ese hombre.

Sin embargo, él estaba allí cerca como si esperara...

Amber fue a dar un paseo para disfrutar un poco de sol, necesitaba tomar aire y disfrutar el paisaje, sentirse allí, libre feliz...

Ahora que él no estaba comprendía que su matrimonio había sido un tormento, que durante el tiempo que duró él hizo y deshizo a su antojo, dispuso de su vida, su cuerpo, tomó todas las decisiones hasta dejarla en la ruina...

No le importaba el dinero, pero sabía que sus hijos habían sido despojados y solo rezaba para que ese escándalo se calmara.

Apartó esos pensamientos y pensó que al menos sus hijos heredarían esa propiedad que no estaba atada al mayorazgo ni a un Fideicomiso. Todo sería suyo y de sus hijos cuando llegara el momento. ¿Pero qué pasaría cuando hicieran preguntas por su padre? ¿Cuándo supieran la verdad?

Respiró hondo y se sentó en la hierba fresca.

Era tan gratificante la sensación de libertad. Poder disfrutar de cada minuto sin pensar que él no estaba...

Pero sí estaba, por desgracia todavía no podía desprenderse de la inquietante sensación de que podía regresar. Por más que su padre le dijera que todo había terminado y que seguramente no regresaría...

No se sentía tranquila, por momentos tenía la sensación de que él estaba cerca. Quizás fuera muy pronto para superar todo eso, demasiado pronto...

Mientras emprendía el camino de regreso lo vio allí en su caballo y tembló.

Él no la eludió, no fingió que no estaba allí, había notado que iba a menudo a la mansión para conversar con su padre y participar de esas tertulias de caballeros cultos tan serios.

No se había casado, lo sabía bien, y la miraba como si nada hubiera pasado, como si el tiempo se hubiera detenido y eso la afectaba.

Pensó en escapar, en correr, quiso hacerlo. sabía que, si se acercaba demasiado, si lo hacía entonces todo comenzaría. Volvería a enamorarse, a desear estar con él y luego sentiría que eso no podía ser, pues, aunque ya no tenía esposo todavía la seguía su fantasma. Su fantasma, la vergüenza y el dolor que todavía estaba muy vivo en su pecho.

Amber supo que no escaparía esta vez y se detuvo para saludarlo, pues habría sido descortés hacer algo diferente.

Él se acercó en su caballo despacio.

—Señora MacNeil.

—Por favor, dígame lady Amber.

Quería que dejaran de llamarla por el apellido de su marido.

—Está bien, lo siento. Quería hablar con usted por favor. ¿Podría acompañarla?

—Sí, por supuesto.

El conde bajó del caballo y se le acercó.

Amber tembló al sentir su presencia, habría querido evitar esa conversación, pero se daba cuenta de que no podía.

—Lady Amber, lamento mucho lo que pasó ese día aquí, hace tiempo. habría querido... quise interceder, pedirle que no aceptara volver con su esposo, pero su padre me hizo comprender que no era correcto. Usted estaba casada con el señor MacNeil y no podía abandonarle.

Amber tembló no esperaba que le dijera eso ahora.

Ella pensó que no tenía sentido fingir ni responder algo amable.

Lo miró con tristeza y le dijo:

—No habría podido escapar entonces, sir Rushton. Escapé porque mi marido huyó, me abandonó. Pero no soy libre, ¿comprende? Y tengo que pensar en mis hijos ahora.

Trató de espantarlo con esas palabras, hasta su voz se oyó fría, cortante. No quiso hacerlo, pero... ¿qué importaba el pasado? ¿Qué importaba que un día hubiera estado loca de amor por ese hombre?

—Me indigna pensar en lo que ese hombre le hizo sufrir, habría deseado hacerle pagar por esto, lady Amber. No puedo creer que hiciera eso—dijo el conde mirándola con intensidad. Estaba indignado, pero la amaba, todavía la amaba.

—Hay muchas cosas que usted no sabe, sir Rushton. Y es mejor así, no deseo que sienta culpa ni rabia. Debo continuar con mi vida, y mi vida ahora son mis hijos. criarlos.

—Pero no podría hacerlo sola, lady Amber. ¿Quién cuidará de usted cuando su padre no esté?

—No deseo pensar en eso.

—Déjeme ayudarla, como su amigo, déjeme velar por usted y sus niños. Yo los cuidaría como si fueran míos.

Ella lo miró sorprendida.

—No puedo aceptar su ayuda ahora, sir Rushton, lo siento, pero...

—¿Aún me guarda rencor, lady Amber?

—No es eso, pero...

No era el momento, no era la ocasión, su vida se había convertido en un infierno y ahora que al fin había encontrado un poco de paz, como un barco a la deriva que finalmente había logrado elevar amarras y estar en tierra firme llegaba ese hombre, el gran amor de juventud para agitar el agua y arrastrar su barco de nuevo a la deriva. No, no podía permitirlo.

—Sir Rushton. ¿Qué pretende usted? Soy una mujer triste y atormentada. ¿Es que no lo ve? Solo quiero un poco de paz ahora, solo eso.

Ya no era una debutante, ya no era una jovencita impulsiva enamorada de un hombre que

no tuvo el valor de hablarle cuando fue el momento. Él había roto su corazón por su indiferencia ya hora... ¿ahora qué diantres? ¿Por qué estaba allí acechándola? Ni siquiera era una mujer libre para corresponderle.

Él la miró apenado.

—Lo siento mucho, no quise incomodarla. Perdóneme usted. Solo quería que supiera por qué actué como lo hice ese día y también decirle con el corazón que todavía la amo, siempre la he amado lady Amber. En lo más profundo de mi corazón, por más que pensara que era una insensatez, siempre la he amado y nunca he dejado de pensar en usted. Ni un solo día—dijo y notó la emoción en su gesto, en voz. Esa alteración que decía que era sincero y que le hablaba con el corazón.

Ella sintió su corazón latir de forma violenta, parecía un caballo desbocado corriendo a toda velocidad.

—No es justo, no ahora. Ahora que ya no puedo...

—Lo sé, pero tenía que decírselo y decirle que si necesita mi ayuda... Le aseguro que jamás estaría desamparada, lady Amber.

Amber sintió que necesitaba alejarse para asimilar todo eso era demasiado brusco, inesperado y Rayos, era como el hambriento en una tienda llena de exquisitos manjares, hambrienta y sin dinero para poder comprar un solo bocado porque no podía, no estaba a su alcance...

—Sir Kendall... ¿por qué me dice esto?

Ella se detuvo cuando su primer impulso fue escapar, pero atrapad, acorralada solo pudo pararse y enfrentarle. Estaba furiosa, herida, pero también sentía cosas en su corazón, no todo había muerto como pensaba. No era un amor del pasado o quizás porque fue su gran amor del pasado que no lograba decir una frase cortante, certera y alejarse.

Iba a hacerlo, iba a decirle algo duro porque ahora no era el momento y porque por más

que ahora se echara a sus pies y le pidiera matrimonio: ella no podía aceptarlo. No era una mujer libre, y además de eso, estaba tan herida que solo pensaba en estar sola sin tener que estar sometida al yugo de un esposo cruel y tirano nunca más.

Entonces se enfrentó a su mirada, a su tristeza, y al tormento de un hombre solitario que era un digno caballero y la amaba, siempre la había amado, pero demasiado tarde se lo decía, su propia tristeza y dolor, lo que vio en sus ojos la desarmó.

—Perdóneme lady Amber, por favor. No le diré que olvide mis palabras porque eso sería negar mis sentimientos por usted y sabe que son auténticos. Le pido perdón por abrumentarla, por hablarle ahora. En mi desesperación creo que he sido egoísta, no he pensado en lo que ha sufrido por haber perdido a su esposo y...

—¿Cree que sufro por haber perdido a mi esposo? pues no es eso, sufro por el final de mi matrimonio, un final que fue tan malo como el resto de mi vida conyugal. Yo nunca fui su esposa, era su esclava, sir Rushton y ahora solo le pido a Dios que ese hombre nunca me encuentre aquí, que jamás se acerque a mí o a mis hijos.

Él la miró impresionado.

—¿Acaso teme que él regrese, señora Amber?

—Lo haría si pudiera, él quiso que huyéramos a Nueva York y supongo que hacia allí se dirigía esa noche luego de fugarse de Londres, pero no dije nada a la policía. Ellos lo imaginaron, pero sabe cómo es... quizás envíe a sus hombres a buscarme. Lo conozco bien y si está vivo, no se rendirá. Su padre es muy rico y querrá demostrar su inocencia, aunque sea culpable... él no lo hizo, pero pagó a otros para que mataran a su amante y... me lo confesó esa noche. ¿Pero cómo podía decirle todo a la policía? Él era mi esposo y no quería que lo mataran... yo fui débil, pero es que odiaba a esa mujer, ella era la amante de mi esposo, lo fue desde el principio y nunca pudo librarse de ella, por eso la mató y no lo justifico, es horrible, pero... no podía delatarle. Era su esposa.

—Ha sido muy valiente lady Amber, ha sido noble su proceder y no la juzgo por ello, al contrario, comprendo que era su esposo y no podía delatar su confesión. Solo pienso que ...

—Él me habría matado si yo lo dejaba, sir Kendall. ¿Cree que no lo pensé, que no lo intenté? Vivía encerrada en Londres, confinada en esa lujosa mansión. No podía ver a mis padres, no me permitió venir al funeral de mi madre. Si yo decía algo, además, él me habría matado y yo debo pensar en mis hijos ahora. Todavía temo por ellos y siempre sentiré terror de que él quiera quitármelos un día. Porque son sus hijos y sé que los amaba.

—Lady Amber, cuente conmigo por favor. Soy su amigo y le ruego que no deje nuestra amistad. Ahora lo que usted necesita es mi amistad y consejo y quiero que cuente con ello.

—Pero usted no es mi amigo, es el hombre que amé tantos años y que nunca pude olvidar. A pesar de todo, a pesar del tiempo y de todo lo que ha pasado en mi vida. no puedo pensar en usted como un amigo. agradezco su ayuda, su consejo por supuesto, pero no sería mi amigo...

Su mirada cambió.

—Entonces no me rechace por favor, sea mi esposa ahora y acepte mi tutela y protección, la necesita. Yo no le pediré nada a cambio, pero le aseguro que el señor McNeil jamás se acercará a usted, no lo permitiré.

—¿Su esposa? ¿Me pide que sea su esposa?

Amber se emocionó y él se acercó y tomó su mano con timidez.

—Por favor, sé que me necesita ahora más que nunca lady Amber y si todavía siente algo por mí... no se preocupe por nada, déjeme ayudarla, cuidar de usted protegerla...

—Pero todavía tengo esposo, él no murió y si murió nunca lo sabré.

—Puedo pedir la anulación en Londres, tengo amigos en el parlamento y ellos podrían ayudarme a anular esa boda. Conozco a buenos abogados y podríamos casarnos en Escocia si no logramos hacerlo aquí.

Amber comprendió que no podía decirle que no, que era una oportunidad única, su antiguo enamorado le estaba pidiendo matrimonio y eso no ocurriría dos veces. Le ofrecía su ayuda, su amor y protección. ¿Qué más podía pedir?

—Solo tiene que decir que sí, lady Amber.

—Yo, no sé qué decir, me da mucho miedo, pero...

—Lo sé, entiendo que está asustada y se sentirá abrumada ahora, pero por favor, durante años quise pronunciar esas palabras, iba a hacerlo, pero me faltó coraje y luego el tiempo había pasado y usted era la esposa de otro hombre. pero de alguna forma el destino ha vuelto a encontrarnos. O quizás fue voluntad de Dios...

—Pero no sé si sea el momento oportuno, sir Rushton... es lo que siempre he soñado, pero temo que ahora estoy tan lastimada que...

—Lo sé y me apena el corazón verla así, me siento culpable de ello en parte.

—OH no diga eso. Fui impulsiva y me dejé atrapar por ese hombre. yo pensaba que me amaba... me convenció de ello.

—Pero sí fue mi culpa, de haberle hablado antes, de haber tenido el coraje entonces... nada de esto habría pasado y no habría sufrido todo lo que sufrió lady Amber.

—No se culpe por favor o pensaré que me pide matrimonio por esa razón.

—Oh no es así, no piense eso. Por favor, piense en mi propuesta, no me responda ahora pues imagino que se siente abrumada, pero... Hablaré luego con su padre para pedir su mano, pero no lo haré si decide rechazarme.

Ella no le respondió entonces y regresaron a la casa en silencio.

Pero una honda emoción la embargaba, solo reaccionó cuando estuvo a solas ese día y pensó en sus palabras. Le había pedido matrimonio, le había rogado que fuera su esposa y le dijo que haría lo que fuera para que pudieran casarse. No había impedimento, solo su propia inseguridad y temor. Él estaba dispuesto a mover cielo y tierra para convertirla en su esposa...

Era un sueño hecho realidad. ¿Cómo pudo rechazarle o pedirle tiempo? debió aceptar. Debió hacerlo. quizás luego lo considerara...

Luego de su entusiasmo y júbilo sintió una inesperada tristeza.

No sabía qué le pasaba, pero de pronto tuvo mucho miedo.

Había soñado tanto ese momento, lo había deseado tanto en el pasado, pero luego pensó que era imposible y ahora...

Ahora que acababa de lograr su libertad, de tener un poco de tranquilidad y bienestar ¿por qué querría atarse de nuevo en un matrimonio que no sabía si iba a resultar? Lo amaba sí, estaba loca por el conde, pero eso no le daba garantías porque él era un hombre serio y taciturno, un erudito y también: un solterón. Con sus mañas y cosas propias de un solterón.

Y no solo se casaría con ella, también debería ser un padre para sus dos pequeños que eran dos diablillos en ciernes. La mudanza a la mansión de campo de su padre los había cambiado porque además él era muy blando y estaba encantado de tenerles allí, eso y el hecho de que extrañaban a su padre y no habían dejado de preguntar por él.

Podía no resultar.

El caballero quizás solo quería ayudarla en esos momentos tan difíciles y luego comprendería que había cometido un error y que por su propia nobleza se vería obligado a soportar a una esposa y a sus hijos, que...

Amber se sintió llena de dudas y sin embargo logró dormir profundamente como no lo había hecho en mucho tiempo.

Pasó días pensando y lo más difícil era no ser capaz de tomar una decisión ahora pues su corazón anhelaba aceptar, de eso no tenía dudas, pero luego temía que no fuera posible.

Todavía estaba casada, su esposo seguramente prófugo en otro país.

No podía volver a Inglaterra, pero podría enviar a alguien a buscarla.

¿Y qué haría entonces? ¿Quedarse a esperar a que todo ocurriera?

Debía seguir adelante con su vida, debía ser capaz de casarse con el hombre que amaba, el único hombre que había amado en realidad. No podía quedar atrapada en el pasado. No era justo. Merecía ser feliz, o al menos intentarlo.

Pero antes de tomar una decisión al respecto quiso hablar con su padre y pedirle consejo. Era un hombre sensato y muy sabio.

Aguardó impaciente una oportunidad y de repente lo vio en la biblioteca y decidió ir a hablarle.

—Padre, debo hablar contigo—le dijo.

Él la miró algo sorprendido.

—Hija mía, adelante. Siéntate por favor.

Ella obedeció y luego bajó la mirada mientras buscaba las palabras. En un momento se sintió como una colegiada de nuevo ilusionada por su primer amor.

—Padre, no sé cómo decirte esto, pero... Sir Kendall Rushton me ha pedido que sea su esposa.

Esas palabras no lo asustaron, ni causaron sorpresa en su padre, ¿acaso ya lo sabía?

Tuvo la sensación de que sí lo sabía, algo en sus ojos...

—Lo suponía hija, ese hombre siempre te ha amado y supuse que solo esperaba el momento para hablarte. Ha estado muy cerca de ti siempre, en pensamiento, y en su corazón, pero ahora se ha atrevido a dar un paso más.

—Pero no sé qué decirle, me da mucho miedo... todavía tengo un esposo padre, no estaría bien que luego, si él regresa... es terrible.

—Es verdad. No sabes qué pasó con tu marido, pero debes comprender que él no

regresará hija.

—¿Tú crees? No lo conoces padre, él era muy obstinado y...

—Amber, si Callum McNeil regresa no creo que tenga derecho a recriminarte nada. No puedes seguir casada con ese hombre y yo creo que debes dejar que sir Rushton solicite el divorcio.

—Pero el divorcio es muy raro en este país padre y por más que lo consiga eso no significa que podré volver a casarme.

—Ese hombre es un malvado, Amber, un asesino... Oh, me siento culpable, no debí permitir que regresaras a su lado. Ahora que sé cuánto daño te ha hecho, ahora que sé que hizo algo tan horrible. Es un malvado, un alma negra y me horroriza pensar que tenga la osadía de regresar. No tiene derecho a hacerlo. tú debes defender tu separación, si solicitas el divorcio ningún juez tendría derecho a negártelo porque tu marido fue acusado de algo terrible. Tú no puedes seguir casada con él. Y si tú temes que él regrese más que nunca debes solucionar ese asunto. Tengo buenos abogados, podemos hacerlo ahora. No es necesario que le respondas al caballero, hija. Sir Rushton ha esperado tanto para hablarte y ahora quizás no estés lista para tener nuevamente un esposo.

—Es verdad, pero si se ofende o luego cambia de parecer. Si no resulta... debo pensar en mis hijos padre.

—Hija mía, ahora lo ves todo gris porque estás herida y por eso te cuesta mucho confiar, pero debes arriesgarte. Creo que cometí un error hace mucho tiempo al evitar que te casaras con sir Rushton solo porque creí que la diferencia de edad era importante, pero creo que me equivoqué. Me dejé llevar por un tonto prejuicio y, además, creí que era un solterón empedernido y nunca pediría tu mano. Pero ahora veo que todo ha cambiado creo que realmente ese caballero te ama y por eso nunca, él nunca se casó esperando por ti, por la mujer adecuada. Creo que es como yo, somos hombres de un solo amor, de una sola mujer y espero que todo salga bien hija

mía, porque es todo un caballero y nunca tuve nada que decir de él, solo pensaba que eras muy joven entonces.

Amber se emocionó cuando le dijo eso porque sabía que era verdad.

Debía tomar una decisión y arriesgarse.

—Hija mía, si tu madre estuviera aquí te diría que no perdieras la oportunidad de ser feliz —dijo su padre entonces.

Esas palabras la emocionaron, su padre también parecía emocionado.

—Siempre quisimos lo mejor para ti, pero nos equivocamos, cometimos algunos errores. Jamás debimos aceptar que te casaras con Callum MacNeil. Parecía un joven tan encantador y entusiasta. No quise tener prejuicios por su falta de clase porque su familia hizo dinero en otro país, pero... no fue por eso supongo, no fue su falta de clase, su falta de moral y su falta de nobleza de carácter.

—Padre, no debe culparse por ello, yo quise casarme, él era alegre y me sedujo, yo creía que realmente se había enamorado de mí al conocerme y en cierta forma fue así, pero...

—No es la clase de amor que tú necesitabas, hija. Ahora olvida el pasado, deja atrás tu dolor, al menos intenta cambiar tu vida porque si te quedas sola aquí con un anciano serás vulnerable. Siento ser tan franco ahora pero ese hombre está aquí como un fantasma, en tus pensamientos, en tus miedos y eso no es bueno, no puedes vivir así. Si aceptas a sir Rushton tendrás a tu lado un esposo bueno y leal, un verdadero caballero que cuidará siempre de ti y de tus hijos—hizo una pausa y continuó—Además te defenderá de ese demonio. Sabes a veces me lamento... lamento haber detenido ese duelo aquella vez que vino MacNeil furioso a buscarte y te acusó de algo horrible. Noté que ese hombre no actuaba como debía hacerlo un caballero, pero era tu marido y tú no podías abandonarle, no habría estado bien hacerlo y creí que era lo correcto, pero ahora me pregunto si era lo correcto pues de haber dejado que ambos se batieran a duelo el conde de Rushton lo hubiera matado sin dudar. Porque él vio antes que nadie la clase de

hombre que era me habló, me lo dijo, dijo que no podía permitir que siguieras casada con ese malvado. Yo creí que hablaba por celos, porque comprendí que él quería que fueras suya un día, su esposa, y por eso trataba de deshacer tu boda. No le di la importancia que tenía, lo siento mucho, hija. Debía protegerte y te fallé.

—Padre, no hable así por favor, no es tu culpa. Él no me habría dejado ir, de no haber ocurrido esa desgracia en Londres jamás habría podido escapar viva de ese hombre. Usted no sabe, no lo conoce, pero me quedé con él por esa razón. estaba asustada y atrapada, pero tiene razón en decirme que debo arriesgarme y alejar su fantasma de una vez. No puedo vivir con miedo, aunque temo que su fantasma y el fantasma del daño que me hizo me acompañarán un buen tiempo, aunque yo no quiera.

—Eso es inevitable, pero las heridas sanarán, solo necesitas tiempo y tomar la decisión correcta. Pero no te apresures a tomar una decisión ahora, si necesitas tiempo... primero debes solucionar tu divorcio, ser libre para luego pensar en tu futuro con el conde.

Tenía razón. quizás era muy pronto pensar en bodas, se sentía incapaz de hacerlo y todo ese tiempo que estuvo allí había evitado al conde y sin embargo él no se había rendido. Había regresado y permanecido casi escondido hasta que le habló y le pidió matrimonio. Era todo cuanto había soñado en esta vida y lo sabía, pero antes debía solucionar su divorcio, pedir la anulación. Y dejar atrás el pasado y eso era lo más difícil, casi tanto como lo primero, pero debía arriesgarse. No quería perder su oportunidad de recomenzar y ser feliz.

Cuando vio al conde días después no le evitó como hace siempre, sino que fue a su encuentro en los jardines para decirle que debía hablar con él.

Kendall se puso serio y lo vio algo agitado mientras la seguía, quizás era la primera vez que lo veía nervioso.

Llegaron al parque cerca del estanque y ella se detuvo. Quería que fuera especial, en un

lugar cálido y bello.

—Sir Rushton, usted me hizo una petición muy seria hace días y no puedo esperar a darle mi respuesta no sin antes decirle que quizás no sea para usted la esposa apropiada en estos momentos. Es que sufro muchas pesadillas y temo por el futuro y no soy la misma joven que conoció. Me temo que nunca podré ser la misma de entonces.

Él la miró con una mirada intensa, profunda.

—Lo sé, todos hemos cambiado lady Amber, yo también. No debe tener miedo, yo cuidaré de usted y puedo esperar... sé que no le pedí matrimonio en un buen momento.

—Es verdad, pero es que estoy cansada de esperar y de soñar con usted conde de Rushton. Esperé tanto tiempo y ahora... Acepto ser su esposa sir Rushton, pero antes debo solicitar la anulación de mi matrimonio, no quiero estar atada a ese malvado nunca más. Y si un día regresa, cosa que temo, que comprenda que ya no soy su esposa y me deje en paz.

Él sonrió levemente y tomó su mano.

—Me hace muy feliz escucharla lady Amber y no tema, deje que yo resuelva todo eso. Llevará tiempo, pero puedo esperar. Lo principal es que quiere ser mi esposa, que ha aceptado serlo y eso me hace muy feliz.

Amber se emocionó cuando él la tomó entre sus brazos y la miró con tanto amor, no la besó, no se atrevió, pero lo deseaba, pudo notarlo.

—Por favor, bésame—le dijo ella en un susurro pues se moría por sentir sus labios en los suyos y entonces él sonrió levemente y le dio un beso suave, dulce hasta que el beso se convirtió en un beso ardiente, apasionado. La amaba, la deseaba, todo ese tiempo había esperado ese momento y qué tonta había sido al no darse cuenta de eso, al no comprender que sus sentimientos eran intensos a pesar de que nunca se lo dijera.

Y eso era lo único que le importaba ahora, el amor que sentía por ella, el amor que ella sentía en su corazón, tanto tiempo guardado, sofocado, escondido... y de pronto lloró mientras

le decía que lo amaba.

—Siempre lo he amado sir Rushton, lo siento tanto... me equivoqué, pensé que usted no me quería.

—Por favor hermosa, no se atormenta por eso, se lo ruego. Fue mi culpa, no suya, debí arriesgarme, pero como sabe, pertenezco a una familia de solterones, de hombres tímidos que pasan demasiado tiempo entre libros y tertulias, pero no saben cómo hablarle a una mujer de sus sentimientos cuando se enamoran. Es la historia de todos mis tíos y primos, no sé bien por qué, pero es una historia que se repite demasiado en mi familia.

—Pero usted romperá esa antigua maldición de soltería sir Rushton y se convertirá en un hombre casado muy pronto—le respondió—. Solo temo que los niños y lidiar con una esposa atormentada por malos recuerdos... temo no poder hacerle feliz, ¿sabe?

—No diga, eso por favor. Claro que seré muy feliz, sus hijos son angelitos traviesos lady Amber y quiero ser su padre si usted me lo permite.

—Por supuesto.

—Lady Amber, permítame que comience entonces la petición de anulación.

Ella sonrió.

Amber aceptó encantada.

—Siento haberle rechazado antes, es que... estaba muy herida, sir Rushton y no quería volver a sufrir por amor, por usted como lo hice en el pasado—le dijo entonces.

—Lo sé, y no la culpo por eso, fue mi culpa: mi falta de confianza.

Amber pensó que era un hombre bueno y noble, pero todavía le costaba sentirse a salvo a causa del fantasma de ese demonio, era como si temiera o sintiera su presencia. Que llegara de repente y lo arruinara todo.

—Es que tengo miedo, sir Rushton, temo que algo malo ocurra y lo arruine todo.

Ella misma se sentía mortificada por sentir miedo y se preguntó si algún día podría sentirse a salvo.

Él se puso serio y la envolvió entre sus brazos.

—No tema, lady Amber, él no podrá acercarse a usted, cuando sea mi esposa... yo no lo permitiré. La defenderé con mi vida si es necesario. No tema, no tenga esos pensamientos. Sé que es difícil para usted, pero... confíe en mí, déjeme ayudarla, cuidarla, protegerla. Quizás deba mudarse de aquí pronto.

Amber dijo que lo haría, pero en realidad luego de ese momento de felicidad al regresar a la mansión se sintió algo abrumada. No se sentía a salvo y no podía quitarse la sensación de inquietud.

Trató de animarse porque finalmente había dado ese paso, había aceptado casarse con el hombre que siempre había amado, pero por momentos pensamientos tristes la desanimaban.

Sabía que le esperaba un largo camino para sobreponerse y tratar de dejar atrás el pasado. Pero por amor valía la pena intentarlo, su primer amor, su único amor que lo daría todo por hacerla feliz. ¡Vaya si valía la pena arriesgarse!